Matar al padre

YANET ACOSTA

ALREVÉS
NOVELA NEGRA

Yanet Acosta (Garachico, 1975) es periodista gastronómica, escritora y profesora universitaria.

Autora de *El chef ha muerto* (2011), la primera novela de la serie del investigador Ven Cabreira, *No hay trabajo bueno* (2013) y *Noches sin sexo* (2014).

Participó en la redacción de *El mundo del vino* (2013) y *Correr, cocinar y ser feliz* (2014), de Paco Roncero, y fundó el fanzine de gastronomía, arte y literatura *enCrudo*.

Su trabajo periodístico la ha llevado a viajar por países como el Perú, México, Japón, Corea, China, Bolivia, Brasil, República Dominicana y Estados Unidos, entre otros.

Es experta en literatura y gastronomía y dirige el máster de Comunicación y Periodismo Gastronómico de The Foodie Studies.

El padre de la nueva gastronomía del Perú ha desaparecido tras su incendiaria intervención en un congreso gastronómico en Lima. Sus familiares quieren saber de su paradero y viajan hasta Madrid a encargar el caso al investigador privado Ven Cabreira. La periodista gastronómica Lucy Belda ha sido testigo fortuito de la desaparición y comienza a ser víctima de una persecución que la llevará hasta al Machu Picchu. Pide ayuda al único en quien puede confiar, su amigo Ven, pero este se debate entre la vida y la muerte, entre Madrid y Lima, para resolver un nuevo caso en el que política, cocina, intereses empresariales y personales se funden en un plato que siempre sobrevive a las modas.

Un ágil relato entre el Perú y España con el que regresa en una esperada segunda entrega el investigador más peculiar de la novela negra española: Ven Cabreira. Un exagente del ya desaparecido Cesid, viudo, coleccionista de *barbies*, aficionado a la fabada en lata y a los gatos y con una enfermedad que le provoca la pérdida ocasional del sentido del gusto.

MATAR AL PADRE

Yanet Acosta

ALREVÉS
BARCELONA 2016

Primera edición: mayo de 2017

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Yanet Acosta, 2017
© de la presente edición, 2017, Editorial Alrevés, S.L.
© Ilustración de portada: Ariadna Acosta

Autora representada por Agencia Literaria Letras Propias.

ISBN: 978-84-16328-99-4
Código IBIC: FF
Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Lúa

Todos los legisladores y rectores de la humanidad, principiando por los más antiguos y continuando con Licurgos, Solones, Mahomas, Napoleones, etcétera., todos sin excepción, fueron delincuentes.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
Crimen y castigo

CAPÍTULO I

Condenado a volver

Los ojos acuosos, las escamas brillantes y resbalosas. Esa imagen regresa a su cabeza una y otra vez. No sabe cuánto tiempo lleva en aquel agujero. El tiempo es una fórmula acordada para organizar el caos. Pero lo sabe ahora, después de una vida de horas, minutos, días, citas, reuniones, informes, inauguraciones, contratos, presupuestos, despidos, discursos, edificaciones, tratos, sobornos, justicia, abogados, chantajes y fama. Ahora lo sabe porque, por primera vez, sin tiempo que perder ni que ganar, piensa en el porqué.

Mira hacia la luz artificial y repasa de nuevo ese cubículo en el que lo han recluido. Un váter en una esquina, un lavamanos, una silla y un colchón en el suelo. Un altavoz que inunda la estancia con el machacón ritmo del rap latino y una compuerta de la que sale su comida, siempre la misma. Arroz con pollo. Las paredes están cubiertas de moho y caen gotas de agua de tubería. Observa el sanitario. Se agacha y busca con cuidado la marca: Edelvés. La suya. Sonríe.

Nadie le ha explicado los motivos de la reclusión, aunque supone que será por su dinero. Sigue sonando esa música rapera que lo atormenta y que amortigua los escasos ruidos que de vez en cuando escucha. Por lo demás, silencio.

Volver siempre es duro, sobre todo si nadie te espera. Pese a ello, siempre se siente la emoción de la vuelta a lo conocido, a lo habitual, aunque se tenga la convicción de que, en otro lugar, muy lejos de ese en el que está tu residencia, se podría ser incluso feliz.

Ven Cabreira pospuso el retorno una y otra vez. Después de cerrar su último caso, vagabundeó por el sur de China durante meses. Los países en los que es imposible entenderse son sus favoritos. Las conversaciones se reducen a lo primario, a los gestos más elementales, pero, incluso para ello, hay que saber cómo hacerlo.

En China de nada vale llevar el puño medio cerrado a la boca con la pose de sostener una cuchara invisible para indicar el gesto del hambre. Después de varios intentos frustrados y de dar vueltas a cómo expresar esta necesidad —que, por otro lado, al chino que está enfrente le trae sin cuidado, después de siglos de esclavismo, miseria y hambre—, el occidental, en su obscenidad, frota la barriga como haría un primate. En ese momento, el chino pone los ojos en una horizontalidad perfecta, en señal de asentimiento, y gesticula. Separa el dedo corazón del índice mientras con el pulgar cierra el meñique y el anular, y se los lleva a la boca en forma de palillos. Entonces el que sonríe con los ojos achinados es el occidental, que siente su salvación e imita el gesto celebrando el nuevo descubrimiento y, sobre todo, la satisfacción de conseguir haberse hecho entender.

Esto solo ocurre por la empatía. Entre animales de cualquier otra especie —por ejemplo, entre leones— sería una pelea segura si un individuo ajeno a la camada pidiese comida. La leona saltaría a degüello, sin pena, aunque se trate de un semejante. Cuanta menos competencia, más a repartir. Y, sin embargo, el chino, un individuo de la misma especie pero de otra raza y de otra familia, señala un lugar e incluso acompaña al foráneo. Se despide sonriendo y haciendo varias reverencias. Y después de entrar, el viajero observador detecta que su improvisado guía habla con el encargado del local, quien le da unas monedas, y entonces, el occidental comprueba que la empatía es el dinero, que es lo que de verdad diferencia a los humanos del resto de animales.

Cuando un español llega desde China, a miles de kilómetros de distancia, espera entrar por la puerta grande, por la terminal más

moderna y cosmopolita. Ver luces, tiendas, bares y quioscos con la prensa internacional, como si fueran ya piezas de museo exhibidas para esos raros turistas que siguen entreteniéndose leyendo un papel impreso con verdades a medias que deja manchas de tinta en las manos.

Sin embargo, Air France llega a la terminal antigua del aeropuerto de Madrid —ahora Adolfo Suárez Barajas—, medio a oscuras, desolada, con los bares cerrados y carteles de protesta por el cierre de una compañía aérea. A Ven le parece llegar a otro país distinto del que se fue.

En la sala de espera, a la salida de la recogida de maletas, tres guías con los pies cruzados y apoyados de costado en la pared esperan entre bostezos. Sostienen con poco garbo los carteles de agencias de viaje que harán realidad los sueños de un grupo de orientales que, tras años de trabajo sin descanso, consiguen la semana de vacaciones de su vida en la que visitarán Madrid, Toledo, Córdoba y Sevilla, y de la que regresarán con las palabras bien aprendidas de «gracias», «tapas» y «olé», además de «policía», para luchar con impotencia a lo que ya no tiene marcha atrás, el robo de su cartera en las inmediaciones del museo Thyssen Bornemisza o en la madrileña Puerta del Sol. Pero al llegar a China hablarán con entusiasmo del tipismo español, incluso hablarán de «volver», aunque ninguno piense hacerlo, porque, para un turista, lo más bello es la nostalgia de una semana dentro de una vida. Añorar es más seductor que vivir.

Para Ven, sin embargo, el viaje es pensar solo en el momento presente: cama, comida y el gesto siguiente para comunicar algo a alguien. El viaje es también su más deseada forma de vida, porque hace tiempo que intenta desprenderse del pasado, ese que vuelve para meterse en el pecho e impedir respirar.

Uno vuelve siempre donde amó la vida. Eso dice la canción, pero Ven no está seguro de si alguna vez la amó. Él se siente como el surfero que espera con su tabla en el mar la ola por la que trepará. Su oportunidad. Solo serán segundos, algún minuto quizás, pero tan intensos que hacen que toda la espera valga la pena. Ven lleva años esperando esa ola que le haga sentir vivo.

El frío le tensa la cara en el exterior del aeropuerto, y un golpe de calor le sube a la cabeza al entrar al taxi. El sudor se le pega al pantalón al sentarse encima de la trapera de colores manoseada puesta para proteger la tapicería del coche.

—A Villaverde.

Ven piensa un rato y cambia de idea. Prefiere prorrogar un poco

más el regreso y se decide por el centro de la ciudad.

—A Gran Vía.

—Pero ¿en qué quedamos?

Ven no tiene duda de que está en casa, una ciudad que quería ser Nueva York de mayor y que se quedó en llanura y descampado.

—A la Gran Vía de Madrid.

El motor diésel vibra y en la radio se escucha una voz rajada que canta a Madrid, la ciudad «donde se cruzan los caminos, donde el mar no se puede concebir, donde regresa siempre el fugitivo».

—Déjeme que le haga una observación. ¿Le llevo por la M-30?

—Prefiero por el centro, por avenida de América.

—Pues en mi opinión, como ciudadano que soy, creo que las autovías son para usarlas y lo mejor es la M-30. Y además, si entramos por avenida de América, está la Guardia Civil, que no digo yo que no deba estar, pero se ponen allí a sancionar por sancionar por esto de la crisis y lo mal que está el país y el dinero que hace falta para pagar a todos estos políticos que nos roban.

Los monólogos de los taxistas son siempre la mejor manera de conocer lo que está pasando en una ciudad y a Ven el discurso le suena a que hace falta tanto dinero como asfalto en la nacional II. Solo ha estado unos meses fuera, pero parece que hayan transcurrido años.

—Y es que, como sigamos así, tendremos también que emigrar los taxistas. Los hijos de los compañeros han cogido rumbo a Alemania, a Francia y hasta a Italia para trabajar, porque aquí no hay quien viva. Con decirle que el otro día vi un programa de esos de españoles en el mundo y hasta en Etiopía hay españoles… Que me digo yo, que qué comerán, pero nada, ellos tan ricamente, que no volvían a España por nada del mundo. Entonces le llevo por la M-30, ¿verdad?

—Por avenida de América —insiste Ven.

En las calles del centro de la ciudad, la noche madrileña se mueve con dinero o sin él. Cuando no se entra a los bares siempre hay un chino que ha visto el negocio de vender latas de cerveza fría en la calle. Las compran en el súper a treinta céntimos y las venden a un euro. El margen, por el riesgo. Y en esa misma calle de la Gran Vía madrileña, los que arriesgan por cincuenta céntimos se mezclan con los que creen que la valentía está en el arriesgado juego de la bolsa, de la comunicación o de la política y con los, y las, que ya nada tienen que perder y se venden por unos euros para mamarla, para malfollar, para fingir, para que el otro sienta su poder. Da igual, lo importante es mantenerse a flote hasta que llegue esa ola.

Si es que llega.

Ven pasea sin rumbo fijo, con tan solo su mochila, la única que ha tenido durante tanto tiempo fuera. Gente de un lado a otro bajo la intermitencia de las luces del anuncio eterno de Schweppes en la plaza de Callao. No hay árboles, ni bancos, ni gente sentada, pero se sigue llamando plaza.

En su cabeza sigue sonando esa canción dedicada a Madrid. Entonces recuerda cómo, aún siendo adolescente, solo y perdido, sin saber qué hacer ni a dónde ir, llegó a Madrid. Paseaba por los mismos lugares. La diferencia es que ahora tiene un piso en Villaverde donde refugiarse, algunos amigos y un puñado de euros en el bolsillo para gastar en un bar cualquiera, el único lugar donde siempre te reciben con los brazos abiertos en esta ciudad a la que uno se siente inexplicablemente condenado a volver.

—América Latina es salsa y no solo desde la música, sino también desde la cocina de nuestros restaurantes. La cocina puede cambiar el mundo y es el momento de hacer la revolución que falta por llegar.

Lucy Belda escucha las palabras y toma nota sin interés en comprender. Después de varios meses en Nueva York, tiene un trabajo temporal de periodista gastronómica para una revista neoyorquina en español. Está en Lima para cubrir el último congreso de cocina, pero cada vez tiene menos interés por la gastronomía, por viajar o por el periodismo. Siente la decepción en lo profundo de su alma, la que llega cuando uno se despierta de los sueños de juventud en la cama fría de la madurez.

—Hay que conseguir la revolución que la política no ha podido hacer. Los empresarios que nos hemos hecho a nosotros mismos con nuestros restaurantes y que hemos llevado en alto el nombre de América Latina por el mundo seremos quienes lo consigamos esta vez.

La periodista levanta los ojos del portátil y observa a quien habla. Un tipo de mediana edad. Lleva el pelo engominado hacia atrás y la luz hace que brille. Tiene facciones amables, es alto y elegante. Un tipo atractivo.

Lucy sigue escribiendo. Echa un vistazo al programa, pero sin la curiosidad que alimenta al periodista. Se asoma la carcoma de la depresión a la madera de lo que era su profesión.

El sueño americano se esfumó con aquel cocinero italiano tatuado con el que se lio Linda, la chica de su vida —o eso pensaba antes de irse a Nueva York con ella—. Después de haber dejado todo por Linda, esta la dejó tirada. Ecuación habitual que uno nunca espera que le toque en primera persona. Muchas veces recordaba sus últimos días en Madrid y las palabras de Ven Cabreira, aquellas a las que no hizo caso, embriagada por la ilusión. Conoció a Ven cuando comenzó con la investigación de la muerte del chef, y sus palabras casi la ofendieron, pero ahora sabe que tenía razón. Lo recuerda y piensa en Madrid. Pero allí nada ni nadie la espera. Tampoco en Nueva York. Sus búsquedas de trabajo han caído en saco roto. Lo bueno es que al menos, cada vez que envía un *mail* con su currículum, obtiene respuesta. Y es que los estadounidenses son, por encima de todo, amables. «Muchas

gracias, pero no es el perfil que buscamos.» Y, por más que se mirara al espejo, no veía qué coño le pasaba a su perfil aparte de que se estaba quedando cada vez más delgada.

—Hemos visto cómo se han levantado pueblos jóvenes, pero nunca hemos visto gobiernos que alzaran sus ojos hacia ellos. Nuestras cocinas sí. Estamos sacando de la pobreza a cientos de muchachos cada año.

Lucy abandona sus pensamientos para seguir tomando nota de lo que está contando este señor que parece más un político que un chef. La gastronomía es pura política. Lucy lo sabe porque no come igual un tipo de izquierdas que de derechas, por lo menos en la prensa. Recuerda al líder del PP el día de las elecciones que lo llevaron a la presidencia de España fanfarroneando de haber comido cocido. Sus fotos con un plato de jamón sobre la mesa del escritorio. Frente a él, un escuálido líder socialista que el día en el que esperaba ganar las elecciones había ingerido un triste pollo a la plancha con ensalada de lechuga. Así no come un triunfador. Pero este discurso que oye ahora es nuevo para ella.

—Serán escuelas en las que ricos y pobres trabajarán con esmero por ser los mejores chefs y los mejores meseros. Y serán reclamados en todo el mundo. Y seremos los que iluminaremos a todos, mirando a los asentamientos humanos, a los pueblos jóvenes y al campo. Sí, también al campo, porque nuestros agricultores cultivan en las zonas más difíciles y alejadas del país. Campesinos que son héroes, gracias a los que se mantiene la rica biodiversidad. Ellos son los importantes.

El auditorio se viene abajo en aplausos.

—Esta es nuestra lucha desde la cocina, que su importancia sea reconocida, porque todos somos iguales y necesarios para cambiar este país y el mundo.

A Lucy le empieza a interesar el discurso, aunque se pregunta cómo lo podrá llevar a cabo. Las diferencias son las que son. Unos pagan cien veces más por comer que lo que ganan algunos cocinando.

—Este es el comienzo de la revolución pendiente.

Los aplausos son seguidos de un coro que entona algo así como «Pedro, presidente». Lucy busca en el programa el nombre del nuevo revolucionario: Pedro Marino, propietario de una cadena de restaurantes, hoteles y otras empresas por todo el mundo, quien continúa diciendo:

—Exportaremos nuestra cocina, pero no nuestro producto. Exportaremos cómo hacer un cebiche y, entonces, todos querrán

venir a visitar nuestra tierra, que estará abierta para recibirlos en hoteles, restaurantes y hasta en un huarique, humilde pero auténtico. No más colonizadores que se llevan lo que pertenece a nuestro pueblo.

Al término del discurso, Marino propone a los presentes firmar, al día siguiente, un manifiesto por la libertad y el poder del pueblo frente a las multinacionales. El público sigue aplaudiendo y Marino, el cocinero político, jura que ese manifiesto llegará hasta las Naciones Unidas. Lucy toma nota de esto último mientras piensa en lo absurdo de esa entidad en la que hay cargos como el de adjunto al ayudante del Desarrollo de la Bioética de la Unión de los Países en Vías de Desarrollo. Pérdida de tiempo y de dinero, pero efectista.

Pedro Marino baja las escaleras del escenario seguido por el resto de chefs latinoamericanos. Cinco o seis personas se intentan acercar a él.

Lucy va hacia un lateral del gran espacio dedicado al congreso. Es todo al aire libre, pero hay señales de «prohibido fumar» por todos sitios. Así que se va en dirección contraria a la gente. Sube por las empinadas gradas y desde lo alto, entre los barrotes que la separan de la calle, se enciende un cigarro. Piensa que quizás sería interesante entrevistar a ese Pedro Marino. Le gustaría tener una conversación con él. ¿Cree en lo que dice?

Desde el otro lado de la calle, alguien la mira. Lucy baja el cigarrillo intentando disimular su infracción, pero se sigue sintiendo observada. «Paso, no voy a tirar ahora el cigarrillo. Espero a que me llamen la atención», piensa. Vuelve la cabeza hacia el escenario y a sus pies distingue la figura de Pedro Marino como si fuera un Moisés separando las aguas. Firma autógrafos y se toma fotos con todos. Anda lleno de orgullo, aunque con la soltura del hombre humilde hecho a sí mismo que conoce mejor que nadie lo que el pueblo necesita porque él ha sido pueblo. Lucy gira la cabeza y, al volver, ya no lo ve. Ha desaparecido por alguno de los pasillos del *backstage*.

Mira de nuevo a la calle desde los barrotes, por los que saca el cigarrillo como si no se fuera a notar el humo que desprende. Un coche con los cristales ahumados se acerca. Cabizbajo, Pedro Marino anda despacio hacia el coche, abatido. Como el que se desinfla después de dar un discurso que no termina de creer. Parece otro hombre, ahora. Escucha que le dice a uno de sus guardaespaldas:

—Hoy no.

Su guardaespaldas da media vuelta. En la calle solo continúa el

tipo que la mira. Es rubio, «algo llamativo en el Perú para estar de *segurata*», piensa Lucy, que aplasta el cigarrillo mascullando: «Se acabó la infracción, capullo, deja de mirarme». Se retira de los barrotes, pero enseguida vuelve a ellos para mirar. Siente curiosidad, y un sexto sentido le da la precaución para colocarse de manera que no sea vista desde afuera. Ahora observa de nuevo a Pedro Marino, quien en ese momento sonríe junto a la cara de un joven cocinero que le ha pedido tomarse un *selfie* con él. Ha salido por la puerta de atrás y el joven está feliz de habérselo encontrado. Es el único. Todos lo esperaban en la puerta principal y no en esa salida terciaria en la que nadie repara. El hombre que la miraba, el rubio, se acerca y pide al joven que se aleje. El chico, a paso ligero, desaparece por una bocacalle.

Del coche con los cristales ahumados sale un tipo alto y flaco, que Lucy ve de perfil. Mentón muy pronunciado y un lunar en la sien. El larguirucho toma del brazo a Pedro Marino, ante el desconcierto del rubio, y lo empuja dentro del coche cerrando con fuerza la puerta casi al mismo tiempo que saca una navaja de su cinturón y se la clava al rubio. Sonido de desgarro y jirón. Un chorro fluye, rojo.

Lucy se desploma sobre el suelo de la grada. Escucha el acelerón del coche, pero ya no ve nada. Todo amarillo. Todo borroso. Nunca ha podido con la sangre. Está mareada, nadie la ve y la orquesta en el escenario empieza los primeros compases de una salsa: «Buscando guayaba ando yo, que tenga sabor».

De un salto, cae de la cama asustado al oír su propio ronquido. El bigote se mueve antes que sus ojos. No reconoce nada a su alrededor, pero sí en su interior. Tiene esa resaca conocida que deja un vaso de whisky tras otro.

En el suelo, hace memoria y siente el vértigo del cuerpo que se desliza por un tobogán sin querer acabar el trayecto y que, a la vez, ansía el placer del caos ante la caída. De pie, cierra los ojos y los vuelve a abrir. En la cama, una espalda desnuda y un culo perfecto. Una cascada de pelo rubio se da la vuelta y habla:

—Hi. ¿Está bien?

La rubia se desliza entre las sábanas y llega al borde de la cama. Ven recuerda a golpes la noche. Se siente un tipo con suerte. «Los cincuentones» son una tendencia en las revistas para mujeres. Ha sido una llegada tan perfecta a Madrid que teme que se le caiga una viga del hotel encima que acabe con toda su fortuna. Mira hacia arriba y solo hay un falso techo que parece en orden. Así que se concentra en su entrepierna, que sitúa justo frente a la boca de la chica. Sus labios ligeros, casi en suspiro, besan en caricia. Luego, la boca amplia, húmeda, absorbente. A Ven le tiemblan las piernas en el orgasmo. Se muerde el labio superior para tragarse los aullidos, que se convierten en un suspiro final, un desplome y un «hostias».

Sin reponerse, ella se abre ante su cara y juguetea con los pelos de su bigote entre su vulva, que busca la lengua, el lametazo, la entrada y la salida, y el orgasmo. Esto es un trato, de igual a igual, un intercambio.

La chica le tiende un cigarro y él, aunque hacía siglos que no fumaba, lo acepta. Le gustaría decirle que la ama, que se casaría con ella, que tendrían dos niños y un gato, que la acompañaría hasta su ciudad natal en la fría Alemania y que sería un feliz español por el mundo. Pero todo es humo. La noche es el lugar de encuentro de los vagabundos espirituales que buscan en el sexo la imposible reencarnación.

Y se despiden con la sana intención de no volverse a ver jamás.

La Gran Vía con la luz de la mañana del invierno reconforta a Ven, que cree milagroso no haber perdido su mochila de viaje en el peregrinaje. Se siente un turista más y, bajo el bigote, esconde una sonrisa.

Para en el Starbucks y pide un café americano en vaso de cartón. El primer trago le parece una delicia.

—Claro, señor. Este café es mejor que cualquiera que sirven en los bares de por aquí, porque está hecho con grano natural en lugar de torrefacto, que son los granos peores disimulados con una capa de azúcar. Y todo por ganar unos céntimos más, pero el estómago no perdona.

Ven de esto no sabía nada, aunque sobre los efectos laxantes de los cafés madrileños podría hacer una tesis doctoral. Enfila Montera y se decide a visitar a su jefe, el Jeta.

El edificio, antes desolado, en el que estaba la agencia de investigación privada del Jeta ahora parece otro. Está pintado por dentro y en el resto de oficinas, antes vacías, se afanan otros trabajadores jóvenes, bien vestidos. La moqueta sucia de años ahora es parqué. En la puerta cuelga un cartel que dice: «Gastroservicios». En la recepción, en lugar de la vieja secretaria, encuentra a una joven con gafas de pasta que lo saluda amablemente. Sin contestar, se dirige directamente al váter, que por primera vez está hasta perfumado. «Gastroservicios», piensa. El café podría haber sido natural, pero laxante también.

—Señor, ¿dónde va?

—Al váter...

—Pero...

Ven teme haberse equivocado, pero es demasiado tarde. Y la relajación viene a pares, cuando escucha los gritos del Jeta a través de la puerta mientras el café del Starbucks hace su efecto. La insonorización de los baños es el gran reto arquitectónico del siglo XXI. Los japoneses lo compensaron poniendo banda sonora al sanitario, pero a él, por hoy, le han valido los gritos de su jefe.

—¿Me quieres decir dónde carajo te has metido?

—En el váter.

Tras el sonido infernal de la cisterna, vuelve a escuchar.

—Déjate de bromas y dime dónde coño has estado.

—En el Senator Gran Vía con una rubia de treinta y ocho años.

—No me jodas. Eso no se te ocurre ni en sueños. Bueno, lo importante es que te veo y, aparte de algo más flaco, pareces en perfecto estado. No vuelvas a marcharte sin dejar aviso de dónde localizarte. La empresa vela por ti.

El Jeta es un jefe español de los de siempre. Esos jefes educados en el paternalismo del franquismo y que tratan a sus trabajadores como si fueran su padre. Primero halagan y después hacen sentir culpable al empleado por no tratar a la empresa como se merece,

aunque luego te hagan cualquier putada. Siempre debes estarle agradecido porque te da trabajo. Y como este discurso es inalterable, y como un padre irrespetuoso se cree en el derecho de serlo, pues hay que encajar la derrota y asumir que en el juego de las castas hindúes te toca la de los siervos y obreros, que coincide justamente con los pies de Brahmā, lo que es casi un honor, porque los desempleados no serían ni parte del cuerpo. Los llaman «intocables» y son los que tienen que limpiar la mierda de los demás con las manos y sin cobrar. Así que, hay que estar agradecido al karma por ser el pie del señor que tiene que hacer lo que diga el empresario, el que se supone que es la cabeza del dios hindú, haces lo único que puede hacer un buen hijo: callar.

—Como ves, hemos invertido en modernizarnos. Con la crisis hemos apostado por profesionalizarnos. Ahora somos investigadores privados especializados en gastronomía.

—¿Especialistas en encontrar huevos frescos en el súper del barrio? Bueno, de huevos no sé tanto, pero de fabada, bastante. Así que a lo mejor tienes algún caso para mí.

—¿Cómo te atreves? Te marchas, me dejas tirado meses y ahora me vienes pidiendo.

La capacidad del empresario español para tergiversar, sobornar, chantajear, no pagar y prevaricar es infinita. Y los subordinados españoles buscan ser de mayores como sus jefes, así que se suele tapar todo con silencio, excepto cuando el trabajador tiene demasiados años y ningún interés en ser igual de despreciable que el tipo que tiene enfrente.

—Jeta, acabo de llegar y estoy sin un pavo, necesito que me ofrezcas algún trabajo.

—Joder, que no me llames así. Soy don Alfredo Amestoy. Con la crisis se buscan expertos que cobren a los morosos o que ahuyenten a los proveedores, que den palizas a los competidores, pero lo de siempre sigue siendo lo más rentable.

—¿Los cuernos?

—Pues sí.

—¿Y para eso estás especializado en cocinillas?

—La especialización vende, y somos los primeros en estos asuntos. Ahora los cocineros salen en las revistas del corazón y anuncian coches de lujo y calzoncillos. Así que dan pasta y dolores de cabeza a sus mujeres.

A Ven le aburren los cuernos. Siempre ha pensado que ser fiel es una decisión propia y que ningún hombre, por macho que sea, puede obligar a su mujer a serlo o viceversa. Pero no está en un

momento propicio como para poder escoger, ni para discutir con el Jeta, que por otro lado solo se escucha a sí mismo, así que da igual lo que diga. Eso sí, no puede dejar de admirar la creatividad del Jeta para sacar pasta a la gente inventándose ahora una nueva «superespecialización», una «agencia de detectives especializados en cuestiones gastronómicas». Ven cambia de tema para evitar enfrentamientos. Necesita que le asigne un caso, necesita su dinero.

—¿Y los nuevos vecinos?

—Algunos agentes de bolsa han preferido cambiar de despacho, y no porque no tengan para seguir pagándose una lujosa oficina en la Castellana, sino porque aquí nadie los va a venir a buscar. Además, esto es más *hipster*, más a tono con el siglo XXI, la ropa casual y unos márgenes algo más recortados.

Ven ya no aguanta más la conversación y va al grano, tragándose el orgullo.

—Jeta, dime que me necesitas para un nuevo caso.

El Jeta lo mira con media sonrisa y cruza las piernas mientras se deleita con cada palabra que le suelta a su amigo como si fueran dardos en una diana.

—Bueno, realmente, he ampliado el cuerpo de detectives, y como estabas perdido...

Ven lo conoce y sabe que miente, y también sabe que tiene que rebajarse aún más para conseguir un trabajo, aunque sea de cuernos.

—Jeta, hazlo aunque sea por nuestra vieja amistad.

Alfredo Amestoy sonríe. Le gusta ver al fuerte de Ven a sus pies.

—Bueno, este caso lo iba a llevar yo directamente porque es bastante delicado. Pero como sé que lo necesitas te lo voy a dar a ti. Es un caso de cuernos, pero de una tía. Su marido es un cocinero importante, pasa muchas horas en el restaurante, muchos viajes… En fin, ya sabes. Así que teme que su mujer se la esté dando con otro durante sus ausencias. Aquí tienes los datos.

Con el informe bajo el brazo, Ven sale a la calle. Curiosea en la carpeta, donde hay un par de fotos de una tía delgaducha y rubia, la mujer de un cocinero importante porque tiene tres estrellas, tres soles y alguna condecoración celeste más. A Ven le viene a la cabeza el recuerdo de la mamada de la mañana y deja de sentirse los pies de Brahmā. En la calle, se sorprende canturreando: «Por amor al comercio...».

Desde Montera, Ven atraviesa un pasillo que le recuerda al tránsito a la muerte, por el que solo pasan las putas y sus clientes hasta la plaza del Carmen. Un sol de invierno mantiene a algunos

turistas con los pantalones remangados en una terraza, añorando el agosto. Atraviesa la calle de Preciados, igual de concurrida que siempre —ahora con más hombres anuncio de amarillo que gritan la compra de oro, y una cola mucho más larga que nunca en la administración de lotería de Doña Manolita, aunque falta más de un mes para el sorteo navideño—, y llega hasta la calle de las Conchas.

Siente algo semejante a la alegría cuando, detrás de la cristalera del bar pintada con unos churros y un pulpo, divisa la calva del Gallego. Ven entra con el ímpetu de Marilyn Monroe en un estreno de su película, pero la puerta no es la de siempre. En lugar de abrirse hacia adentro, lo hace hacia afuera. Una de las hojas da con la cara de Ven. La sangre corre por su labio.

El Gallego sale a toda mecha.

—Ven, coño, ¿estás bien? Mira que te echábamos de menos.

—Joder, Gallego, vaya una forma de recibirme.

—El negocio hay que modernizarlo. Dijo el Gobierno que, si no, la crisis sería peor y, claro, invertí en lo mejor, en las nuevas tecnologías. Una puerta de doble hoja con una célula fotosensible para que se abriera automáticamente.

—¿Y a cuántos clientes has cortado la cabeza?

—Oye, esto es I+D, que es lo único que nos sacará de la crisis. Ya lo dice Ferran Adrià.

Ven se acerca a la barra y el Gallego, desde dentro, se apresura a poner dos vasos y la botella de White Horse. Demasiado temprano para tomar alcohol, pero sobre todo demasiado raro que él también se sirva.

—Gallego, ¿dónde está mi gato?

—Verás, los gatos son de memoria frágil, cuando están un tiempo con otro dueño se olvidan del anterior, y ya sabes.

—No me jodas.

Pero lo más extraño es que el Gallego beba antes que el cliente. Ven lo mira desafiante.

—¿Dónde está?

—Ha muerto.

Ven aferra el vaso como si lo quisiera estrujar y se toma el whisky de un trago. Empieza a sentir que todo a su alrededor se torna amarillo y que los pensamientos se le agolpan. Espera la frase mágica: «Es broma», pero nadie bromea con la muerte, ni siquiera con la de un gato.

—¿Dónde está?

—Ven, no te pongas así. Fue de un día para otro. Cuando llegué por la mañana estaba muerto, el pobre.

—¿Qué has hecho con él?

—Pues lo metí en una bolsa de basura y lo tiré al contenedor.

Ven se va tambaleando al baño. Se aferra al váter y vomita con violencia el whisky, el café natural del Starbucks y la bilis de la amargura. Ha vuelto a fallar, esta vez a su gato Ken. No tiene fuerza ni para reincorporarse y se queda en el suelo con la mirada perdida entre las letras del sanitario, Edelvés.

Se recupera como puede y regresa a la barra. El Gallego le empieza a explicar:

—Dormía la mar de bien todas las noches en su cajita en el patio. Nunca se quejó, ni cagó por fuera de la arena. Los clientes hasta le cogieron cariño. Todas las tardes venía una japonesa a verlo y a darle caricias. Me dijo que en su tierra había cafeterías con gatos y que hasta se pagaba para acariciarlos. Así que no me lo pensé.

Ven no quiere seguir escuchando. Toma su mochila y la carpeta y, como un autómata, llega hasta la plaza Mayor sin mirar atrás, ni a los lados ni hacia adelante. Las lágrimas se lo impiden. Anda bajo los soportales, esquivando vagabundos, cartones, sacos de dormir y tetrabriks vacíos de vino barato. Huele el cóctel de orines y alcohol y el rancio de la miseria. Sigue andando hasta Atocha; más vagabundos, más castillos de cartón. Se traga el llanto y el grito. El destino final de ellos y de él será el mismo que el de su gato Ken: una bolsa de basura en un contenedor.

Se mete en el primer autobús con destino a Villaverde. Necesita volver a casa, al refugio de su sofá, ahora sin Ken. Prefiere no pensarlo, así que mira a su alrededor. La gente callada fija su mirada en la pantalla del móvil. Todos, sin excepción, lo llevan en su mano. Solo un viejo lleva un periódico gratuito en papel. Echa un vistazo y lee el titular: «Casi seis millones de parados, quinientos desahucios diarios». Supone que también habrán algunos suicidios diarios, pero eso no lo menciona la prensa, para la que sigue siendo tabú el desahucio vital.

El autobús lo deja cerca de su bloque de pisos. A su alrededor siente que todo está más muerto, que hay menos gente en la calle y que esos bloques a los que nunca vio sentido ahora le cuentan lo que son: colmenas de obreras dándolo todo por la reina.

Entrar al portal es una sorpresa. Ven es consciente por primera vez que huele. Jamás lo había olido. Hacía muy poco que había recuperado el sentido del gusto y del olfato, apagado durante años por una enfermedad caprichosa que no tiene ni prevención ni cura, la ageusia. Una enfermedad, como muchas, poco conocida para los

médicos y que puede ir y venir sin saber por qué. Los médicos lo único que pueden hacer es la recomendación universal de «lleve una vida sana, no fume, beba con moderación y no se estrese». Una recomendación que si toda la población siguiera acabaría con el capitalismo, los asesinatos, las guerras, los desahucios, el paro y el suicidio. Pero la vida es incertidumbre y a cada segundo puede cambiar. Por eso, para Ven, quizás lo mejor sea sumergirse en el sofá hasta el final de los días.

Al abrir la puerta de su apartamento, el olor casi lo tumba. La vida se conforma de mentiras, y la más recalcitrante es la de la propiedad. El hogar es un estado mental, no un lugar concreto, y aquel piso le parecía ajeno y maloliente, pero es lo único propio. Ahora un refugio sin su centinela, sin su gato Ken. Con su desaparición ha muerto algo también en él.

Mira a su alrededor y calcula: «¿En cuántas cajas cabrían mis quince años en este piso? ¿En veinte?». Se hace otra pregunta: «¿Qué me llevaría si me marchara de esta casa?». Siente que solo algunas de las Barbie de Lupe, su mujer arrebatada por el cáncer hace años, pero hay mucho más. Son pequeñas cosas que le recuerdan que ha vivido: un mechero, un plato, una copa, un cuadro, una foto. Se hunde en el sofá y confía en no tener que salir de él por mucho tiempo. Aún hay latas de fabada sin comer y una botella de White Horse.

Ven recorre con su índice el perfil de una de esas muñecas Barbie. El torso perfecto, las caderas abultadas, los pechos rotundos y los talones alzados, como la rubia del hotel, y siente una erección. Es una Barbie de los años ochenta, nada que ver con las que hacen ahora buscando asemejarse a la realidad. A quien juega con muñecas le interesa una mierda la realidad.

Trata de traer la imagen de Lupe a la cabeza para bajarse el calentón, pero la mente caprichosa hace que la confunda con Lucy, la periodista cuyos rizos caían en cascada sobre su escote y que le recuerdan a lo mejor que vivió en Madrid antes de su largo viaje. Se acaricia y, cuando se empieza a dejar llevar por el compás de la fricción, ve por el rabillo del ojo un álbum de fotos. «Mierda», dice mientras la eyaculación se aleja. Ahora sus manos van al álbum para acariciar algunas fotos amarillas por el tiempo. Los setenta ya son de otro siglo. Casi de otra vida.

Sonrojado por la vergüenza de ser descubierto, pasa las páginas de fotos de cuando eran novios él y Lupe, y de cuando se casaron, diez años después. Se conmueve al comprobar que no tiene ninguna de su gato y le cruje el alma pensar que pueda olvidar sus caricias,

sus bigotes y sus ojos amarillos, expectantes. Ausencia que la vida le devuelve con más ausencia.

En la casa de al lado suena: «Pasa la vida, tus ilusiones y tus bellos sueños, todo se olvida».

—¡Y una mierda!

Lucy Belda acaba de leer la noticia en *El Comercio*, del Perú, sobre el discurso de Pedro Marino. En el texto no se dice nada de un secuestro y mucho menos del chico apuñalado. A Lucy le parece que debe de haber mucha gente implicada, porque ella vio cómo forzaban a Pedro Marino y también al rubio en el suelo. Alguien más tendría que haberlo visto. Al final de la noticia se hace mención a la elegancia del «poderoso empresario», que finalmente no concurrirá a las elecciones presidenciales, pues no ha presentado su candidatura y ayer se cerraba el plazo.

—¡Flipo!

Lucy empieza a andar por la habitación y se enciende un cigarro. Después de su discurso populista y el baño de masas, «¿se va de vacaciones a descansar? Ni de coña». Alguien tendrá que reivindicar la acción o pedir rescate porque estaba segura de que ese hombre no se había marchado *motu proprio*.

Sale de su habitación y da un par de vueltas por el salón en el que están los ordenadores del *hostel* para mochileros, lo más barato que encontró en el barrio más tranquilo de la ciudad. Se sienta en uno de ellos y hace otra búsqueda de Pedro Marino. Lee su biografía: un tipo que salió de un asentamiento humano y que ahora incluso se veía como posible candidato a presidente del país. Después de un rato rastreando las noticias de su última intervención, se tranquiliza diciéndose a sí misma que sabrá lo que pasó. Pero, antes, tiene que enviar su nota a la revista que le ha encargado los reportajes del evento gastronómico en Lima. Duda mucho en escribir lo que vio, pero al final se decide y comienza contando cómo, tras el baño de masas, el poderoso «padre de la gastronomía peruana» salió por una escondida puerta de atrás desde la que un hombre, presumiblemente conocido, pues Marino no se extrañó al verlo, lo empujó en su coche de cristales ahumados visiblemente en contra de su voluntad, para después desaparecer. Lucy detalla las últimas palabras en público de Marino. Frases incendiarias que llamaban a la revolución social.

La periodista ata un cabo a otro y le parece que a mucha gente no le interesaría demasiado que los pobres se creyeran este discurso. Relee lo escrito y lo envía al redactor jefe de su revista latina en los Estados Unidos. A los cinco minutos recibe un *mail* del

jefe.

«Te enviamos a Lima para que escribas de cocina en nuestra revista. La prensa amarillista es otra. ¿De dónde has sacado toda esa historia?»

Lucy contesta:

«Lo vi con mis propios ojos.»

El jefe, sin miramientos:

«Escribe lo que todo el mundo. Nadie cuenta nada de secuestros ni de navajazos.»

Sobre la marcha y con ganas de escupirlo en la cara, le da la vuelta al texto y pasa la última frase al titular: «América Latina es salsa». Termina la redacción y la envía de nuevo al jefe mientras se fuma el cuarto cigarro de la mañana. La contestación le llega de inmediato: «OK».

Lucy piensa por primera vez en el significado de esas dos letras. Las busca en Google y, tras la lectura de la acepción número dieciocho, se da cuenta de que nadie sabe por qué se dice, aunque parece ser que viene de la Segunda Guerra Mundial, cuando los soldados estadounidenses apuntaban en una pizarra, al final del día: «0 *Killed*». Y, por ahora, muertos la prensa no ha visto, pero como la cosa siga así lo que va a morir es el periodismo.

Se viste con pantalones y jersey. Tiene frío y hambre. Desde el *hostel*, atraviesa el parque Kennedy en el barrio de Miraflores, donde los vendedores ambulantes venden artesanía y los pintores se esmeran en retratar a clientes para ganarse la vida, mientras los gatos callejeros se dejan acariciar. Al otro lado, la *sanguchería* La Lucha. La gente está alrededor de una barra en la misma calle. Lucy lee la oferta: pavo a la leña, lechón, asado de res, chicharrón, jamón del país... Todo carne. Y decide que es el momento de elegir lechón y olvidar sus preferencias vegetarianas. Para acompañar, un jugo cremoso de lúcuma con leche que quita el hambre durante horas.

La comida le reanima el cuerpo, pero el frío vuelve en forma de una mirada. Paga, levanta la mano y se mete en un taxi. Una vez dentro no se le ocurre mejor lugar al que ir que al recinto donde todo ocurrió el día anterior.

La feria continúa como si nada hubiese ocurrido. La gente hace cola en los puestos para comprar anticuchos que después engullen sentados en el suelo del parque de la exposición. El olor al humo de las brasas la atrae, pero el solo hecho de pensar que se trata de trozos de corazón de vaca a Lucy le eriza la piel. Ha vuelto a comer carne después de quince años sin probarla, pero para las vísceras, por el momento, no tiene estómago.

Se pasea entre los grupos de familia sentados en el suelo del parque, que comen, de cajitas de plástico, cebiche, chupe de camarón y anticucho. Mastican y escuchan sones de cumbia y salsa de la orquesta en directo. Esta estampa popular contrasta con la del escenario, donde se suceden los discursos de cocineros de todo el mundo y a la que el pueblo no tiene acceso. Solo la prensa e inscritos. La cocina ha dejado de ser un lenguaje que entienda todo el mundo por igual. Hablan de vanguardia, del servicio en la mesa, de la revolución de los maridajes de lo líquido y lo sólido. Lo único que une a estos dos mundos, el de la alta cocina y el de la cocina popular, es la consideración que tienen a su mentor, al que conocen como «padre de la cocina peruana», Pedro Marino.

Lucy pasea por otra área intermedia, donde se encuentran los puestos del mercado del campesinado. Muchos campesinos de todo Perú muestran allí sus joyas: papas de colores, verduras y frutas que los propios limeños no han visto en su vida. También la apreciada quinua, el llamado alimento de los dioses. Un campesino con sombrero de paja y ojos verdes sobre piel morena sonríe a Lucy, hipnotizada por los colores de las semillas.

—¿Le gusta la quinua, señorita?

—¡Sí! ¡Nunca había visto una granate!

—Las hay de muchos colores, según la variedad, señorita, aunque es la amarilla la que más se conoce porque fue la que se llevaron para dar de comer a los astronautas de la NASA.

Lucy abre los ojos con sorpresa. El campesino le cuenta que la quinua se empezó a consumir hace siete mil años en el lago Titicaca, pero cuando llegaron los españoles a América, ya los incas se habían ocupado de extender su consumo, porque aunque no sabían de isoflavonas y de su contenido en vitaminas y minerales, sí constataron su potencial nutritivo. Ahora se producía, además de en su lugar de origen, en los salares de Bolivia, en los valles secos y húmedos del Perú, Ecuador y Colombia, y hasta en la costa de Chile y del propio Perú.

—Así que ya ve, señorita, la quinua ahora se la comen en las estrellas, en Europa y en los Estados Unidos, pero por acá ya los campesinos preferimos venderla que comerla. Su precio es oro, así que nosotros a comer ahora lo que traen los yanquis.

A la chica se le enciende la intuición del periodista. Ese es un buen tema sobre el que escribir. Y es que aunque esté harta de las penalidades de la profesión, «el periodismo no te abandona nunca».

—Y los yanquis lo que traen es maíz modificado genéticamente, ¿verdad?

Ahora es al campesino al que se le encienden los ojos al encontrar a alguien que habla su mismo idioma.

—Así es, señorita. Y nos quieren vender que eso es el futuro incluso para nuestra quinua. Nos dicen que siempre se ha hecho y que así ganamos más y además combatimos el hambre en el mundo.

Lucy encaja las mandíbulas con rabia, es la demagogia que llega con la misma democracia a todas partes. Parece mentira que quieran hacer creer que la evolución genética de plantas, animales y seres humanos debida al ambiente es lo mismo que la transgénesis hecha por la mano de algunos científicos a los que se les ha ocurrido meter un gen del pescado en una fresa para que no se congele o el de un gusano en el del maíz. Lucy ha leído hace poco que se les ha ocurrido cambiar el nombre de transgénesis por cisgénesis, que viene a ser lo mismo, solo que alegan que se transfiere, en este caso, un gen de una especie a otra sexualmente compatibles. Neologismo hecho para engañar. El juego del lenguaje que encubre el dinero.

—El único que nos animó siempre a continuar con lo nuestro fue Pedro Marino —le cuenta el campesino, quien le explica cómo el propio «padre de la gastronomía peruana» lo animó a seguir con su cultivo en su chacra y a exhibir esa variedad roja tan especial. El campesino le da un papel con la dirección de la cooperativa que envasa su quinua en Puno y la invita a ver su chacra «arribita del Titicaca».

—Señorita, aquello sí es bello. Cuando la quinua florece, es un regalo de Dios. Tiene usted que venir a verla.

Lucy no imagina cómo puede ser y recuerda que la boda de la princesa Cristina de Borbón con el guapo Iñaki Urdangarin no solo fue el pistoletazo de salida de una gran extorsión económica infringida al país, sino también del auge del consumo de este «pseudocereal», como lo llaman los gastrónomos. Su menú de boda se abría con «Sorpresa de quinua real con verduritas». El más humilde de los productos latinoamericanos se convertía en un plato de reyes. Era un guiño de la monarquía española hacia Latinoamérica, pero también fue el comienzo de la especulación en España con un producto con el que finalmente se ha especulado en todo el mundo. Después de aquello, los medios de comunicación no pararon de hacer reportajes, de hablar de sus bondades y de sus posibilidades culinarias. Así que pasó de venderse en los herbolarios por un precio asequible a comercializarse en tiendas *gourmet* por un precio increíble que triplicaba al original.

Lucy mira al campesino enjuto de piel arrasada con ojos

honestos y piensa que parece mucho mayor de lo que realmente dicta su edad.

—¿Y cómo se llama usted?

—Manuel. Allá en Puno me conocen como «el aimara de la quinua».

Por el pasillo entra un grupo de cocineros. Son los nuevos baluartes de la cocina peruana. Una algarabía de gente los rodea y los agentes de seguridad los separan de la multitud. Entre ellos solo falta Pedro Marino. Lucy toma una foto con su móvil en el momento en que un agente de seguridad alto, flaco, con un lunar en la sien y ojos rasgados clava su mirada en ella. Lucy disimula y, sin ni siquiera despedirse del campesino, se desliza por otro pasillo, pero se encuentra de nuevo al grupo. El agente de seguridad la vuelve a mirar desafiante y hace un gesto con la cabeza que provoca que Lucy mire a su chaqueta entreabierta, desde la que se adivina la navaja que el día anterior usó con aquel chico del que nadie ha dicho nada.

Asustada, sale del mercado y atraviesa el parque en el que se encuentran los puestos de comida callejera hasta llegar al auditorio con gradas donde el día anterior había estado Pedro Marino. Continúan las conferencias y entra con su pase de prensa. Escucha al cocinero danés explicando a los asistentes cómo cocinar con las hierbas que ha encontrado en el parque antes de ir a la conferencia. Muchos lo aplauden, otros lo miran escépticos mientras sostiene un trébol en la mano que no comerían ni las gallinas en un país tan frondoso como el Perú, cuya tierra ofrece frutos mucho más sabrosos y apetitosos que una triste planta ruderal. Lucy decide regresar al mismo punto desde el que ayer observó una escena que parece que pasó desapercibida para todo el mundo, pero que sabe que no la soñó. El larguirucho la ha amenazado y es porque sabe que ella sabe. Un escalofrío le recorre la columna dorsal mientras observa en el asfalto, desde el mismo punto en el que estaba el día anterior, unas manchas negras que bien podrían ser de la sangre de aquel rubio que nadie echa en falta.

Echa un vistazo desde lejos al bar de Sito, en el que desayuna y toma el aperitivo, ve los partidos del Atleti y toma un botellín antes de cenar. Su bar de la esquina, en el que los clientes son amigos a fuerza de costumbre. Nadie entra ni sale. Se acerca y solo ve un cartel: «Se traspasa». Al lado, Manolo, el mecánico, otro de los habituales, aún mantiene su chiringuito.

—Coño, Ven, dichosos los ojos.

—¿Y Sito?

—Tuvo que cerrar. No le daba para pagar el *autónomos*. *Cago'n* la crisis. Yo estoy aguantando. Y ya ni café, ni *na'* en bares. Mira —dice señalando un termo—, mi mujer me hace una cafetera y voy tirando. Con eso y el brandy del supermercado. —Le guiña el ojo, mostrándole la botella oculta bajo una manta—. Si gustas…

—Gracias, Manolo. Me voy al centro y el 18 está a punto de pasar.

Los bares son gente, y cuando se cierran parece que se murieran un poco. Desaparecen de tu vida, de tus recuerdos. Ya en el centro, entrará en alguna de las impersonales franquicias con jóvenes siempre sonrientes que te sirven el café en vasos de cartón. Impersonales y, por tanto, indoloros. Nunca echarás de menos a uno de sus *baristas* o dependientes. Todos siguen el protocolo y todos son igual de jóvenes y temporales.

La espera del desayuno, entre autobuses y metro, le parece agónica. Necesita el café y algo que comer, porque ni comió ni cenó el día anterior. En casa tenía latas de fabada, suficientes para un mes, para Ken y para él, pero no pudo abrir ninguna. Y la tristeza cierra la boca del estómago, aunque al pasar las horas el hambre lo supera todo. Así que se lanza directo a un mal café, de pie en una estación de metro, y un cruasán. Las dos cosas le parecen asquerosas y se lamenta de volver a tener gusto. Mira a su alrededor los carteles que anuncian el café más barato de Madrid: 0,6 euros, las cien pesetas de antes. Obreros y trabajadores de oficinas abarrotan el local. Visten trajes baratos con los vueltos del pantalón demasiado alto, zapatos algo viejos y corbatas a las que se les nota el uso. Las mujeres se disfrazan de hombres con sus trajes a juego y solo algunas se atreven a no abotonarse hasta el final la camisa. Ya lo dicen las revistas femeninas de moda: por la noche, escotes y seducción; en la oficina, pantalones y seriedad. Hombres y mujeres

comen con fruición los bollos y alguno moja el cruasán chicloso en el café. La vida en la mediocridad también atrofia el gusto.

Sale del metro y se sienta en un banco. La mujer que tiene que observar desde la distancia vive en Rubén Darío, una calle señorial, ruidosa y también casposa. Madrid es así, una unión entre «cómo quiero que me vean» y «cómo soy». Lo bueno es que los madrileños de pura cepa lo saben y hacen gala de ello, pero el problema es cuando a alguno se le olvida e intenta comportarse como un neoyorquino en una ciudad donde el último metro pasa a la una y media.

El nombre de la mujer no le suena de nada, tampoco su foto. Desde el banco observa el portal de salida del edificio. Las asistentas, a esas horas, llevan a los niños al colegio. Es fácil distinguirlas de las madres, no solo por su lugar de origen, sino por su actitud. No solo la de ellas, sino también la de los niños, quienes identifican rápido dónde está el poder y quién lo ostenta.

Ven se agita al sentir una caricia en las piernas. Es un perro, que también pasea una asistenta. Sonríe sin muchas ganas y se ve obligado a acariciarlo entre las orejas como respuesta. La chica lo mira y se aleja tirando de la cuerda del perro. En ese momento, Ven alza la vista y se encuentra con la delgaducha que debe seguir. Anda distraída por la acera enviando un mensaje desde su móvil.

Espera a que se adelante unos pasos y la sigue. Ella toma un taxi y Ven se ve obligado a tomar otro y decir:

—Siga a ese taxi.

—Mira, tío, esto no es una peli, ni tú un poli ni un detective. Así que haré lo que pueda, que el tráfico está muy mal y además están a la que salta para multarte, ¿me entiendes?

Ven asiente. Ya las cosas no son como antes. No hay ilusión. En los ochenta un taxista no hubiese ni cobrado la carrera solo por vivir algo así.

Pese a las advertencias, el taxi no tiene problema en seguir al otro coche. Se detienen en Claudio Coello, una conocida calle del barrio de Salamanca, uno de los más cotizados de Madrid. La delgaducha se baja y entra directamente en una tienda de zapatos. Ven observa desde fuera y, para entretenerse, mira el escaparate. Hay un bolso amarillo, grande. Por curiosidad aguza la vista para ver su precio en un pequeño cartelito en el suelo. No puede evitar silbar. Tres mil doscientos euros. Y en ese momento se abren las puertas automáticas hacia los lados y una dependienta lo anima a entrar.

—Tenemos más modelos en el interior.

—¿Al mismo precio?

La chica sonríe.

—También los hay más caros, señor.

La chica vuelve a sonreír. Ven agradece la amabilidad y se sienta en un banco cercano con sus pensamientos: «¿Cuánto debe de ganar un marido para pagar algo así? ¿Dan para tanto los cocinillas? ¿O es el amante el que paga? Aunque a ese precio no debe de tener uno, sino varios».

El detective mira a su alrededor. Todos los bancos están vacíos. Es un barrio en el que no hay ni parados ni jubilados que tomen el sol y él está llamando la atención. Se levanta al tiempo que la delgaducha le hace una señal desde el otro lado de la calle. Ven cruza y ella le suelta:

—Entra y tómate un café.

Ven obedece la orden hundido en la tristeza más profunda. El detective pillado. La edad le cae como una losa. Ella, con soltura, le pide un café solo sin preguntar.

—¿Te envía mi marido?

El detective huele y después saborea. Por muy barrio de Salamanca que sea, el café es torrefacto, pura mierda, la misma que se toma en todo Madrid.

La señora mete la mano en el bolso de tres mil doscientos euros y saca un sobre que tiende a Ven.

—Tome y cómpreles algo a sus nietos. Solo tiene que dejar de seguirme y no indagar más. A él dígale lo que le dé la gana. Solo me tiene envidia porque tengo más dinero que él y piensa que me lo da un amante. Vaya gilipollas.

Esta última palabra chirría tanto a Ven como su propio gesto automático de tomar el sobre entre sus manos y guardarlo en el bolsillo. Sin decir nada, se va directo al váter, donde se vacía del todo sintiendo la soledad calada en las tripas. Cuando sale, la mujer ya no está. Ven suspira y sale a la calle cuanto antes, sin corroborar que el café esté pagado.

En la Castellana toma el autobús 27. Es un autobús doble conectado con una suerte de acordeón en el centro. Sube y baja lleno de señores y señoras trajeados con zapatos acabados en una punta exagerada, histriónica, apuntando al próximo objetivo económico de la multinacional para la que trabajan.

Ven siempre ha pensado que cualquier terrorista escogería esa línea de autobús para cometer un atentado, así que lo toma con precaución mirando a todos los que lo rodean. De sus años en los servicios secretos ha heredado el estado de alerta permanente. Está

atento siempre a esa bomba que puede estar a punto de explotar. Pero hoy casi desea que explote y acabar así con la vergüenza y la humillación. ¿Por qué cogió el dinero? ¿Cómo se lo va a explicar al Jeta? ¿Y a sí mismo? «Bueno, lo necesitaba y lo devolveré», se dice.

Busca en su cabeza las palabras con las que explicará al Jeta que la tía lo ha pillado y las memoriza, pero Gran Vía arriba las olvida. En la calle Montera ve las putas de siempre más algunas otras de Ucrania. Las crisis engordan las mafias, así ha sido siempre. Algunos nuevos oficinistas del edificio fuman en la entrada, ríen y hablan de la bolsa como el juguete que es.

Siente que le tiemblan las piernas y entra a la Ciudad de Tui, el bar cercano a la agencia del Jeta. Con una cerveza decidirá lo que puede decir a su jefe. Bueno, mejor un whisky. White Horse.

—A ver si el Atleti da una sorpresa esta temporada.

Al fondo, en una silla con un micrófono, un melenudo empieza a cantar. El camarero le explica:

—Con esto de la crisis hay que innovar. Y al jefe se le ha ocurrido contratar a este para animar a la clientela. Hay que ser creativos, como dice el Ferran Adrià en la tele, aunque yo soy más de Chicote.

El cantautor araña la guitarra: «Bares qué lugares, tan gratos para conversar».

Con el segundo whisky, Ven siente la fuerza suficiente para salir del bar y decirle al Jeta «adiós». Enfila la calle y se lo encuentra de bruces.

—Coño, Ven. Te estaba esperando. Tengo que hablar contigo. ¿Ya has comido? Vamos al chino de aquí al lado, que la cosa está muy mal y hay que ahorrar todo lo que se pueda. Fíjate si estoy ahorrando que he puesto una cafetera en la oficina para no tener que ir al bar. Eficiencia y ahorro de costes, se llama.

Ven levanta el bigote y baja la vista. El Jeta sigue a lo suyo:

—Los cafés están muy buenos y a Marta le encantan.

—¿Marta?

—Mi nueva secretaria.

—¿Y amante?

—Ven, siempre estás pensando en lo mismo. Ahora todo es distinto.

—¿Qué ha cambiado?

—Todavía nada, pero pronto voy a ser padre.

Ven no da crédito.

—¿Padre? ¿Y tu mujer lo sabe?

—A su debido momento.

Lo que le faltaba por escuchar. Escruta al Jeta y piensa en cómo será este país de *padres-abuelos* en unos años. Sin embargo, siente el ácido agudo al comienzo de la boca que anticipa la envidia. Si él tuviera un hijo, quizás ahora no estaría tan solo. Lupe y él lo habían deseado, pero llegó tarde a su vida y ella murió de aquel cáncer. Ven se muerde el labio y se consuela, un hijo no es garantía de compañía. Él tuvo padre, pero no lo volvió a ver desde que se marchó al servicio militar como voluntario.

Una china sonriente los recibe en la puerta del restaurante y los sienta en una mesa del inmenso salón. Ven sigue sin encontrar el momento de renunciar. En los postres, quizás.

—Este restaurante es bueno. Mira, allí hay dos chinos comiendo. Así que será de los auténticos.

Ven calla para evitar entrar en una conversación absurda sobre qué es auténtico y si eso tiene algo de valor, sobre todo en lo gastronómico. Las patas de pato y los tendones son platos auténticos chinos, pero a los europeos les puede producir arcadas —incluidos a los que van en busca de la autenticidad—. La cultura del sabor es solo costumbre y pocos son capaces de trascenderla, ni siquiera los críticos gastronómicos.

El Jeta pide para los dos unos rollitos de primavera y pregunta qué es eso del cerdo agridulce.

—Muy bueno, *señol. Sabol aglidulce*.

Pero no le convence y pide una ternera con pimientos, arroz tres delicias y un vino con casera. «Lo que pediría cualquier español que no tiene ni puta idea de qué se come en China», piensa Ven. Suena el teléfono. El Jeta contesta y escucha con cara de preocupado. Habla al otro con palabras huecas y promesas vacías de que todo está amarrado y que pronto lo llamará para darle el informe completo. Al colgar, el Jeta quiere crujir a Ven.

—¿Te ha visto la mujer del cornudo?

Ven no contesta, pero al Jeta ya no le hace falta escucharlo.

—Me cago en tu puta madre, Ven. ¿Qué coño te pasa? ¿Te estás haciendo viejo? El cornudo me dice que su mujer lo ha amenazado y le ha pedido que deje de jugar a los detectives.

Ven sigue sin decir palabra y empieza a masticar un trozo de carne gomosa que saca de una salsa pegajosa que es puro almidón, saborizante y glutamato.

—No me lo puedo creer, Ven, ahora te me pones viejo, justo ahora que tengo un caso entre manos de mucha envergadura.

Ven se lo queda mirando. El Jeta se calla un rato y se lo piensa. Al final, arranca:

—Te conozco desde hace mucho y esta vez quiero que lo bordes, solo como tú sabes. Me han llamado las hijas de un tío importante con mucha, mucha pasta, pero mucha, ¿eh? —Ven sigue escuchando y da un trago al vino oxidado endulzado con la casera para disimular la cara de acidez que se le pone cuando la gente dice dos veces lo mismo para enfatizar—. Hablamos solo por teléfono, pero he quedado para cenar con ellas para que nos cuenten los detalles. Nos han contactado porque somos la primera agencia mundial de detectives especializada en casos de investigación gastronómica.

—¡Coño!

—Ya ves lo importante que es la especialización y el *marketing* —explica orgulloso el Jeta.

—¿Y de qué va el caso?

—Pues el padre es propietario de restaurantes y de varias empresas y ha desaparecido después de dar un discurso en Lima en un congreso gastronómico. No tengo ni idea de quién es el pollo, pero a lo mejor en Wikipedia sale. Se llama Pedro Marino.

—¿Wikipedia?

—Hay que modernizarse e innovar. La policía trabaja ya por Twitter. A ti los ordenadores se te dan bien, así que con poco que te pongas seguro que eres capaz de encontrar al desaparecido desde tu sofá en casita.

La humillación le ha quitado el apetito a Ven, pero el nuevo caso le despierta la esperanza.

Llega la comida. Ven observa los rollitos de primavera y disecciona uno de ellos con el cuchillo a lo largo, de forma que el relleno de cerdo y col queda a la vista. Jamás vio nada igual a esa masa frita en su viaje por China. En Longsen comió unos, pero eran una crep finísima rellena de verduras frescas, brotes de soja y setas salteadas en el *wok*. El Jeta corta su rollito y, al momento, llegan la ternera y el arroz tres delicias.

—Puedes venir conmigo a cenar con ellas. Hemos quedado en un restaurante que ahora está muy de moda.

—¿Y a qué se dedican?

—No sé, no me lo han dicho. Vivirán del padre, digo yo. Eso hacen las hijas de los ricos, ¿no? La que me llamó tiene una voz que te la pone dura.

Ven gira la cabeza reconociendo la esencia del incorregible Jeta y le suelta:

—Pero ¿no vas a ser padre?

—Una cosa no quita la otra —se carcajea el jefe—. Además, la

Cialis puede con todo, te pones como un león.

Ven no puede evitar imaginárselo desnudo rugiendo y se le escapa una sonrisa y un pensamiento: a las hembras de la selva no hay quien las engañe, hueles a viejo. Ahora lo sabe y para eso no hay elixir ni bálsamo que valga. Cuestión de pH.

La camarera con la mirada dirigida al suelo y los ojos entrecerrados pregunta:

—¿Todo bueno, *señol*?

—Excelente. Deliciosos los rollitos de primavera, sutil la ternera con pimientos y elegante y equilibrado el arroz tres delicias. Una cocina de buena factura china. Además, el vino con casera, inmejorable y refrescante. Un restaurante chino auténtico. ¿Nos traes unos chupitos del licor de flores ese?

La chica sonríe ahora con los ojos:

—Sí, *señol*. Invita la casa.

La camarera desaparece a toda velocidad y el Jeta comenta:

—Como ves, ya soy un *gourmet*, y tan bueno que me piden que escriba en un blog con otros críticos gastronómicos.

Ven recuerda a la periodista Lucy Belda. ¿Qué diría si escuchara las chorradas del Jeta? Lucy no solo era atractiva, sino que tenía además la efervescencia de la inteligencia y el don del gusto. Ella podría haber sido la mujer de su vida, pero a él le ha fallado el *timing*. En griego se diría *kairós*, pero en inglés suena más triunfante, como tantas otras palabras con las que buscamos el éxito. Para los políticos, en los Estados Unidos, es la clave, porque consiste en llegar a unas elecciones en el momento adecuado con el mensaje idóneo. Para ello hay que saber adelantarse en unos casos o esperar en otros. Pero a él le parece que con las mujeres nunca llegó ni en el momento ni al lugar preciso ni con el mensaje idóneo ni en inglés ni en griego, y por supuesto, tampoco en español. Quizás si la conociera ahora todo sería distinto, pero se siente cansado hasta para buscarla en Internet desde el sofá.

El Jeta se hace el espléndido y paga la cuenta. Deja diez céntimos de propina. Ven, entre dientes y bigote, deja arrastrar las sílabas «mi-se-ra-ble» en forma de suspiro.

Hortaleza abajo en dirección a Gran Vía, el Jeta extiende su brazo por encima del hombro de Ven.

—Siempre te he tenido por un gran tipo.

Ven juraría que le quiere revelar algo. Sea lo que sea, el jefe solo le da dos palmadas en la espalda y desaparece por el pasillo del edificio donde tiene la agencia. El detective sigue andando hasta que encuentra un portal adecuado para sacar el dinero con

discreción y contar. Tres mil doscientos euros, lo que cuesta un bolso en una tienda del barrio de Salamanca. Eso es lo que vale él para aquella rubia: un bolso, un complemento, un accesorio.

Baja Gran Vía silbando aquella canción de Celia Cruz, «La vida es un carnaval», y se mete en la primera tienda de teléfonos. Compra un iPhone y piensa en sus otros complementos. Tendrá que visitar al Ciego, pero mañana. Ahora, al sofá.

Los anuncios de detergentes siguen siendo los mismos, los programas parecen tener todos el mismo formato y, sobre todo, los que participan en ellos. Nadie se escucha y todos sacan a relucir la determinación en sus preferencias, porque «yo» y «yo» y «yo».

Ven cambia de postura, pero la espalda no mejora en su viejo sofá. Se lamenta por no haber invertido nunca en la comodidad de un hogar o, por lo menos, de un sofá. Se propone que algún día lo hará. Acaricia el sobre con el dinero que le queda y piensa que quizás hasta podría hacer una reforma para sentirse más a gusto en su refugio de Villaverde.

Cambia de canal y unas imágenes del Perú le llaman la atención. Hablan del congreso de gastronomía, pero no mencionan la desaparición de Pedro Marino. Toma el iPhone para *googlearlo*. Pone las imágenes. Un tipo alto de pelo engominado. Coches negros, guardaespaldas y muchas empresas de éxito de un hombre hecho a sí mismo. Entre las fotos, el anuncio de una aplicación de móvil para comprar pizzas lo despista de su línea de investigación. Es lo que tiene Internet. Imposible centrarse en nada. Pide una de masa fina con beicon y salsa barbacoa.

Mira por la ventana a ver si aparece el pizzero a domicilio. Ni motos, ni pizzas, ni personas. Muchas veces se pregunta cómo es posible que en un barrio en el que se hacinan tantos haya esa soledad en las calles. Quizás todos están refugiados como él en sus incómodos sofás.

Ahora dirige la vista al cielo. Una estrella brilla con fuerza y constancia. Atisbar esa luz en la noche madrileña sobre el hongo de contaminación es casi un milagro. Le gustaría saber cuál es. Quizás cuando se jubile estudie astronomía o astrología, ¿por qué no? Se visualiza escribiendo horóscopos y echando las cartas astrales mirando al firmamento a través de un telescopio. Es curioso cómo se pueden encontrar explicaciones al comportamiento vital de un ser humano mirando hacia lo más lejos.

Cuando baja la vista, las ramas de los árboles se agitan. Ese sonido lo lleva a un lugar muy lejano en el tiempo y que guarda detrás de la alfombra del recuerdo. Las hojas de una palmera con

cuya aspereza al viento se dormía en la infancia.

Un timbrazo se le clava en las costillas. Se abalanza a la puerta desechando los fantasmas. Abre y no hay nadie. Mira a un lado y a otro y siente el estremecimiento del silencio en un pasillo oscuro. Cierra de golpe con fuego en la sien. Vuelve a sonar el timbre. Ven no sabe qué hacer. Mira a un lado y a otro y, cuando se atreve a volver a acercarse a la puerta, un nuevo timbrazo más largo y cabreado. Entonces se da cuenta de que el sonido procede del telefonillo del portal del edificio.

—¡La pizza!

Después de una hora, Lucy consigue hablar con el jefe de seguridad. Un tío con un acento peculiar y una forma de hablar difícil de entender, pero fue a degüello, sin tiempo que perder:

—¿Qué falló para que secuestraran aquí mismo a Pedro Marino?

El tipo abre mucho los ojos.

—¿Un secuestro? ¿Pedro Marino?

Lucy rectifica sobre la marcha:

—En realidad quería saber si alguien hubiese querido secuestrar ayer a Pedro Marino. ¿Hay cámaras de seguridad por la puerta desde la que él salió?

—El señor Marino viene con su propio equipo de seguridad, al igual que algunos otros chefs, así que su seguridad está garantizada. Pero no tenemos cámaras aquí, es un espacio muy amplio y es un parque público.

—¿Un equipo propio de seguridad?

—Sí.

—¿Y sabe si había un chico rubio entre ellos?

El hombre sonríe:

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Bueno, ¿a quién se lo puedo preguntar?

—El equipo lo dirige el señor Wyatt.

Lucy memoriza el nombre y hace otra pregunta en otro sentido en búsqueda de respuestas:

—Por cierto, ¿se produjo ayer algún incidente?

—Nomás una pelea en el parque a la hora de cerrar, pero la abortamos de inmediato.

—¿Y afuera en la calle?

—Solo actuamos dentro del recinto.

Tras escuchar al jefe de seguridad le parece que todo el país puede ponerse de acuerdo para hacer desaparecer a quien el día anterior fue su «salvador». ¡Qué débil es la memoria del pueblo!

Se ilusiona con hacer un buen reportaje, periodismo de investigación, con mayúsculas. Empezaría por ese «Wyatt», seguro que él le podría contar algo. A los pocos segundos, su plan para en seco. No tendrá a nadie a quien vender ese trabajo. En la industria de la prensa el interés por la investigación ha caído en picado, pese a que los periodistas quieran hacerlo y los lectores leerlo. «No hay dinero» es el mantra. Ella piensa que no hay talento entre los

empresarios de la comunicación y que ese es el problema. Repiten un modelo agotado y no apuestan por estar a la altura de una sociedad líquida y tecnológica cuya forma de relacionarse y de informarse ha cambiado.

Lucy pide una entrevista con el cocinero al mando de la organización del evento, un peruano de origen japonés especializado en la cocina *nikkei*, la fusión peruano-japonesa. Quizás él también pueda contarle detalles sobre Marino.

Hideki le sonríe y ella ve la belleza de la mezcla racial en su piel y en sus ojos. Hablan durante un buen rato sobre la influencia japonesa en esos platillos ahora tan peruanos, y también de la china, que ha generado otro estilo culinario llamado *chifa*, que los limeños adoran tomar los domingos a mediodía en los alrededores del Mercado Central en el Chinatown de Lima.

El chef le explica que combina la cocina *nikkei* con la de vanguardia, esa nueva tendencia nacida en los fogones del restaurante español elBulli.

—Tienes que probarla —le dice mientras le tiende su tarjeta—. Te invito. Ven esta noche.

Lucy acepta de inmediato.

En días como hoy, Ven agradece no tener mujer ni amante y decide comprarse el mejor complemento que puede usar un hombre: un pasaporte falso. Da igual utilizarlo o no, lo importante es tenerlo a mano. Es lo mejor para no dejar huella o para escapar si hace falta. Tener pasaportes que le permitan ser otra persona es uno más de sus vicios, quizás el más caro, pero el que más seguro le hace sentir. Además, es también una buena excusa para ver al Ciego, el tío con mejor vista de la ciudad para buscarse la vida y, después de tantos años, su amigo.

El autobús desde Villaverde al centro de Madrid va hasta los topes y se agarra a una barra con fuerza. Un chico se levanta y le deja sentarse. Ven lo rechaza al instante y se traga la humillación de la vejez, que para él es sinónimo de una corva en la columna vertebral que impide levantar la cabeza. Le da un escalofrío de solo pensar en morir mirando al suelo, sin poder elevar la mirada al cielo.

Desde la plaza Mayor anda despacio y acaricia el sobre, mientras piensa en qué nueva identidad le podrá ofrecer el Ciego.

Cuando llega al Oratorio del Caballero de Gracia mira a un lado y a otro de la calle y, por precaución, da media vuelta para entrar por la calle desde el lado contrario. El Ciego está donde siempre, a la puerta de la iglesia, pidiendo. Como él dice, a los vagabundos y mendicantes no los mira nadie, así que es el sueño de cualquier falsificador, ser invisible.

—Ciego, ¿cómo va la vida?

—Coño, Ven, dichosos los ojos. Pues aquí, sufriendo la crisis.

—Poca limosna...

—No, qué va. No sabes la de facturas falsas, firmas y pasaportes que me están pidiendo estos días. Estoy ganando como nunca.

—Pues yo quiero uno de tus pasaportes especiales.

—Eso está hecho. ¿De qué nacionalidad?

—Inglés de Gibraltar.

—Eso te va a costar mil quinientos, Ven.

—Yo te doy mil y ya te puedes comprar otro sombrero.

El Ciego se acomoda su sombrero a rayas negras, grises y blancas.

—Ven, no estoy de rebajas.

—Haz lo que puedas, y para esta noche.

—Eso haré entonces, lo que pueda.

Ven le deja un fajo de billetes y vuelve a la Gran Vía con el optimismo de haber visto a un amigo de toda la vida. Se sienta en un banco sobre el que alguien dejó un periódico gratuito de hace varios días, aunque podría ser de los años noventa. Casos de corrupción, desahucios y lamentos por haber gastado más de lo que nunca se llegó a tener. Lo único que llama su atención es la desarticulación de una banda de «secuestros exprés» en un pueblo de La Rioja dirigida por un albañil en paro. Sigue pasando las hojas hasta que se detiene en la parte más interesante de cualquier periódico:

«Piscis. Buen momento para el signo del agua. Está a punto de cambiar de vida y de desvelar misterios sin resolver. Necesitará toda su energía vital y el apoyo de los más cercanos. Su color del día es el amarillo y su número el 3.»

Se levanta con dificultad y deja el periódico donde lo encontró. Ha quedado para cenar con el Jeta y las hijas del secuestrado Pedro Marino. Va con tiempo y decide arrastrarse hasta el metro. En las escaleras mecánicas, un cartel anuncia el sueño de Machu Picchu y piensa que el futuro para los españoles está donde lo encontraron en el pasado, en América, aunque ahora les toque otro papel, el que quizás siempre tendrían que haber tenido, el de humildes inmigrantes.

En el andén se amontona la gente esperando un nuevo tren. Hace tiempo que no pasa ninguno. Puede ser huelga, falta de electricidad o suicidio. Poco importa a las decenas de viajeros que solo quieren regresar a su refugio cuanto antes, aunque sea para tomar sopa de sobre.

Ven sale a la calle y, tras un paseo corto, llega al restaurante. Está en una calle paralela a la Castellana y parece que está de moda. Por fuera, coches de alta gama y aparcacoches. La crisis no es igual para todos.

El interior del restaurante le recuerda a una vuelta a los años setenta. Paredes cubiertas de espejos, camareros con pajarita y clientes con corbata y chaqueta. Antes de preguntar, el Jeta levanta la mano desde una mesa del fondo. Una morena de pelo largo y la cara maquillada con elegancia se levanta para saludar.

—Soy Lena Marino. Encantada, señor Cabreira. Ella es mi hermana pequeña, Cristina.

La chica, de unos treinta y tantos, se muestra fría y rápida en la conversación y está tan buena que Ven parece ensimismado en observarla. La hermana pequeña no levanta los ojos de su móvil, no

sabe si por timidez, porque está afectada o porque no le importa nada. El pelo rubio, el cuerpo sumamente delgado, unos pechos pequeños y la tez pálida la hacen parecer un ser triste y débil, una modelo de esas que aparecen en las revistas, el símbolo de la feminidad para los hombres que dirigen el mercado de la moda.

—Señor Cabreira, acabo de explicar al señor Amestoy la situación. Tenemos serias razones para pensar que nuestro padre necesita ayuda. Desapareció al salir de un congreso gastronómico en Lima en su propio automóvil. Dejó una nota en la que pedía salir sin seguridad, pero no se ha presentado a las reuniones que tenía previstas.

—¿Tienen motivos para pensar que fue un secuestro? —se adelanta Ven.

—Nadie ha pedido rescate, pero estoy preocupada.

—¿Han dado aviso a la policía? —sigue el detective.

—No, preferimos mantenerlos al margen, aunque el jefe de seguridad de mi padre ha comenzado a hacer sus averiguaciones.

—¿Y por qué no llaman a la policía?

—No siempre resulta la mejor opción. Mi padre es un hombre muy conocido y preferimos evitar una alarma social. Además, no sabemos si realmente se ha tomado unos días.

—¿Suele desaparecer a menudo?

—Ocurrió en una ocasión, pero entienda que aunque haya querido desaparecer unos días por su propia voluntad es muy peligroso y prefiero saber que está bien.

El *maître* la interrumpe elegantemente para ofrecerle una bebida.

—¿El champán de la *maison*?

—Sí, el cien por cien Meunier. Y para la señorita —dice mirando a su hermana sin que la chica levante la vista del móvil—, agua mineral.

—Para mí también —se adelanta el Jeta, que hasta entonces no había abierto la boca.

—¿Agua, señor?

—No, no, quería decir champán. —Y ríe solo la gracia.

—¿Y para usted, señor? —pregunta el camarero a Ven, que siente cierta repulsión a que lo *vintage* esté de moda. «Es como si todos estos años hubiesen pasado en balde», piensa el detective mientras pide un whisky White Horse. Ahora que ha recuperado el sentido del gusto no es el que más le gusta, pero un hombre tiene que ser fiel a sus marcas.

—¿Y para comer?

—Para mí, un *steak tartar* —pide Lena, con seguridad, mientras

se coloca con coquetería el pañuelo rojo a tono con el color de sus labios.

El Jeta se apresura a decir que tomará lo mismo y Ven detecta que lo dice no por complacer sino por ignorancia, que es lo mismo que pereza, a la que él se suma del todo pidiendo otro *steak tartar*. Solo Cristina rompe la inercia: espárragos a la plancha.

Lena tiende una carpeta a Ven, que se queda ensimismado con el aroma que desprende su muñeca. Ahora entiende por qué el olfato está conectado con la libido. Se la comería de arriba abajo y solo con oler su perfume. Lena se da cuenta del estremecimiento, pero continúa con la soltura de quien acostumbra a lidiar con estas situaciones, mientras la cara del detective se ruboriza.

—En esta carpeta tiene algunos de los nombres y teléfonos de personas cercanas a mi padre. Quizás le puedan ayudar. También tiene un pasaje para Lima para esta madrugada y un sobre con un adelanto, que espero le sea suficiente.

Ven repasa los nombres. Entre ellos, el de un japonés. Lo señala y pregunta:

—¿Japonés?

Lena se siente cohibida. Mira a su alrededor y baja más aún el tono de voz.

—Bueno, Hideki es peruano-japonés. Es también cocinero, representa a esa nueva generación que hace cocina japonesa con influencia peruana que se llama *nikkei*. Es amigo y socio de mi padre.

—¿Teme que la desaparición tenga algo que ver con sus negocios?

—¡Quién sabe! Todavía no me he puesto al tanto de las cuentas de la empresa de mi padre, pero parece que todo está en orden.

El detective señala otro nombre en el dosier.

—Este tipo parece americano, Wyatt Whitehurst (WW) —pronuncia con su perfecto acento aprendido a golpe de venta de perrito caliente en las oficinas de la CIA en los años setenta.

—Sí, es el jefe de seguridad privada de mi papá.

—¿Cuál es su versión?

—Que él pidió ese día ir solo en su coche, sin guardaespaldas. Tiene una nota suya manuscrita.

—Cuénteme algo más de su padre —le pide Ven—. ¿Tenía motivos para desaparecer? ¿Estaba deprimido? ¿Tenía alguna enfermedad?

—No, que sepamos. Mi padre es un hombre hecho a sí mismo que comenzó limpiando pozos negros y que ahora tiene una cadena

internacional de restaurantes de alta cocina peruana. En los últimos tiempos, su idea de revolución a través de la cocina ha cuajado hasta tal punto que se hablaba de él como posible nuevo aspirante a la presidencia del Perú.

—¿Presidente?

—La gente del pueblo lo ve como uno de los suyos porque él nació en un barrio pobre. De limpiar pozos consiguió montar una empresa de sanitarios, Edelvés. Y de ahí otros negocios, pero siempre ha contratado a gente desfavorecida y, sobre todo, en los restaurantes ha apostado porque chicos sin futuro como él lo encuentren.

Ven se queda callado mirando la foto de Pedro Marino con camisa remangada y pantalones de pinza. «Un populista elegante», piensa con envidia. Quizás debería comprarse uno de esos pantalones y una americana moderna.

—Supongo, entonces, que podría tener enemigos políticos.

—Podría.

Lena toma su copa con delicadeza por el tallo y la lleva a la nariz antes de dar el primer trago. El Jeta y Ven la imitan.

—El olor del champán me hace sentir mejor —dice Lena—. Huele a panadería, a mantequilla.

A Ven le parece poesía lo que dice, pero no está allí para escuchar la lírica de la cata de espumosos. Hay cosas que necesita saber:

—¿Por qué quiere que investiguemos nosotros este caso? ¿No sería más fácil que lo hiciera alguna agencia peruana?

—No me fío. Ustedes son además la primera agencia especializada en investigaciones dentro del mundo de la gastronomía. Mi hermana y yo estábamos por casualidad en Madrid visitando varias universidades. Mi papá quiere que estudie fuera del país.

—¿Y qué vas a estudiar? —interviene el Jeta.

Lena carraspea y Cristina levanta la vista. Tiene los ojos azules. No parecen hermanas. Una morena, la otra rubia. Ven huele el perfume joven, cítrico y fresco de Cristina.

—Cocina en el Cordon Bleu —dice Lena.

—Bellas Artes —corrige Cristina.

—Bueno, las dos, ya veremos si convencemos a papá —añade Lena con cariño.

El Jeta cambia de tema, sintiendo la culpa de haber dado pie a este desencuentro:

—Supongo que la familia está ansiosa por saber qué está

ocurriendo. ¿Cómo se encuentra su madre?

—Bueno, bien —comenta Lena ante el carraspeo de su hermana.

Se vuelve a mascar algo de tensión, pero el camarero la rompe al acercar tres cucharitas con un montoncito de carne roja. Extiende una a una a cada comensal. Ven, al verlas, piensa que va a tener que cenar dos veces.

—Por favor, señor, pruebe el *steak tartar*, a ver si está a su gusto.

Ven lo toma de una vez.

—Tan bueno como escaso.

El camarero sonríe y señala el bol donde hace la mezcla de carne cruda cortada a cuchillo, salsa inglesa, alcaparras y yema cruda de huevo. Le sorprende que la carne cruda no sepa a sangre en un primer momento, sino a mostaza. El sabor acre llega más tarde, cuando los pequeños trozos se deshacen en la boca. Le sorprende esta estrategia barroca en la que se convierte un trozo de carne de lo más bestia en un plato de restaurante caro. Dicen que esto fue un invento de los tártaros y que cuanto más nobles eran más delicado era el aderezo de la carne cruda, que sí que era para todos la misma, la que había pasado un par de horas bajo la montura del caballo. Pero no hay mostaza que disimule el primitivismo de ingerir carne cruda, ni chaqueta de Armani ni restaurante caro que disimule el origen de un tipo que viene de hacer pozos y vivir en chabolas, piensa mientras vuelve a posar su vista en la foto de Pedro Marino.

—Perdone la pregunta, señorita Marino, pero creo que es importante saber si sus padres mantienen una buena relación.

—Bueno, como todas las parejas de larga duración. Tienen sus diferencias, pero están juntos —explica Lena.

—¿Sois las dos únicas hermanas? —continúa preguntando Ven.

—Tenemos otro hermano, se llama Alberto. Vive en Nueva York, pero está al tanto de todo.

La hermana pequeña vuelve a subir la mirada con un gesto de desprecio, mientras hace rodar los espárragos por el plato sin probarlos.

—Es gay y no creo que le importe mucho lo que le pasa a papá. Solo hay que leer lo que escribe en su blog.

Lena se lleva su copa a los labios, que sellan la situación con un trago, y acto seguido habla con elegancia:

—Disculpen a mi hermana, es joven e impulsiva y, además, está nerviosa. Ella era su niña pequeña. Todos estamos muy afectados por la desaparición.

El Jeta sonríe y les habla del tiempo tan bueno que hace este

invierno en Madrid y de lo buena que «era» —se disculpa corrigiendo el tiempo verbal al presente— la Complutense, la universidad donde estudió.

Ven frunce el ceño. Más que estudiar, lo que hizo el Jeta fue lo mismo que él. Estar infiltrados para tener controlados los movimientos estudiantiles. Fue la semilla de los servicios secretos a los que luego ambos pertenecieron. Ahora las cosas son distintas, hasta para ser detective hay que estudiar. Pero para faroles, el Jeta es único.

Su jefe sigue con la patraña de sus estudios en Derecho en una difícil época para España. Ven ya tiene una ración suficiente de conversación y de *steak tartar*. La carne cruda no es lo suyo. Le cansa después de cuatro cucharadas. Es como muchas de esas novelas negras ahora tan de moda, leída una, leídas todas. A él nunca le pasa lo mismo que a los protagonistas, esos detectives bien armados y sin escrúpulos. Él es un tipo de verdad que le pasa lo mismo que a todo el mundo. Ven se levanta. Es momento de despedirse.

—Señoritas, buenas noches. ¿Nos veremos en Lima?

—Sí, nosotras tomaremos nuestro avión mañana. Antes de marcharnos tenemos que dejar cerrada la solicitud de matrícula en el Cordon Bleu.

Cristina la vuelve a mirar y su hermana añade:

—Y en la Complutense.

Ven asiente y saca su flamante teléfono del bolsillo, lo más cercano a un arma que puede esgrimir un detective en España, ante la cara de sorpresa del Jeta, que se pregunta de dónde habrá sacado el dinero si aún no le había dado adelanto alguno por el asunto del cornudo.

—Ah, entonces deme su número de teléfono.

Ven hace malabarismos con los dedos y la pantalla táctil hasta que consigue ver cuál es su número y el iPhone cae en la mesa. La chica se apresura a devolvérselo junto con su tarjeta.

—Aquí está mi número. Solo tiene que poner el código internacional. Me puede llamar cuando quiera.

El detective sostiene el móvil con la mano mientras introduce la tarjeta, que parece perfumada, en el bolsillo trasero de su pantalón. Toma la carpeta y con un gesto de cabeza se despide con la vergüenza de no haber sido más elegante con el teléfono. Cómo le gustaría que la vida se pudiera rebobinar para poder borrar palabras, gestos, actos o decisiones. Pero no hay marcha atrás. Prudencia y silencio son sus armas, pero esta vez le ha perdido el

presumir ante la chica.

En la calle escucha tras él la voz del Jeta:

—¡Ven Cabreira! —le dice dándole un abrazo como si no fuera a verlo nunca más—. Ten mucho cuidado y mantenme al corriente de todo. Te resultará fácil ahora que tienes nuevo móvil, que, por cierto, ya me dirás de dónde coño lo has sacado.

Ven manda a la mierda al Jeta, pero le sonroja pensar que su jefe se pueda enterar de que ha aceptado pasta de la mujer que el supuesto cornudo mandó investigar. Cuando vuelva del Perú se centrará en el caso y devolverá el dinero a la delgaducha rubia. Levanta la mano para despedirse y escucha, como si de una profecía bíblica se tratara, como esas que tanto les gusta decir a los padres a sus hijos para proyectar en ellos lo negativo:

—Cuidado, Ven, no vayas a perder el avión.

El detective mira al cielo y le parece ver la misma estrella brillante de ayer que aún no sabe cómo se llama, pero que ha elevado a su amuleto de la suerte. Ahora baja los ojos para buscar otra luz, una verde de taxi libre.

El taxista tiene el pelo largo y graso, y la barba desarreglada. Lleva la música a todo volumen. Una voz sobresale entre el coro entonando «Nessun dorma».

—Usted dirá, jefe.

Ven mira el billete. El vuelo sale por la terminal nueva, la T4, pero antes quiere recoger el pasaporte falso del Ciego y pasar por su casa a coger alguna muda.

«Es una broma. Esto solo puede ser una anécdota en mi vida. No es posible. ¿Por qué estaba allí el Chino? Di orden de quedarme solo, pero el Chino me empujó y alguien arrancó. No tuve tiempo de ver si era mi chófer. Perdí la conciencia y desperté con un fuerte dolor de espalda. Es lumbago, pero yo nunca he enfermado hasta ahora. Es como un pinchazo que arde y me da calambre por toda la columna.

»¿Estoy secuestrado? ¿Por qué querría el Chino secuestrarme? Es absurdo. ¿Por qué me parece tan familiar esa jaula? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Por qué no veo a nadie?

»Pensar. Ahora tengo todo el tiempo del mundo para pensar, pero el pensamiento siempre es el mismo. ¿Cuándo acaba esta broma de mal gusto?»

Ven pide al taxista que lo espere en Virgen de los Peligros mientras se acerca al Oratorio del Caballero de Gracia. El roquero amante de la ópera asiente y sigue escuchando ópera a todo volumen.

Ven busca al Ciego en la puerta de la iglesia, pero al no verlo, llega hasta su bar de siempre, el Iowa. Cuando va a entrar, la célula fotosensible hace accionar las puertas y Ven da un salto hacia atrás para evitar el golpe. Pero ¿quién coño ha puesto de moda estas puertas asesinas? Rápido, se apoya en la pared y, con una inspiración, hace el último esfuerzo por entrar al bar, pero desiste. El Ciego no está allí.

De la terraza aparece un camarero, de los de toda la vida, que conoce a la gente que hace barrio en el centro de la ciudad.

—¿Qué pasa, Ven? Si buscas al Ciego, acaba de marcharse calle arriba. Al Jeta no lo veo desde esta tarde, que paseaba con una tía bastante buenorra de camino al metro.

Ven le da las gracias y se arrastra calle arriba. Al ver pasar a una turista rubia frente a él se endereza. Ella lo mira y sonríe. Se ruboriza, pero ya ella no lo ve.

Cuando llega justo a la misma Gran Vía, las luces de un agente motorizado lo deslumbran. El tráfico está parado y de lejos se escucha el grito desesperado de la sirena de una ambulancia. La gente mira en la distancia. Sobre el asfalto, un cuerpo boca abajo y, a un par de centímetros de la mano alargada, un sombrero a rayas negras, grises y blancas. El detective se acerca con rapidez, un revuelo de gente se mueve alrededor del cuerpo tendido en el suelo. Algunos toman fotos con su móvil, otros graban vídeos. Es el Ciego. Ven duda, pero se tira a tomarle el pulso y, con agilidad, le mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Los policías lo apartan gritando que no debe mover el cuerpo, pero él ya tiene en su bolsillo lo que llevaba el Ciego. Unos pasos más adelante se detiene y mira. Es el pasaporte falso que le encargó. Suspira y se va en busca del taxi que lo espera. Tiene que ir a su casa a por la muda para el viaje.

En el fondo del taxi, cae en la cuenta. El Ciego ha sido atropellado. Un amigo, su amigo por muchos años. Está muerto. Y él solo se preocupó por recuperar el pasaporte. ¿Eso es lo mejor que podía ofrecer de sí mismo?

El taxista cambia de emisora en la radio. Ya no hay ópera. Ahora se escucha un estruendo de guitarras eléctricas y de una voz que, más que cantar, grita: «Maldita sea mi suerte». Ven cierra los ojos y cuando los vuelve a abrir ya no está en el taxi.

En la habitación de los ordenadores del *hostel*, Lucy Belda envía una nueva crónica siguiendo el estilo de su editor. Hablar de lo ortodoxo, como él dice. Por otro lado, siente la necesidad de contar lo que realmente la remueve por dentro, así que abre un blog con un *mail* y un nombre ficticios y escribe una primera entrada con los detalles narrados en primera persona de cómo vio lo que para ella es el secuestro de Pedro Marino. Además, escribe sobre el asesinato de un chico rubio que probablemente fuera del cuerpo de seguridad privada de Marino. Añade todas sus preguntas sin respuesta con la intención de que alguien pueda decir algo más. Tiene la sensación de que, en un nuevo periodismo, las preguntas son tan importantes como los hechos. Alguien se tiene que preguntar el porqué y el para qué. Quizás así el resto puede plantearse, entonces, probables respuestas o nuevas preguntas.

Vuelve a la calle a por algo de comer. En un puesto callejero compra un plátano. Después de pagar y dar dos mordiscos, siente nuevamente la frialdad de unos ojos en su cuello.

Sigue paseando como si no pasara nada y, muerta de miedo, entra en un gabinete de belleza.

—Buenos días, señora. ¿Qué desea?

Lucy no desea nada, pero, sobre la marcha, señala las uñas de la mano derecha mientras con la izquierda aún sostiene la piel del plátano. Tira lo que le queda y se sienta con las manos sobre una mesita y la mirada fija en el cristal desde el que se ve la calle.

—Bonitas manos, señorita. ¿De qué color se las pinto?

En Nueva York entró una vez en uno de esos locales llamados *nails*, donde le hicieron un masaje que le dejó las manos casi inexistentes de tan suaves. Nunca se había permitido demasiados lujos, pero esperaba que en Lima los precios fueran asumibles. Se removió en la silla cabreada consigo misma por caer en la huida ante el miedo infundado.

La joven peruana de melena negra le sumerge las manos en agua templada. Después de secárselas, le aplica una crema hidratante a través de un ligero masaje de caricias.

—¿Le parece bien este rosa? Creo que le va con el color de su piel.

Lucy da su consentimiento y mira a los ojos a la chica, cuya belleza ya le ha hecho olvidar el miedo. Son dulces, melosos.

—¿De dónde es, señorita?

—De Madrid.

—¡Española! ¿Y qué hace por aquí?

—Trabajo.

—¿Vino sola, entonces?

—Pues sí.

Después de limar las uñas, la chica empieza a hablar de la ciudad de Lima, de lo diferente que es a su pueblo, de su familia numerosa, de los hermanos pequeños que aún no trabajan y a los que tiene que enviar dinero. Su padre tenía una chacra, una parcela de cultivo, allá en la costa. El Gobierno les dio quinua para plantar. Eran unas semillas nuevas adaptadas para la costa, decían. Pero resultaron tener un virus y tuvieron que pedir prestado para comprar químicos para matar al bicho. Y la familia aún está pagando el préstamo.

—Pero tenemos mucha suerte. Aquí estoy trabajando y enviando el dinero.

Lucy se queda conmovida ante la forma que tiene esta chica de afrontar la desgracia.

—Señorita, ¿no le gustaría que le hiciera también la pedicura?

Lucy está a punto de contestar que sí, que lo que ella quiera, que le gustaría ayudarla, pero ¿y si la chica se ha inventado todo esto para venderle un servicio más? Vuelve a mirarla y sus ojos se cruzan. Con una sonrisa, Lucy desecha la idea. Tiene que haber gente honrada y decente en el mundo. Pese a que su situación no es boyante, le deja una propina. Esa es la honradez, la que tiene uno consigo mismo.

Con energía renovada, sale a la calle y toma un taxi. Es hora de ir a conocer el restaurante de Hideki.

En la barra del restaurante, Lucy alza la vista y se encuentra con otros ojos, una sonrisa… y, en otro par de encuentros, se produce la inevitable presentación de dos mujeres que cenan solas:

—Soy Lena.

—Yo Lucy.

—¿Eres española?

—¡Sí! ¿Cómo lo has podido saber?

—Acabo de regresar de España y el acento me es familiar.

Al otro lado, uno de los *sushiman* del restaurante les pone un tiradito, que es el nombre que se le da al *sushi* cuando está hecho al sabor peruano. En este caso bastante más elaborado que en ningún otro lugar de la ciudad, pues está compuesto por pez de roca, reducción de sudado, leche de tigre, *karaage* de yuyo y tallos de

culantro.

La cocina es léxico, y este aún no lo entiende la periodista gastronómica. El *sushiman* está atareado e intenta ir explicando el plato, que es como remontarse a la historia del Perú. Así que Lena, con amabilidad, toma la función de guía.

—El sudado es un guiso de pescado aderezado con ají y culantro, y para el plato, se toma la técnica de la reducción del caldo. La leche de tigre es el líquido que queda tras hacer un cebiche: la concentración del limón con los jugos del pescado y que popularmente se toma a cucharadas. Sin embargo, en este plato funciona también como aderezo. El *karaage* es una técnica japonesa de fritura, aplicada casi siempre a la carne, pero en esta ocasión la aplica con el yuyo, que es un tipo de alga que se suele tomar en ocasiones como guarnición con el cebiche. Por último, el culantro; aunque su nombre es parecido al del cilantro, nada tiene que ver con la hierba aromática originaria del Mediterráneo. El culantro es amazónico y habitual en muchos de nuestros platos.

Lena se detiene para tomar aire y concluye al fin:

—Como ves, tradición peruana y fusión japonesa, revisada por la modernidad.

A Lucy le fascina la cocina de vanguardia en el punto que consigue sintetizar tanta cultura en un solo bocado. Tras la larga explicación, solo en un segundo desaparece la elaboración que quizás ha llevado horas de *mise en place*.

—¿Cómo es que sabes tanto de cocina? —pregunta Lucy, mientras desfilan algunos tiraditos más ante el entusiasmo de la periodista y la apatía de su improvisada guía culinaria, que posterga la respuesta ante la aparición en la sala del chef.

Hideki en persona se les acerca para presentarles su plato estrella: «Mar y Andes». Un mar y montaña de quinua negra crujiente.

Lucy alaba la idea tan catalana y universal, y el sabor, mientras Hideki explica que la quinua procede de un cultivo propio del restaurante. Lucy toma esta decisión con distancia. No soporta a los cocineros que intentan dar lecciones en el campo sin tener ni idea de agricultura. No obstante, siente curiosidad y pregunta:

—¿Y dónde lo estás cultivando? ¿Cerca de aquí?

Hideki muestra su sonrisa achinando aún más sus ojos.

—Está a varios kilómetros de aquí, cerca de la frontera con Bolivia, en Puno, a orillas del Titicaca. Es la mejor zona del país para su cultivo.

—Ni caso. Ahora cualquier zona del país es buena para cultivar

la semilla de oro —dice Lena con retintín.

—Tu padre y yo elegimos el lugar de los dioses para cultivarlo.

La tensión se masca y el cocinero se disculpa porque tiene que volver a la cocina. Lena tiene los ojos llorosos, pero Lucy siente una gran curiosidad por saber quién es esa mujer morena que está a su lado.

—¿Tienes alguna relación con la cocina?

Lena, con la cabeza ladeada, contesta sin mirar:

—Soy la hija de Pedro Marino.

«La voluntad es un músculo que se entrena a base de disciplina. Tuve una vida tan fregada que me juré salir de ella. Pasaba hambre y mi padre gastaba los pocos soles que ganaba en alcohol. Salir de aquel basurero y llegar a ser un hombre rico solo requería astucia y disciplina. Lo conseguí, carajo. Gané tanta plata que soy uno de los hombres con más poder del Perú. Ahora no hay quien me tumbe. Saldré de aquí.»

—Cuanta más disciplina, más obediencia. Cuanta más obediencia, más odio.

Lucy tiene esa frase en su cabeza. La ha dicho Lena, la hija de Pedro Marino, y no sabe por qué repiquetea, como un taladro hidráulico en una obra. Han hablado de la desaparición de su padre, pero de pasada. Ahora están en Barranco, en la azotea de uno de los más bonitos locales de este barrio chic de la noche limeña. Han empezado tomando *pisco sour*, un cóctel hecho con pisco, que es un destilado de uva, lima, jarabe de goma y clara de huevo en espuma tocada por una gota de angostura, amarga y marrón, una mancha en la nada. Ahora se han pasado al *chilcano*, un trago de pisco, zumo de limón y *ginger ale*, más refrescante y ligero que el anterior.

Las dos chicas han intimado entre copa y copa. El pisco entra suave, aromático y limpio al paladar, porque es un destilado obtenido directamente del zumo de las uvas, pero emborracha tan franco como sabe. Ríen y hablan de cualquier tema, pero Lucy tiene una pregunta, aunque no sabe cómo hacerla, así que la lanza de repente, sin darle importancia.

—¿Han pedido ya rescate por tu padre?

Lena baja los ojos y mastica su respuesta antes de escupirla.

—¿Por qué crees que ha sido un secuestro?

Lucy sigue su intuición y evita contar a su nueva amiga lo que vio. Lena se muerde los labios y mira hacia otro lado.

Comienza una actuación en directo de un grupo limeño: Kanaku y El Tigre. Sonidos de sintetizadores y voces quedas: «Quema, quema, quema». A Lucy le parece que es momento de marcharse.

—Tomaré un taxi de vuelta al *hostel*. Está en Miraflores —se despide.

Su amiga insiste en llevarla ella misma en su coche, pero Lucy rechaza la idea. En ese momento, una chica rubia, casi etérea, entra en el local. Pide una copa y, al ver a Lena, agita la mano y viene hacia ella.

—Es Cristina, mi hermana.

A Lucy le parece una belleza sacada de una revista de moda. Viste unos vaqueros por los tobillos y una camiseta blanca. Pero su presencia embriaga.

Lena explica que en Lima es complicado tomar un taxi y le

recomienda llamar a una asociación del ramo que por ahora está limpia. Las licencias de los taxistas en la capital del Perú no están realmente fiscalizadas y de ello se aprovechan varias mafias de asaltantes. Lo habitual es que el conductor cuente con un cómplice que narcotiza al cliente, al que despluman al instante. En ocasiones, consiguen de él la clave de su tarjeta bancaria. Le habla de una que hace poco fue desarticulada y al frente de la cual estaba Zariza Maribel Casas.

—¿Una mujer?

Cristina sonríe. Sus ojos azules brillan tanto como su pelo y, con su voz inocente y dulce, consigue hipnotizar a Lucy, a quien pide un cigarro. Le acaricia la mano cuando se lo tiende y dice:

—Las *barbies* también matan.

Ven se agita. No recuerda nada. Está en una sala verde con una bata verde y siente frío desde el cuello hasta el culo. Alguien mueve la boca y poco a poco va escuchando:

—¿Cómo está?

Ven se remueve y toma conciencia de que está en una cama. Agita las manos, pero siente un pinchazo en el brazo, está enganchado a un suero.

—Ha sufrido un síncope. Tranquilícese, porque está en una situación delicada.

Ven no sabe qué es un síncope, pero sí que se siente muy lejos de sí mismo. Escucha en forma de eco y no tiene fuerzas ni de contestar, pero no deja de sorprenderse cuando escucha:

—¿Me puede entender? ¿Necesita un traductor?

Ven abre los ojos del todo y recuerda el pasaporte falso, el que tomó de la chaqueta del Ciego. Estaba a punto de intentar enlazar alguna palabra en inglés de Gibraltar, pero la enfermera lo deja boquiabierto:

—Mohamed, ¿se encuentra mejor? ¿Me puede entender?

Se le encienden los ojos de ira, pero solo el bigote se mueve. La enfermera le muestra el pasaporte hecho con mimo por el Ciego.

—Es usted, ¿verdad? Necesitamos su dirección en Madrid, porque no encontramos su ficha en los archivos del Instituto Nacional de la Seguridad Social. ¿Puede escribírnosla?

Aún sin palabras, rasga en un papel que le tiende la enfermera su dirección de Villaverde en Madrid. Ella le entrega su pasaporte, en el que se lee, con claridad, bajo su foto: «Mohamed Alí, Tánger».

Se muerde los labios y piensa en cagarse en el Ciego, pero un calambre en el estómago lo impide. El Ciego está muerto y al menos él aún sobrevive, aunque sea como marroquí.

En cuanto la enfermera desaparece por el pasillo del hospital, Ven se incorpora y se desconecta con cuidado de la máquina que marca sus constantes vitales. Se levanta con dignidad, pero enseguida la pierde al sentir el frío en el culo y en la espalda que esas batas de hospital dejan al descubierto.

La enfermera aparece de nuevo y él pide sus cosas. Ella no puede retenerlo, así que le trae una bolsa con sus pertenencias. Busca el sobre que le había entregado Lena Marino, pero no hay ni rastro, ni tampoco de su iPhone ni del dosier ni del billete de avión

a Lima que tendría que tomar esa madrugada. ¿O ya pasó?

—¿Cuánto llevo aquí?

—Dos días.

Ven siente el dolor en el pecho del fracaso. Ha fallado, ha perdido ese avión y ahora no podrá investigar el caso. Ha fallado de nuevo al Jeta. Quizás pueda cambiar el billete, así que insiste:

—¿Dónde están mis cosas?

—Solo llegó con lo puesto. Lo dejó un taxista. ¿Llamamos a alguien para que lo recoja?

Ven niega con la cabeza y recupera sus calzoncillos y calcetines, los pantalones de pana, la camisa y la chaqueta. Se calza los zapatos y siente que si tuviera una zanahoria en la mano haría algún juramento contra la mísera vida que le ha tocado. Pero esa película nunca le gustó, y a él le iría otra mejor como *Taxi Driver*. Solo que empezaría su venganza con la matanza indiscriminada de taxistas.

Sale a la calle rengueando y comprueba que está en el Hospital 12 de Octubre, cerca de su casa. Busca la parada del autobús nocturno y espera a que pase uno hasta los topes de gente que vuelve del botellón. Se queda en la misma puerta y aprieta los dientes para que el conductor no le pida el billete. Cuando llega al puente de la M-30 a la altura de Villaverde, se baja. Solo un poco más y ya podrá llegar a su casa, aunque ese dolor irá con él allá donde vaya.

En el jardín de al lado de su edificio, un chico rebusca entre la hierba. Tiene los ojos acuosos, exageradamente hinchados.

—Ey, abuelo, ¿me ayuda a buscar la china? Mi novia me la acaba de tirar por la ventana y yo sin ella no puedo dormir. Sin la china, me refiero.

Ven toma entre sus manos el teléfono móvil del chico y lo ilumina para que rastree el suelo entre mierdas de perros, tapas de botellas, colillas, cajetillas vacías y chicles mascados.

—Coño, aquí está.

El chico ríe baboso, le da las gracias con un acento que Ven diría que es cubano y toma de vuelta el móvil. Ven lo mira casi suplicante, es momento de buscar alivio al dolor. El otro muerde la piedra y le da un trozo y dos cigarros.

—Gracias, viejo.

Ven mira al cielo y, entre nubarrones, logra ver un punto brillante. Debe de ser una estrella, pero en su cabeza sigue sonando: «Maldita sea mi suerte».

A Lucy le asquea sentir miedo. Le parece que es anticipación absurda, una mala jugada de tu propia cabeza, así que intenta convencerse de que no tiene motivos para temblar y que solo es la resaca. Sin embargo, la observan. Un coche la ha seguido hasta el *hostel* y ha estado toda la noche en el mismo lugar. Ve al conductor desde la ventana, es un hombre joven, delgado pero fibroso. Él también la ve a ella. Sin disimulo.

Nerviosa, enciende el primer cigarro, ¿o es el último de la noche? Apenas ha dormido y la primera calada, lejos de aplacar la ansiedad, le provoca una arcada. Necesita café. Baja a la cocina que hay al lado de la recepción. Hay mucho alboroto, los mochileros empiezan a moverse hacia otro lugar. Son jóvenes, muchos europeos, que van por su cuenta viajando por el país, aunque parecen un grupo que se encuentra en un lugar y en el siguiente. Porque visitan las mismas cosas, de la misma manera. Supone que lo hacen para contar a sus amigos «yo estuve allí» y mostrar el mapa del mundo con un alfiler rojo en cada lugar visitado. Son turistas con mochila. Coleccionistas de lugares. También hay algunos viajeros, a los que les da igual ir a un lugar u a otro, o quedarse durante semanas en el mismo *hostel*. El viaje es huida y refugio a la vez.

Por un momento piensa en Lena, ¿quizás ella la puede ayudar? Pero ¿cómo? Se acaban de conocer y, además, no es lo que le pide el cuerpo. Acabada su última crónica gastronómica, descafeinada y ortodoxa, para ella es el momento de sumarse a la huida. No solo de sí misma y de sus límites, sino también de alguien que sabe que ella sabe. Confía en que, tras su marcha, ya se acabe la persecución.

Se acerca a la recepción y pregunta por algún sitio cerca que pueda visitar.

—¿Primera vez en el Perú?

—Sí.

—¿Presupuesto? —le pregunta la chica, acostumbrada a que los muchos viajeros apenas manejan dinero para ir de *hostel* en *hostel* compartiendo habitación.

—Escaso —contesta Lucy, bajando la mirada.

—Hoy sale un autobús hasta Cuzco. Está bastante lejos, pero si no vas a Machu Picchu es como no haber venido al Perú.

A Lucy le suena bien porque le parece el comienzo de un camino

simbólico hacia una ciudad sagrada, abandonada, olvidada y, luego, recuperada para la foto turística más que para la reflexión.

Desde la esquina del sofá, el día pasa lento. Ven mira hacia afuera por la ventana. Edificios colmena y, en medio, terraplenes con árboles sin hojas. Al fondo, la M-30 y el zumbido de coches, que a veces confunde con el rugido de las olas del mar.

El lumbago es como un reptil que se engancha a los riñones con sus uñas. Y el renguear es el principio del fin. Lumbalgia y vejez le parecen sinónimos. Le comenzó al salir del hospital. No tiene idea de por qué le dio aquel síncope. Según el informe médico se pudo deber a un ataque de ansiedad. Quizás ver al Ciego allí, en medio de la calle, se lo provocó, aunque no fuera de inmediato. Sin embargo, le parece extraño. Nunca le había pasado nada igual. ¿Será que está envejeciendo? Lo único que sabe es que a partir de entrar en el taxi todo cambió. Cómo pudo haber tenido tan mala suerte. Además, cojea desde que salió del hospital. Es como si tuviese una aguja clavada en el último tramo de la columna vertebral. Se hace la promesa de evitar visitar hospitales o tomar taxis a partir de ahora.

Necesita algo de comida. Las últimas latas de fabada ya han tocado fin. Las de él y las que le hubiesen tocado a su gato Ken, ahora muerto por el descuido del cabrón del Gallego. La ausencia del gato le duele, pero mucho más la falta de escrúpulos del que creía amigo de corazón, que usó a Ken para sacar pasta y a cambio lo dejaba durmiendo a la intemperie.

La rabia lo remueve por dentro y vuelve a sentir el pinchazo en las lumbares. Él también se siente culpable. Lo dejó durante meses. También dejó mucho tiempo sola a Lupe, su mujer también muerta. Cuando el trabajo marca las prioridades vitales de un ser, el desasosiego se agarra a su alma.

Suena el timbre. Y Ven no distingue si es el del portal o el de la puerta. Vuelve a sonar y le parece bastante cercano.

Levantarse del sofá le cuesta una eternidad. Llegar a la puerta, otra. Al abrir, un señor le entrega una carta diciendo:

—Lo siento.

Ven se queda atónito. ¿Cómo sabe este tipo que ha muerto su gato y su amigo el Ciego y que encima se ha quedado sin trabajo porque ha perdido un avión al Perú?

—Le vengo a entregar esta carta.

Ven firma la recepción de la carta y la abre sin saber de dónde

puede venir otra mala noticia más. La lee, pero no la entiende. La vuelve a leer. Lo pone claro: «desahucio», pero él sigue sin entender. Hace años que su casa está pagada.

Confundido, se tira en el sofá y de inmediato se vuelve a levantar con el pinchazo de las vértebras. Renguea hasta la despensa en busca de su White Horse, con la esperanza de que lo ayude a comprender.

La carta está clara. Es un aviso de desahucio por impago de préstamo. Su casa era el aval. Pero él nunca firmó nada igual. Se resiste a creerlo. Mira la carta una y otra vez. Y toma otro trago. Es real. Tiene que dejar su casa.

En la esquina del sofá, Ven se derrumba con la carta en una mano y el whisky en la otra. Muchos papeles que no entiende y una firma sobre su nombre que nunca hizo. Se fija en los trazos, en el papel. Hace memoria para recordar el momento en que pudo haber hecho ese garabato. Busca y busca, pero no recuerda y ya casi está seguro de que nunca firmó ese papel. La firma está tan bien falsificada que solo podría haberla hecho el mejor.

—Me cago en tu puta madre, Ciego. Falsificaste mi firma, pero ¿para quién?

Entonces solo se le ocurre pensar en el mejor cliente del Ciego: su jefe, el Jeta.

Recrea su vida con los ojos cerrados. Le sorprende que no vengan a su cabeza los momentos más importantes de su carrera, como cuando consiguió comprar el local para montar su propia empresa, o cuando inauguró el primer restaurante en París con la presencia de los altos cargos de medio mundo. Le sorprende que en la espera del zulo donde lo han enterrado vivo lleguen a su retina personas que ha encontrado a lo largo de su vida. No son ni el presidente del Perú, a quien conoce bien porque le financia la campaña desde que comenzó en política, ni el director de una de las empresas más potentes de Europa de alimentación, al que trata a menudo. Son personas que ya casi ni recordaba.

Piensa también en su familia. Le parece que sus hijos nunca fueron niños. Los conoce de adultos, estudiantes a los que les exige destacar para dejar en alto el nombre de la familia. Su hija mayor, Lena, seguro que está al cargo ahora de todo. Es la más capaz. Alberto está en Nueva York y hace mucho que no lo ve. Y la pequeña, Cristina, estará con su madre. Tan débil, tan bella, tan cariñosa y tan distinta a sus otros hijos. Apenas la conoce, pero está orgulloso de que vaya a estudiar cocina en el Cordon Bleu. Él quería que fuera a Francia, pero ella prefiere ir a una sucursal de la escuela en España. Su mamá también está de acuerdo. El idioma es importante para no sentirse tan alejado de todo.

Su esposa, Berta, es una buena mujer. Siempre lo ha esperado en casa. Seguro que esta vez también lo espera. Nunca ha exigido nada. Nunca ha pedido nada que no le haya ofrecido él. Y aunque una vez temió que le pidiera el divorcio, está seguro de que no lo hará. La fortuna familiar no se puede repartir como un pastel. Su esposa lo sabe. También Lena. Su hija mayor, la más válida. Él la admira, pero ella también a él. Sí, lo tiene que admirar. Y lo tiene que estar buscando. Sí.

Después de muchas curvas, paisajes de desierto, paisajes frondosos, precipicios, autopistas y baches, el autobús llega a Cuzco. Entre Lucy y sus piernas apenas hay comunicación y fuera solo hay frío. No sabe qué hace allí ni qué es lo que va a hacer. Pide un cigarro a uno de los mochileros y fuma. De su boca sale humo y vaho. Su falda corta y la rebeca no son suficientes para contener la piel erizada de su pecho por el frío.

—¿Adónde vas?

—A Machu Picchu. ¿Y tú?

—Pues también.

Caminan juntos un buen rato. Cuesta arriba.

Lucy intenta quedarse atrás. Prefiere no tener compañeros para este viaje.

Le falta oxígeno para continuar. El altiplano es duro, sobre todo para quien respira con ansiedad. Busca un café donde sentarse, uno con Internet. En la primera planta de la plaza ve un bar con un cartel de wifi gratis. Sube las escaleras hasta el establecimiento lleno de mesas pequeñas y vacías. Ella se dirige hacia la ventana desde donde se ve la plaza y se apoya en una barra de pie. El camarero se da cuenta de que la altura la ha pillado por sorpresa y le propone tomar un mate de coca.

—Señorita, es lo mejor para aclimatarse.

Lucy asiente y, casi como un gesto automático, introduce la clave para el acceso gratuito a Internet. En cualquier lugar y a cualquier hora, cuando no se sabe qué hacer, se mira el móvil. Tontea pasando sus dedos por sus diferentes perfiles en las redes sociales. Intenta acceder a Instagram, pero no puede. Supone que se ha desconfigurado. Prueba con Twitter, pero tampoco. Entra en Facebook, y lo mismo. Intenta acceder a cada una de ellas con sus claves, pero no reconoce ni su usuario ni contraseña.

El camarero le deja la infusión y da un primer trago. El sabor es verde, electrizante, alcalino y tan extraño como lo que le está pasando.

—Disculpa.

—¿No le gusta, señorita?

—Sí, bueno, es raro, no sé.

—Ustedes los europeos lo llaman coca y se creen que saben lo que es.

—Desde luego, nunca me imaginé que lo que se esnifa se pueda tomar como té.

—También se mastica, pero no es una droga, es una planta sagrada.

El camarero sonríe complacido. Lucy le devuelve la sonrisa y, con su mejor cara, le pregunta:

—¿Tienes móvil con conexión a Internet?

El chaval saca su *smartphone*. En la tecnología móvil ya no hay distancias. Esto es lo que de verdad está cambiando el mundo.

—¿Podrías buscar mi nombre en Facebook? Lucy Belda.

El chico lo busca y le muestra los resultados. Solo hay una, es americana, maestra de escuela y, desde luego, no es ella.

—¿Me permites que busque mi perfil en otras redes?

El camarero mueve los hombros y le deja su móvil. Lucy empieza a buscarse en todos los perfiles, pero ya no existen. No puede ser. Le devuelve el aparato al chico. Da otro trago amargo al mate de coca e intenta entrar en su *mail*. Tampoco puede. No existe. Su blog personal tampoco está en la red, solo el que creó con el perfil falso para contar lo que vio cuando desapareció Pedro Marino. Se le ocurre *googlearse* y, tras poner su nombre real, el buscador solo le devuelve un obituario de una antigua marine. Siente la piel de gallina.

Su vida *online* ha desaparecido. Un *hacker* se la ha cargado. Lucy quiere gritar porque entiende la señal. El que no está en Internet no existe.

Tiene que hablar con el Jeta. Se cansa de llamar a la oficina y a su móvil. Nadie contesta. Ven busca en su antigua agenda de teléfonos y encuentra el número del fijo de su chalé, pero tampoco responden. Está a punto de enloquecer de rabia. Repasa los contactos por si alguien lo pudiera ayudar a encontrarlo. Ve el número del Gitano, el abogado con el que trabaja el Jeta. Marca y sí hay contestación.

—¡Ven, cuánto tiempo! ¿El Jeta? No eres el único que lo busca.

—Vamos, no me jodas, eres su abogado, seguro que sabes dónde está.

—Si lo supiera ya lo hubiera cogido de los huevos. Me debe bastante.

—¿Has pasado por su chalé de Somosierra?

—¿El chalé de Somosierra? ¡Qué va! Yo mismo le hice los papeles de venta de su mujer. Y también los del divorcio. Se separaron para que ella no tuviera que pagar sus deudas.

—¡Qué hijo de puta! Hasta arriba de deudas y haciendo reformas y obras en la oficina. Y ha falsificado mi firma para que le dieran un préstamo que, como no ha pagado, ahora me reclaman con el desahucio de mi casa.

—¡No jodas!

—Necesito que me ayudes con esto.

—Pásate por mi oficina.

—No me puedo mover y menos hasta Vallecas.

—Coño, pues envíame los papeles por *mail*. Pero una cosa te digo, la factura te la paso.

Ven, sin decir nada, lo dice todo. Cuelga y se queda en la esquina de su viejo sofá, con los ojos acuosos, aferrado a su whisky. La carta en el suelo. «Si tuviera una pistola...»

El frío de Cuzco le corta la cara, las manos, los pies. Las calles son estrechas y acaban en plazas bellas, pero el aire es helado. Busca refugio y al alzar la vista ve el cartel de uno de los restaurantes de Pedro Marino. Se acerca y lee la carta. En ella aparece uno de sus platos míticos: chaufa, es decir, salteado al modo de los chinos peruanos, de quinua con laminas de cuy, un ratón de agua que come la gente de la zona. La comida del pueblo elevada a la alta cocina. La revolución de Marino. Confía en poder probarlo alguna vez, pero ahora tiene que comprar un billete y regresar a Madrid, es lo mejor que se le ocurre.

Introduce su tarjeta en un cajero cercano, sacará algo en metálico. En la pantalla aparece un aviso: «Tarjeta dañada». Prueba la otra tarjeta que lleva consigo. El mismo mensaje. Se dirige a otro cajero y… lo mismo. Llama a su banco en España, pero le dicen que probablemente la tarjeta ha perdido su banda magnética y que ahora no puede disponer de su dinero con ella. Le proponen enviarle un giro al catorce por ciento de interés que le llegaría el lunes o martes de la próxima semana. Lucy lo rechaza. Es una tomadura de pelo. Desde el banco le recuerdan que la mayoría de los datáfonos funcionan con el chip de su tarjeta, así que quizás aún la puede utilizar.

En la primera agencia de viajes que encuentra, pide que le busquen un avión, el más barato, para volver.

—Señorita, el boleto más barato cuesta algo más de dos mil euros.

Lucy casi se desmaya al oír la cifra. En su cuenta corriente tiene ochocientos euros como mucho. Es dinero, para ella, pero no tanto como el que necesita.

—¿Y a Brasil? —Puede ser una buena huida, se le ocurre a Lucy, que visualiza las playas de Río de Janeiro, los cocos, la caipiriña y la paz de estar fuera del país en el que la persiguen.

La chica de la agencia se ríe.

—Ir desde aquí a Brasil es tan caro casi como ir a España.

Lucy mira el mapa.

—¡Pero si están al lado!

—Así somos por acá, señorita, hacemos más difícil lo lógico.

—¿Y a Bolivia? —Cuando pronuncia este nombre, no le viene ninguna imagen a la cabeza. Solo la de su presidente, Evo Morales.

No tiene idea de cómo puede ser, pero salir es lo que importa.

—Bueno, desde aquí se puede ir en autobús hasta la frontera en el Titicaca. La ciudad más cercana es Puno. Hay autobuses turísticos y también líneas populares. Es barato, aunque tendrá que viajar durante horas.

—¿Puno?

A Lucy le suena el nombre por el campesino de ojos aceituna que le habló de la quinua y de esta ciudad y que incluso la invitó a visitar su chacra. Puede ser una opción. No sale del país, pero al menos está cerca.

Lucy vuelve a la calle y anda sin rumbo. Le palpita el corazón. Un tipo la sigue. Juraría que es el mismo flaco que la observaba desde el coche en Lima. Pero ¿cómo sabe que está aquí? Joder, preguntando en el *hostel*. Compró allí mismo el billete de autobús. Qué poca prudencia. Y se ruboriza pensando en su ingenuidad.

Ella gira la cabeza y él la mira desafiante. Con la mano le hace un gesto universal. Se pasa el dedo por el cuello como si se sesgara la piel.

Lucy tiene el corazón en la boca. Apenas puede respirar. Está aterrorizada y se mete en una tienda minúscula que encuentra en la calle.

—Señorita, buenos días. ¿Qué arreglo necesita?

Es una zapatería. Varios hombres trabajan en un espacio mínimo que huele a pegamento. Tienen las manos negras y están rodeados de zapatos muy usados. En la pared, un almanaque con una tía con un pecho voluminoso y una foto del Che. Sexo y justicia social, pero también el *marketing* ese que todo lo desvirtúa, las redes sociales y hasta la revolución, que ahora incluso inspira a Chanel para su última colección de primavera.

Necesita algo más que un remiendo en los zapatos, necesita ayuda. Su instinto grita: «¡Mamá, papá!». Así que pregunta al zapatero por un teléfono público.

—Acá mismo tiene un teléfono, señorita. Funciona con monedas.

Lucy llama a su madre, aunque no sabe qué contarle ni cómo.

—Cariño, qué bien que me llamas. Hace meses que no sé de ti y quería decirte que tienes que estar aquí para Navidad.

Lucy, en silencio, se arrepiente de haber hecho esa llamada a su madre y se avergüenza de que en el fondo solo buscaba comprensión y consuelo, dos palabras que quizás ni conozca.

—¿Me oyes? El 24 tenemos cena y tienes que estar...

Cuelga el teléfono sintiendo el eco de una moneda que cae en una caja vacía. Como una autómata, empieza a repasar su agenda.

¿Quién podría ayudarla? Con su dedo mueve arriba y abajo la larga lista de contactos en el móvil. Muchos nombres identificados como «camarero», «cocinero», «amigo de», «novio de» o «trabajador en». Somos en relación con alguien y hace tiempo que ella no tiene relación. En la larga lista encuentra un nombre sin asociación y con apellido. Ven Cabreira. Siente un pálpito. Es un buen tío y, sobre todo, detective. Ven podría ayudarla. Seguro. Así que llama de inmediato. A los segundos, escucha una voz impersonal que anuncia que ese número no existe. A Lucy se le cae el mundo encima y la aplasta hasta dejarla sin respiración.

Remonta la calle dejando de lado el palacio arzobispal construido sobre las ruinas incaicas que dan la base de un fuerte y arraigado muro. La vista se le va a la Piedra de los 12 Ángulos, el icono de la ciudad y que luce las botellas de cerveza Cusqueña. Acaricia como a un talismán la piedra fría y angulada.

Para en un bar y pide una cerveza tan fría como la piedra. Si tiene que morir, mejor que sea con una cerveza en la mano. Merece la pena gastar algunos soles más. Además, con lo que le queda puede comer algo sencillo y pagar ese autobús popular que va a Puno al día siguiente. Le da igual que sea inseguro, porque cuando alguien te amenaza con ese gesto de cortar el cuello poco importa el estado de las carreteras, el conductor o los paisanos que vayan en él.

Acaricia de nuevo la botella fría de cerveza. Sobre la barra hay un periódico. Lee algunos de sus anuncios escritos de forma telegráfica. Es una redacción que recuerda a los antiguos cables que se publicaban en la prensa, con noticias breves, escritas con los verbos en infinitivo y sin una palabra de más. Ya nada de eso existe, pero el estilo permanece. Los orígenes marcan siempre la evolución.

Al pensar esto, Lucy revisa de nuevo el contacto de Ven. Tiene la dirección de su oficina en Madrid. No todo son redes sociales e Internet.

Cruza los dedos y en la siguiente esquina se encuentra con una oficina de correos. Entra y pregunta:

—¿Puedo enviar un telegrama a España desde aquí?

—Sí, claro.

Lucy respira.

—Tome nota.

Aquel agujero es cada vez más mugriento. Cuenta los días, las horas. Tiene bolígrafo y papel. Su letra grande y abierta se convierte en pequeña y cerrada. No deja espacios para ahorrar papel. Escribe lo que le viene a la cabeza. Números, muchos. Tiene tanto dinero como para hacer rico a esos cretinos que no dejan de escuchar rap. Nunca ha visto a quien lo recluye. Ni una sola voz. Él grita, habla, pero nadie contesta.

¿Quién lo retiene? ¿Por qué? ¿Por envidia? ¿Por dinero? ¿Por su revolución? ¿Por política? Muchas preguntas, pero el olor a su propia mierda le impide contestar. Observa el sanitario de la esquina. Atascado. Con el dedo, rasca hasta encontrar la marca, su marca: Edelvés. Le da fuerza para seguir. Fue el comienzo de su imperio, el que legará a sus hijos y a su familia venidera. Se coge con fuerza al váter. Ahonda con los dedos en todos sus recovecos, por delante y por detrás. Sus dedos tocan algo y no es una pieza que pertenezca al sanitario. Parece metálico y duro y está escondido en un recoveco del pie del váter. Tira con fuerza. Ya lo tiene en la mano. Es una pistola. Rápido, la esconde bajo su camisa ennegrecida. Un silencio y su corazón late al máximo. Comienza de nuevo el mismo disco rapero. Acaricia el metal bajo su camisa con una nueva esperanza: pronto saldrá.

Lucy da vueltas sobre la cama baja de una litera de dos alturas en un alojamiento de mochileros en el que hay doce personas en la misma habitación. Es lo más barato y además prefiere estar acompañada. Le parece que para hacer frente al miedo de que te puedan hacer algo, lo mejor es estar rodeada de mucha gente.

A las diez de la noche se mete en la cama con su bolso al lado, teme que alguno de esos mochileros se quede con su móvil o su cartera. No puede conciliar el sueño. Da vueltas a quién le puede interesar que deje de funcionar su perfil en redes sociales y llega a la conclusión de que es al mismo al que no le ha gustado que se diera cuenta de lo que había ocurrido con Pedro Marino. Sigue dando más vueltas y deduce que o es una coincidencia que la aniquilen en Internet o es más de una persona la que está tras ella. ¿Habrá recibido Ven su telegrama? Aprieta fuerte el asa de su bolso como si de esta manera se pudiera asir a un brazo soñado que la protegiera.

Cuando empieza a dejarse arrastrar por el sueño, la interrumpe uno de sus compañeros de habitación que se arrastra hasta su cama dando bandazos. Al rato, otro entra con más estrépito y algún hipo buscando su colchón. Y cuanto más tarde, más borrachos y ruidosos. A las tres de la mañana escucha las arcadas de uno de los que se alojan en la cama de al lado. Se le revuelven las tripas al pensar dónde habrá acabado el vómito.

Dos horas más tarde, cuando parece que ya por fin puede entregarse al sueño, siente un fuerte olor a whisky y el peso de un cuerpo sobre ella. Lucy grita, pero una almohada sobre su boca impide que se escuche el sonido. La luz es tenue y no puede ver con claridad, pero cree que es el delgaducho que la seguía. Está borracho y la amenaza haciendo el universal gesto del dedo que se desliza por el cuello. Siente su cuerpo pegajoso y maloliente. El tipo se acomoda junto a Lucy, que siente el frío de un metal en su costado. Es una pistola.

CAPÍTULO II

Gatos comen lagartos

El dolor le cruje, pero, con la carta en la mano y el dinero que le queda, Ven, tragando con todo el odio que comienza a tener a los taxis en Madrid, llama a uno que lo acerca hasta el centro de la ciudad. Renguea hasta la oficina del Jeta. El lumbago estrangula hasta el aliento. Le gustaría matar con sus propias manos al Jeta, pero le parece que no va a poder. Así que piensa con melancolía en su arma reglamentaria de cuando estuvo en el Cesid, pero eso fue hace ya casi veinte años. Ahora ya se llama de otra manera y él no pintaría nada allí. Como tampoco pinta nada una pistola en su bolsillo. España no es el Yemen, donde cada cual muestra con orgullo su Kaláshnikov. Por lo menos, de momento.

En la puerta del edificio donde está la agencia del Jeta siguen los nuevos *yuppies*, que son los de siempre, aunque con un traje más ajustado, algún tatuaje disimulado y fumando tabaco de liar. Ven siente las miradas ocultas por las gafas de pasta.

Llega hasta la oficina del Jeta dispuesto a acabar con su último aliento. La puerta cerrada. Nada se mueve. Ven da una patada. El dolor lo traspasa sin conseguir su objetivo. La puerta sigue cerrada.

Mira a través del cristal de la puerta y parece que dentro no queda nada. Se llena de ira y consigue hincharse de la fortaleza necesaria para arrojar un macetero de barro del pasillo contra la puerta. El vidrio se descompone en pequeños trozos, pero aún sigue cerrada la puerta. Ven arroja de nuevo con rabia el macetero y al fin abre un boquete. Mira hacia dentro y no hay nada. Ni sillas, ni mesas, ni máquina de café. Solo unas cartas en el suelo. Introduce la mano y las recoge.

Suenan las sirenas de la policía y teme que sea por él. Seguro que alguno de esos nuevos *yuppies* cobardes, como fueron los anteriores, ha llamado a la policía. Mete las cartas en el bolsillo y sale a la calle. Anda despacio y con inseguridad, pero la rabia le sigue hirviendo por dentro. Solo quiere patear la cara al Jeta.

Necesita un White Horse, y aunque tiene que controlar los gastos, una urgencia es una urgencia. Compra una botella en el chino y busca un portal donde dar el primer trago, a escondidas. No sea que encima venga la poli y lo multe por beber alcohol en la calle.

Revisa las cartas sin abrir que acaba de coger. Publicidad, invitaciones. Encuentra una invitación al aniversario de un hotel en

la Gran Vía y se la guarda en el bolsillo. Cuando está a punto de tirar el resto de sobres y cartas anodinas sin información, encuentra un pequeño sobre de papel de Correos que se abre por una línea de puntos. Siempre le ha puesto nervioso, porque termina rompiendo el mensaje. También esta vez, aunque se adivinan las palabras. Lee y entiende el mensaje, pero no lo digiere. Se apoya en la pared y vuelve a leer: «Ven, ven. Ayuda. Puno. Pedro Marino. Lucy».

Siempre ha creído en Dios y en la Virgen, y esa pistola es muestra de que hay respuesta a sus plegarias. La revisa con miedo a ser descubierto, aunque ni hay cámaras ni nadie en su habitación. De hecho, solo la compuerta de la comida es la que se abre. Nadie habla, nadie escucha. Regularmente, con la comida le ofrecen papel, su aliado en esta soledad.

Recuerda una oración de su madre y la masculla entre dientes. Abre la pequeña pistola y en su interior hay una bala. Una única bala. Bastará para salir de allí.

Ven rebusca en sus bolsillos. En los del abrigo, la camisa, los pantalones.

—Tiene que estar aquí. Recuerdo que la guardé.

Revisa de nuevo uno por uno. Recuerda el pequeño que está en la parte trasera de los pantalones. Ahí está la tarjeta de Lena Marino. La rescata como un tesoro y le llega el olor de su perfume. Ahora solo necesita una cabina telefónica. Supone que en Gran Vía aún quedará alguna y vuelve con dificultad sobre sus pasos. En medio de la acera, un viejo con gorrito de perro con orejas emite pitidos con una flauta de plástico con la creencia de que entona una bella melodía. Quizás tiene su misma edad. Quizás vive en la calle porque un banco le quitó su casa. O peor aún, un amigo. Quizás ese es el motivo de que esté loco. La locura es el único refugio para los que no les queda nada. ¿Será también el suyo? Imagina cartones, frío, suciedad, soledad, vino y locura y se le pone la carne de gallina.

Tiene que conseguir el dinero para ir a Cuzco. Tiene que salvar a Lucy. Además, tiene que resolver el caso de Pedro Marino y volver a España con tanto dinero como para recuperar su casa del pozo negro del banco. Además, tiene que buscar al cabrón del Jeta y romperle la cara de verdad y quedarse con su agencia y, por fin, ser el jefe. Del sueño al delirio, la angustia dispara la fiebre de venganza.

Después de un par de vueltas, encuentra un locutorio detrás del histórico edificio de Telefónica. Lo atiende un asiático de tez morena que bien podría ser musulmán de la India o budista de Bangladesh. Le abre un cubículo con teléfono para hacer la llamada internacional al Perú.

Después de dos toques, escucha una voz lejana al otro lado:

—¿Sí?

—¿Lena Marino?

—Sí.

—Soy Ven Cabreira. No he podido llegar a Lima, pero si me facilita un billete estaré allí cuanto antes.

Se escucha un silencio y luego su voz firme, pero incómoda.

—Señor Cabreira, me equivoqué con usted.

—Su padre continúa secuestrado, ¿verdad?

—Olvídelo.

—Pero usted me pagó...

—Pues devuélvame el dinero.

Ven siente que va a desmayarse y cuelga. ¿Qué ha hecho cambiar a Lena Marino? ¿Por qué ya no lo quiere en el caso? ¿Por qué ni siquiera lo ha querido escuchar? La cagó al perder el avión, pero por lo menos podría haber escuchado los motivos.

Por unos instantes no sabe qué hacer. Mira a su alrededor y ve a varios dominicanos con los cascos puestos hablando a través de Internet. Entonces recuerda que, como bien le dijo el Jeta, ya todo se puede investigar en la red.

Sale de la agobiante cabina del locutorio y se sienta frente a uno de los ordenadores. Dos euros, media hora de conexión. También pide que le escanee la carta del desahucio para enviarla por *mail* al Gitano. Otros dos euros.

Teclea el nombre de Lena Marino. El buscador le devuelve una foto en blanco y negro de ella mirando al objetivo, desafiando al que la observe, con su melena suelta. Mira otras fotos, muchas de ellas en sociedad con gente diversa. En una aparece junto a un tipo de ojos rasgados, pero no es el socio de su padre. ¿Quizás un guardaespaldas?

Abre otra pestaña en el navegador de Internet y teclea ahora el nombre de su hermana, Cristina Marino. Hay muchos perfiles similares con ese nombre, pero encuentra una foto de ella con bikini en la que incluso aparece más guapa, más rubia, más delgada y más sexual que cuando la conoció enganchada a su teléfono móvil. Le sorprende que no tenga un perfil más público, porque no paraba de escribir y revisar el móvil en aquella cena. Copia la foto en el escritorio del ordenador y se la envía al Gitano junto con la carta del desahucio.

«Dime qué podemos hacer para recuperar la casa. Rastrea también esta foto. Es importante. Pago mis deudas. En metálico. Siempre.»

Ahora busca a la esposa de Pedro Marino, pero no sale por ningún lado. Busca entonces el nombre del otro hermano. Recuerda que Cristina habló de que tenía un blog y de que no se llevaba bien con su padre.

A Ven se le abren los ojos al ver su foto como protagonista de varias noticias en inglés. Es portavoz de una asociación de lucha por los derechos de los gays en los Estados Unidos. También ve fotos suyas con su pareja, un hombre algo mayor que él, muy elegante. Encuentra rápido su blog y ojea los *posts*. Están en inglés, pero Ven lo entiende sin problema. En momentos así, siente que su estancia

en Nueva York como infiltrado de los servicios de inteligencia españoles en la CIA fue una bendición. En otros, una condena por la humillación de solo conseguir estar cerca de lo que ocurría en la CIA sirviendo perritos calientes por la oficina. Fue el hazmerreír de sus compañeros durante años. Ahora quizás todo sería diferente, o no. La cutrez es ya inherente al sistema.

Ven pide al asiático que le conecte la impresora y empieza a sacar copias de algunos *posts* de Alberto Marino. «Dos euros por copia, joder con el tío», piensa Ven. Al azar, lee:

«Tener el mismo nombre que un cantante de tangos cuya canción más aclamada es "Vergüenza" es vergonzante.»

No recuerda la letra de esta canción y la busca. Pide unos auriculares para escucharla y le casca otros dos euros. Mientras pierde la cuenta, sigue leyendo:

«Confesiones: para un hombre, la familia no es la felicidad. Su éxito es el único objetivo. Se mama desde pequeño, pero de adulto busca lo que dejó en el camino al triunfo.»

El tango comienza a sonar: «Me gustó tanto, tanto, cuando me contaron/ Que hasta tuve que hacer un esfuerzo por disimular./ Se arrepiente y quizá el recuerdo sea su desespero/ Ella debe estar bien consciente de lo que causó,/ ella me hizo pasar tal vergüenza con un compañero/ Y la vergüenza es la herencia mayor que el viejo me dejó».

Baja con desinterés el cursor del ratón y encuentra otro texto que se detiene a leer:

«Según el diccionario, la paternidad es la cualidad de padre, y en su segunda acepción es la condición de autor de una obra, idea o invención. (La paternidad del Lazarillo se ha atribuido a varios autores.) La maternidad es, sin embargo, el estado o cualidad de madre, y en su segunda acepción, la zona de un hospital donde se atiende a las parturientas. Asociada a ella solo están la "bata de maternidad" y el "permiso de maternidad". El sufrimiento, la entrega.

»La maternidad se ejerce, la paternidad se idealiza.

»Padre es el papa, el sacerdote, el cabeza de familia. El varón o animal macho que ha engendrado a otro ser de su misma especie. El triunfador.»

Alberto Marino parece un animal herido. Ven continúa saltando de una web a otra. Navega por la red como el que surfea por los pensamientos. No sabe qué ola va a ser la que lo lleve hasta la orilla, pero observa y espera.

Teclea el nombre de Lucy Belda. ¡Cómo no lo ha hecho antes,

Dios, si es una periodista digital! Tiene que estar en todos sitios. La busca en las redes sociales, pero no encuentra su perfil. Tampoco encuentra referencias suyas. Es como si la hubiesen borrado del mapa. Ahora entiende mejor el telegrama. Ella sabe algo de Marino, por lo que corre peligro. Busca artículos sobre el congreso donde fue visto por última vez el padre de la gastronomía peruana. No dicen nada interesante. Ya se sabe, a la prensa le falta valentía y le sobra cinismo. Y a los *bloggers*, lo mismo. Todo lo que toca el sistema publicitario se convierte en mierda.

Lucy va por libre. Tanto como que es posible que solo sea él quien sabe que está en peligro. Tiene que ayudarla a salir de allí.

Busca billetes para viajar a Cuzco. Carísimos. Teclea Lima. 720 euros. Ven se levanta de la mesa sintiendo de nuevo la aguja clavada en el lumbago y paga al dueño del locutorio. Ahora solo le quedan 537 euros. Los aprieta en el sobre. El dinero no es ni mucho ni poco, solo lo es en relación con lo que se necesite. Y ahora necesita más.

Si tuviese delante al taxista que le robó, le rompería la cabeza. Hay que ser hijo de puta para robar a un tipo que está a punto de cascarla y dejarlo abandonado a la puerta de un hospital. La crisis ha cegado hasta a los fieles taxistas, a quienes antes incluso se les confiaba un paquete para que lo llevaran de un lugar a otro. Seguro que no le costaría dar con él. Un tipo vestido de cuero que escucha ópera es fácil de encontrar entre los del gremio. Y ahora que lo piensa, ¿no será que fue el tipo quien le hizo quedarse KO? ¿Es posible que se pinchara con algo en el propio asiento del taxi y que sea lo que ahora le está provocando la lumbalgia? Encontrar al taxista le puede costar demasiado tiempo y a lo mejor ya se gastó la pasta. Es momento de pensar cómo conseguir dinero rápido para poder ir en busca de Lucy. Siente una presión en el pecho al imaginar que puede pasarle algo.

¿A quién puede pedir ayuda? Ni al Jeta, ni al Ciego, ni al Gallego: amigos que dejan de serlo, y duele más los que aún están vivos que los muertos. Se siente más huérfano que nunca. Ni siquiera una rubia en un hotel le levantaría la moral.

Ven se apoya contra uno de aquellos árboles encerrados por las baldosas de la calle Montera que amparan putas, mirones y chulos. La gente que parece vivir en su normalidad camina sin mirar. Solo los viejos a los que ya no les importa a nadie se detienen a hablar con las chicas. Son las de siempre, pero más viejas. Las rumanas que inauguraron con su juventud aquella calle desplazando a las viejas yonquis, ahora tienen las ojeras de la profesión y el dolor. No hay

prostitución consentida, o eso le parece a Ven, que por mucho que ha escuchado eso de que «les gusta», le parece que ninguna de ellas tuvo la libertad de elegir. Los policías pasean tranquilos y pasan de largo sin mirarlas. Seguro que son de esos que creen la mentira repetida de que fue la primera de las profesiones, como si antes no hubiese existido la de partera para traer al mundo a la panda de hijos de puta que se inventó esa estupidez. La ansiedad empieza a violentar a Ven, que no encuentra solución a su situación.

—Eh, viejo, ¿estaba bueno lo del otro día?

Ven lo mira y el chico le tiende la mano.

—¿Es que ya no te acuerdas? En el césped...

Ven asiente sin sonido, respondiendo al saludo.

—Soy Reinaldo. ¿No se acuerda, hermano? ¿*Pol* fuera de la casa en Villaverde? ¿Lo que te di *pa'* fumar?

Ven asiente, pero no recuerda la cara del chaval.

—Viejo, estás pálido, ¿oíste?

—Ya...

—¿Qué te pasó, hermano?

—Poca cosa. Estoy sin casa, mis amigos me la han jugado y una buena persona a la que quiero mucho me necesita en Perú y yo no tengo el dinero para el billete porque me robó un taxista.

—Coño, chico, hay que partirle la cara al taxista. A mí me botó la novia y estoy sin casa y dinero, ya tú sabes, para escapar al día.

Ven asiente. No ser el único en la desgracia no lo anima en absoluto. El cubano se da cuenta y le regala una dosis de optimismo:

—Pero seguro que eres un hombre de recursos, como yo. Mira, hoy me disfrazo de Minion en la Puerta del Sol. Le alquilo la ropa a un compatriota por veinte euros durante medio día y para la noche ya tengo apalabrado un manojo de globos en la plaza Mayor. Mírame, chico, me lo sé todo de ganarse la vida en la calle, y soy pura innovación.

Reinaldo lo ha conseguido. Ven sonríe bajo el bigote.

—Sí, chico. Yo hago cosas nuevas en la calle. No soy de esos que van con timos, ni tampoco pido, yo me lo gano.

El detective mira al cubano con simpatía y algo más relajado.

—¿Y dónde crees que me lo puedo ganar yo?

—Si necesitas dinero, viejo, yo que tú me iba a robar etiquetas al Corte Inglés.

Ven lo mira incrédulo.

—Es bien bueno el *business*. Vendes las etiquetas a los senegaleses que en Gran Vía negocian con la mercancía que

importan los chinos de Lavapiés. Así hacen pasar las copias como piezas auténticas robadas en El Corte Inglés.

Ven se queda estupefacto, desde luego es algo nuevo, aunque muestra su incredulidad.

—Que sí, hermano, que la gente cae y paga el bolso o el perfume como si fuera de marca, pero robado. Pagan menos, pero más que si lo vendes como copia. Ya ves, todos llevamos un delincuente dentro.

—Ya, pero por muchas etiquetas de bolsos que robe, no conseguiré hoy el dinero para irme al Perú.

El cubano baja la mirada, pero a Ven se le abren los ojos. La tía de los bolsos puede ser su salvación. *Highway to hell*.

Lucy tirita. Escapa en un autobús sin calefacción y con alguna ventana rota. El aire frío entra en chorro. Debe de ser lo habitual, porque muchos de los pasajeros van con sus propias mantas, y es que el altiplano es frío. También la pistola con la que la han amenazado.

Ella está con lo puesto. Un pantalón de algodón y una camiseta. También lleva el bolso con el que arreó en la cabeza al borracho que se coló en su cama quizás para asustarla, secuestrarla o matarla. Un escalofrío le recorre la espina dorsal. El frío metal en su costado.

Va camino de un pueblo llamado Mollepata. Esta vez espera conseguir dar el esquinazo a quien sea que la persigue.

Una hora más tarde, Ven y su recién inaugurado amigo del alma, Reinaldo, caminan por el barrio de Salamanca. Ven tiene aún el dosier de aquel encargo para seguir a la mujer de un cocinero que temía ser un cornudo y recuerda dónde vive, así que ahora están delante de su casa, esperando a su presa.

Ven se lo había explicado y Reinaldo lo había pillado a la primera; este tenía que seducirla. Ven le tomaría una foto in fraganti y luego, amablemente, se la mostraría. Si quería que su marido no se enterara, le pagaría. Y si no, se la llevaría al marido y terminaba de cobrar el encargo. No podía fallar.

—Chico, eso se llama chantaje. Es un crimen, ¿no es cierto? Mira, chico, yo no tengo papeles.

—Tú tranquilo. Tú solo la tienes que acaramelar, mira que fea no es. Guapa tampoco. Todo lo demás corre de mi cuenta. Yo te doy un pico, y así te olvidas de hacer el Minion una temporada. Eso sí, me tienes que dejar tu móvil porque no tengo con qué sacar fotos.

—Chico, mi móvil no.

Ven alucina. Y es que todo el mundo tiene siempre el móvil en la mano. No sabe qué coño hace la gente todo el rato mirando la pantallita. Ya no se utiliza casi nunca para llamar, sino que se ha convertido en un apéndice de la mano para escuchar música, tomar instantáneas, navegar por Internet y, sobre todo, para escribirse con gente. Bien pensado, prefiere este nuevo narcótico de la sociedad que el de la televisión. Con el móvil al menos hay que interactuar. Y como una droga, genera dependencia. Nadie puede prescindir de él, así que tiene que jugar fuerte para convencer a Reinaldo de que pase algunas horas sin él.

—Esa tía tiene tanta pasta que si le haces las cosquillas que necesita seguro que te compra uno mucho mejor que el que tienes.

La cara del chico cambia imaginándose ya con el último modelo de Apple.

—Bueno, pero si no me lo compra ella, me lo compras tú —le dice, tendiéndole la mano para cerrar el pacto. Ven acepta, aunque no sabe cómo va a salir la jugada—. Déjame que te explique dónde le tienes que dar. Mira, vamos a hacernos un *selfie*.

Al detective eso le suena a hacerse unas pajas, y ya estaba a punto de darle un puñetazo cuando escucha el clic de la cámara. La imagen congelada le devuelve una visión malhumorada de sí

mismo.

En ese momento, la mujer de los bolsos sale del portal y Ven le hace una señal al chico, quien cierra el puño y lo levanta para chocar el de Ven, gritando: «Hasta la victoria siempre, compañero».

Con soltura, Reinaldo contonea la juventud de sus piernas por la acera. Ven lo sigue con la vista y luego echa a andar detrás. En un momento, se mete en el zaguán de uno de esos edificios señoriales para ocultarse mejor, pero alguien lo interrumpe:

—Oiga usted, ¿adónde va?

Ven contesta con desgana:

—Estoy buscando piso de alquiler en el barrio. ¿No hay aquí alguno vacío?

La señora vieja y perfumada con polvos de talco lo examina con la mirada y le dice:

—Está mintiendo.

El detective se enerva con cara de pedir explicaciones antes de insultarla.

—Es una cuestión de actitud. Ni va vestido para vivir en este barrio ni está usted mirando ningún anuncio. Así que lárguese de aquí.

Ven sale a la calle humillado. Se mira de arriba abajo. Mierda de apariencias. Cruza los dedos para que a Reinaldo se le ocurra llamarlo al móvil diciéndole dónde están. Así que va a esperar a un parque cercano a la Residencia de Estudiantes. Está en la misma Castellana, pero casi nadie se fija en esta mancha verde entre el hormigón, porque los coches solo miran hacia adelante, como la mayoría de sus conductores.

Me defiendo torpemente, como un animal malherido. No tengo herramientas para la frustración que me crea no saber cómo agradarte, cómo ser lo que tú quieres que sea. Encuentro dinero y lo llevo a casa. Hay que comer. ¿Qué más da de dónde lo he sacado? Pero solo recibo una bofetada: «Aquí somos decentes». Yo, a veces, no, papá. Así funcionan las cosas y ahora soy uno de los hombres más ricos del Perú y probablemente de América. Además, soy reconocido. Todo el mundo me aplaude y firmo autógrafos.

Cómo me gustaría que me vieras ahora y admiraras lo que he conseguido. Pero estás muerto, aunque sigues vivo en mí. Quizás pronto pueda poner fin a todo el dolor que aún queda de ti en mí durante este retiro obligado, que empieza a ser el ataúd y a la vez resurrección de mi alma.

Escribe Pedro Marino, mientras acaricia esa pistola que ahora es su compañera.

Pasan las horas y Ven tirita de frío. Se acerca la Navidad y las luces se apagan y se encienden en la Castellana. Esto le recuerda que probablemente el billete de avión a Cuzco suba aún más de precio. Pero el teléfono de Reinaldo no recibe ninguna llamada. Se pone a trastear y entra en Internet. Busca de nuevo los perfiles de Lucy Belda en las redes sociales, pero no hay ni rastro de ella. Vuelve a buscar sus últimas crónicas, albergando la ilusión de que leerla es como tocarla. Pero han desaparecido. Le extraña. Busca el texto que leyó con pseudónimo sobre Marino y también ha desaparecido. Un temblor más allá del frío del parque le recorre por dentro. Ahora entiende por qué el envío de un telegrama. Tiene el pálpito de que la están borrando de la red.

Ven se levanta sin saber qué hacer más que gritar, pero siempre ha sido un hombre comedido, así que se traga el grito. En ese momento suena el teléfono. Es Reinaldo.

—Ey, chico, no sabes tú qué rica está la rubia esa.

—¿Dónde estás? Necesitamos la foto.

—Tranquilo, tranquilo, compañero. Me hice el encontradizo con ella en el Zara y nos estamos tomando algo. Me dice que luego nos podemos ir a un piso de un amigo de ella.

A Ven se le encienden los ojos.

—Bien hecho. ¿Dónde está?

—Es que soy bueno, ¿eh? Me puse dulzón y eso, con una española, no falla: «Que sí, mi *amol*», «qué bella se te ve», «eres una mujer sabia»…

—Vale ya —corta Ven, que ahora entiende por qué ha tenido tan poco éxito con las tías en los últimos años. De su boca es difícil que salgan esas palabras. Cuestión de educación, supone.

—Sí, chico. Ahora vamos a comprar champán, para bañarnos en burbujas. Así que tienes tiempo de llegar. Está cerca de donde estábamos. Castellana, 153, piso 5 D. Y lo mejor, viejo: las llaves están bajo el felpudo de la entrada.

«¿Sabré usarla?» La acaricia. Saca la bala una y otra vez, gira el tambor en el que solo hay sitio para otras cinco balas más. El resto de orificios está vacío y se pregunta si alguien la ha usado alguna vez. Es pequeña, casi de juguete. Pesa muy poco, quizás quinientos gramos. Nada que ver con aquella pistola semiautomática que probó en un campo de tiro. Su hombre de seguridad, WW, lo obligó a probar diferentes armas. Tenía que aprender por si alguna vez se encontraba en una situación difícil. No recuerda mucho, pero confía en que solo tendrá que presionar el gatillo. Lo suyo son otro tipo de armas: finanzas y política.

Pero ¿quién dejó allí aquel revólver? Quien sea que lo haya recluido en aquel lugar no puede habérselo dejado. Cree que ha sido un milagro. A veces ve sombras y cree que es su ángel de la guarda.

Pedro Marino se arrodilla y reza. Siempre supo que Dios lo acompañaba, pero ahora se siente más cerca de él.

El conductor la avisa. Están en Mollepata. Varios campesinos se bajan del autobús. Le gustaría preguntar algo sobre el pueblo, pero ellos bajan rápido, en silencio, y se dispersan entre calles pequeñas. Tiene una sensación extraña, como si estuviera en algún remoto lugar del mundo donde nadie puede entenderla, aunque hable el mismo idioma. Está en medio de las montañas. Ha decidido ganar unos días antes de llegar a Puno. Si Ven ha leído su telegrama, seguro que tardará en llegar. Además, no cree que nadie la vaya a buscar a aquel lugar. Esta vez no ha dejado rastro.

Sigue aterida de frío y sueña con un mate de coca caliente. Tras subir una cuesta, encuentra un bar de un tamaño desproporcionado para lo reducido que le parece el pueblo. Mesas alargadas de madera en un patio interior, sin nadie. Pide el mate y el camarero ni le contesta. Solo asiente.

Cierra los ojos y, cuando los vuelve a abrir, un grupo ruidoso de montañeros ocupa una mesa. Al rato entra otro. Escucha y entiende. El guía cuenta en inglés que este es el comienzo de la ruta hasta el Salkantay, una montaña sagrada. Lucy siente el pálpito de que debe seguirlos. De pronto se mira. Va descalza. No tuvo tiempo de calzarse cuando salió a toda prisa del *hostel*.

Ven toma el 27, ese autobús que remonta la Castellana, esa ampliación de Madrid en la que se unen las viviendas de factura cutre de los setenta del pasado siglo con los edificios anónimos de exterior de cristal de oficinas.

No sabe si tendrá mucho tiempo por delante, pero parece que va a ser más sencillo de lo que imaginó. Se apea en una de las paradas del autobús que está algo más abajo del número al que va. Además, queda en el otro lado de la calle. Cruzar esa calle que está pensada más para ser carretera le da un infarto a cualquiera. Es invierno, caen gotas de lluvia, pero solo huele a asfalto. Cómo ansía de pronto el aroma a tierra húmeda de su infancia…

Termina de cruzar y entra en el edificio. La puerta está abierta porque todavía está el portero. Haciendo caso de la gran intuición de esta gente, solo dice que va a desatascar la cocina del quinto derecha. El portero asiente y le señala el ascensor de servicio, por el que suben los que le hacen la vida más fácil a una parte adinerada de la sociedad y por el que solo baja su basura.

Tal y como le dijo el cubano, las llaves están bajo el felpudo. Abre y, cuando cruza la puerta, se lleva el susto de su puta vida.

—Ven, coño, pero ¿qué haces tú aquí?

Con el corazón a mil, Ven achina los ojos e intenta descifrar el rostro de quien le habla desde la oscuridad del apartamento, pero es imposible. Su interlocutor se da cuenta y deja que la luz de la escalera le dé en la cara.

—Coño, Ven, que soy yo, el Celsius. ¿Tan lejos te queda el Cesid? Aunque ahora estás de detective, ¿verdad?

Ven le da un abrazo al reconocerlo al fin. Es un compañero que empezó a la vez que él en los servicios secretos cuando eran casi unos críos. En los ochenta coincidieron en alguna operación cuando aquello se llamaba Centro Superior de Información de la Defensa (Cesid) y que desde el 2002 se llama Centro Nacional de Inteligencia (CNI). Pero le queda todo tan lejos como los años noventa y Felipe González, cuando con todo aquello de Roldán y Paesa limpiaron un poco la fachada y le tocó marcharse a él.

—¿En qué operación estás?

—Un caso de cuernos. El marido de una rubia cree que trae a este piso a jovencitos para trajinárselos.

—Coño, pues yo estoy tras la misma rubia.

—No me digas que ahora os dedicáis a cuernos.

Celsius ríe.

—Poco nos falta para llegar hasta ahí. Te lo cuento, pero cuidado con irte de la lengua. Parece que la pieza está metida en algo más oscuro que la infidelidad. La están siguiendo. Parece que anda con un maromo, pero ha vuelto a su casa, así que aquí, por ahora, no se va a poder hacer nada.

Ven se caga en el cubano y la falta de habilidad para ejecutar un plan. Aunque, bien pensado, ahora mismo no podría estar en el mismo lugar donde el servicio de inteligencia tiene un dispositivo montado, por muy amigo que fuera el Celsius.

—Vamos a tomarnos un White Horse de esos que te gustan a ti, que lo justifico con la media hora del bocadillo.

Ven sonríe con satisfacción, la jugada al final le ha salido mucho mejor de lo que piensa. No tiene la foto, pero sí algo mucho más grande: está metida en algo sucio. Se va al bar con Celsius a ver si consigue sacarle qué es. Tres whiskies después, lo deja sin haberle arrancado ni una sola palabra sobre el caso en el que está involucrada la rubia de los bolsos. Los gallegos son así, por eso debe de haber tantos en los servicios secretos. Para beber y comer, los primeros, pero de hablar, nada.

Se va Castellana abajo nuevamente en el bus arterial, en el 27, que se retuerce a toda velocidad por la amplia calle, ahora vacía hasta la altura del barrio de Salamanca, donde vive la mujer de los bolsos. Recuerda que su marido viaja con asiduidad, así que está seguro que ni ella ni Reinaldo han salido de la casa.

Toca el timbre, poniendo cara de tipo duro con el que hay que negociar si no quieres morir. La rubia abre la puerta, pero en lugar de un grito de pavor suelta una carcajada.

—Pero, bueno, ¿usted otra vez? ¿No tuvo suficiente?

Ven se pone firme. Esta tía lo saca de sus casillas.

—Tengo algo importante que decirle. Necesito pasar.

Ella, vestida con una bata de seda estampada con flores, lo deja entrar. Cierra la puerta y, en el mismo descansillo, el detective le cuenta que van tras ella y que tiene a todo el Cesid esperándola en su piso franco.

La cara de ella se agría, pero resiste en pie.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por lo mismo que sé que tiene a un cubano en su cama ahora mismo.

La mujer se queda muda, mientras escucha a Reinaldo:

—¡*Amol*, que el nene quiere más!

Ven tiene que contener la risa y, con la misma cara seria, le cuenta lo que le pasa.

—No tengo ni puta idea de a qué se dedica ni me importa. Tampoco sé de qué partido es, aunque me lo imagino. Pero he venido a avisarla porque necesito dinero para tomar un avión hasta el Perú. La única amiga que tengo está amenazada en el país y tengo que ir a por ella.

Ella, algo pálida, lo mira con extrañeza.

—¿Y qué saco yo con todo eso?

Ven suspira.

—Alejarse de la trama en la que esté metida, para eso he venido, para avisarla.

—¿Y cómo sé que no se lo ha inventado? ¿Cómo se ha enterado usted?

—Un amigo trabaja en su caso. Por eso lo sé.

La mujer se atusa el pelo en silencio valorando las palabras que le va a decir al detective.

—Bien, dígame quién está al frente de la operación.

Ven se lo piensa. En otros tiempos sería una falta grave, pero ya no está en el cuerpo. Además, tampoco cree que vaya a pasar nada por decirlo.

—Bueno, se lo podría decir, pero quiero el dinero para volar y algo más para los gastos. Luego se lo puedo devolver.

La mujer asiente y Ven, aunque duda de nuevo unos segundos, pronuncia el nombre:

—Celsius.

La delgaducha parece conmoverse al escuchar el nombre en clave que le acaba de dar y se dirige al sofá del salón, donde se sienta cogiéndose con las manos la cabeza.

Ven, sorprendido, le pregunta:

—¿Lo conoce?

La mujer, sin decir nada, entra en una habitación, de la que sale con un bolso, saca de él un fajo de billetes y se lo da en una bolsa de El Corte Inglés.

—Espero que tenga suficiente como para no volverlo a ver nunca más en mi vida.

Ven lo recoge y le tiende el móvil de Reinaldo.

—No se preocupe. Dele esto al cubanito. Se lo dejó en la calle, pero yo que usted le compraba otro, quizás el último de Apple. Se lo merece.

Ven da media vuelta, mete la bolsa de plástico con el dinero bajo su chaqueta y sale a la calle sin mirar atrás. Afuera mira a

todos los lados. Si la estaban siguiendo, seguro que mantienen la vigilancia. Se mete en el metro sin pensarlo, cruzando los dedos para que el tren esté en la vía. No hay suerte. Tiene que esperar veinte minutos hasta que venga el siguiente. En las últimas semanas han ampliado los intervalos entre trenes por la noche. Mierda de crisis.

Tras varias estaciones, se baja y toma un bus para poder llegar hasta su casa, ya que el metro aún no llega a los barrios del sur de Madrid y no cree que llegue en mucho tiempo, porque el entusiasmo financiero se ha apagado.

Al entrar en su portal se cruza con un vecino que baja la basura. Se conocen de vista desde hace casi una década y, aunque no suelen hablar, le extraña que lo mire de arriba abajo y que lo asalte así.

—Vaya, Ven. Lo siento. No sabía que aún no habías podido pagar la casa.

O la carta se ha extendido como un virus por Internet o es que ha pasado algo. Con la respiración entrecortada, llega hasta la puerta de su piso. Está precintada.

La orden de desahucio se ha ejecutado a toda velocidad. No tiene ni idea de leyes, pero esto le parece una irregularidad. El Gitano tiene que ayudarlo. Además, no puede quedarse sin sus fotos ni sin sus *barbies*.

Hierve de rabia. Intenta abrir la puerta, pero han cambiado la cerradura. Se caga en todo y empieza a patear la puerta hasta que el dolor del lumbago vuelve como una aguja fina que lo atraviesa. Se apoya en la pared y nota que algunos vecinos de su planta miran a través de la mirilla. Espera que no se le ocurra a ninguno llamar a la policía. Bajo su abrigo está el dinero de la delgaducha pija, y en el bolsillo del pantalón, el pasaporte falsificado por el Ciego. Viajará como Mohamed Alí.

Lena es fuerte y luchadora como él porque él la ha hecho así. Nunca le ha dicho que la quiere. Ni a ella ni a ninguno de sus hijos. Pero Dios sabe que sí. Sin embargo, Alberto sí se lo dijo una vez. Él le reprendió porque decir algo así es de débiles. Un hombre diciendo a otro hombre «te quiero» es ridículo.

Ese momento le viene a la cabeza una y otra vez a ritmo de ese rap que se le va incrustando en el cerebro. Recuerda la calidez de la tarde, la paz de sentir que todo está hecho. El niño, sentado en el banco, se desplaza hasta sus rodillas, lo abraza por sorpresa y él lo aparta.

—Esas cosas no las dice un hombre.

El niño agacha la cabeza. Él ahora la agacha también. «Que Dios me perdone, porque dudo que ya él lo haga.» Hace años que no habla con su hijo, desde que se fue a los Estados Unidos. Intentó hacer de él un hombre de provecho en la escuela militar y quiso casarlo con una muchacha buena a la que no le importaba lo que hiciera por las noches si nadie se enteraba. Pero se marchó. Ahora le gustaría verlo y abrazarlo, aunque quizás sea ahora su hijo el que lo aparte.

Vuelve a sonar el mismo disco, el de todos los días, varias veces. Y Pedro Marino aprieta las mandíbulas. Lo que daría por un tango.

Ven está a punto de besar la tierra cuando sale del avión que acaba de aterrizar en Lima, pero lo primero es lo primero. Tiene una investigación por delante y ningunas ganas de llamar la atención. Quien tiene a Marino es la misma persona que va tras Lucy. Por eso, antes de ir a Puno entrevistará a Hideki, el chef socio del desaparecido. Espera también poder hablar con el americano jefe de seguridad de Marino, WW, y si la habilidad se lo permite, conocer a alguno de sus contrincantes, algún buen cocinero al que le gustaría ocupar el lugar del padre de la gastronomía peruana.

Hideki lo recibe sonriente y Ven, sobre la marcha, decide desempolvar su papel de inspector de la guía Michelin. No tiene a mano el carné, pero sí la actitud frente a un cocinero ilusionado y poco afectado por la desaparición de su socio. Ven comienza la función:

—Estamos valorando hacer una guía Michelin aquí en el Perú. Queríamos arrancar con varios tres estrellas, y su restaurante creemos que es uno de los que se lo merece.

El cocinero no disimula su felicidad y agradece a los dioses haber dejado para el día siguiente su marcha.

—Mañana comienzo mi gira por el país en busca de ingredientes e inspiración de nuevos platos.

—¿Y cierra el restaurante?

—No, se quedan al mando mis jefes de cocina.

Ven comprende que tipos como él son ahora «directivos» y están de un lado para otro, lejos de la cocina que les da su nombre.

—Pero, bueno, siéntese a comer.

El detective en el papel de inspector rehúsa la invitación.

—Ya vendré en otro momento con más tiempo con otros inspectores.

El chef insiste:

—Pero ¿no querría probar al menos uno de nuestros platos?

—Bueno, muy bien. Tengo poco tiempo, así que algo no demasiado complejo.

El cocinero sonríe con todos sus dientes y le ofrece una de sus últimas creaciones: «Mar y Andes». Se trata de un plato en el que unas almejas junto con unas rodajas de pulpo asado se encuentran en perfecto equilibrio con un alga andina que cruje en la boca como si fueran pequeñas huevas; se llama *cushuro*. El plato está tocado

por el azúcar integral que en el Perú llaman «chancaca» y por una quinua negra tan crujiente como el mismo caviar. Ven mira al cielo para dar gracias por haber recuperado el sentido del gusto y poder probar aquella maravilla.

Hideki le habla de la quinua y del trabajo que han hecho los cocineros por recuperarla, especialmente Marino y él.

—Como sabrá, esta ha sido una de las luchas de Pedro Marino.

—¿Por qué cree que continúa desaparecido?

—No tengo idea. Él es una persona especial, muy espiritual. Le gustaba de vez en cuando aislarse o viajar solo. Pero ya lleva demasiados días sin ponerse en contacto con nadie. Ojalá vuelva pronto. Tenemos aún mucho por hacer.

—¿Con la quinua?

El chef le sonríe.

—Sí, claro. La quinua es nuestro emblema, y el mercado internacional lo tenemos casi seducido con sus bondades nutricionales. Ahora es una *delicatessen* en Europa, incluso en su país, en España.

Ven se lleva otra cucharada a la boca asintiendo, pensando en cómo le sabría un plato igual en España. Nunca había probado la quinua, pero la internacionalización de la comida solo tiene un sabor, el del dinero.

El cocinero percibe el placer e, inevitablemente, alimenta su ego.

—Este es uno de mis platos más admirados. Hace poco, una periodista española que trabaja para un medio en Nueva York también quedó fascinada.

—¿Lucy Belda?

El cocinero asiente sorprendido y pregunta:

—¿La conoce?

—Claro. Es la mejor crítica gastronómica que conozco.

El chef mira hacia otro lado. Ven, que por otro lado, además de a Lucy, no conoce a ninguna otra crítica gastronómica, sigue su mirada y se encuentra con un tipo alto con ojos achinados y un lunar en la sien que le hace un gesto al cocinero.

—Ahora vuelvo —se disculpa el chef.

Ven tiene los sentidos afilados como nunca. El cocinero le ha contado ya todo lo que necesita y le parece que es momento de irse, antes de que descubra que no es de la guía Michelin. Con la quinua aún entre los dientes, se levanta y sale sin despedirse por la puerta por donde ha entrado. No hay tiempo que perder, debe encontrar al americano de la seguridad personal de Pedro Marino.

El grupo de montañeros termina su desayuno incluido en un *tour* guiado por un nativo. Dejan sus bultos en la entrada y otro de los asistentes los acarrea en varios caballos de carga. El camarero se acerca a Lucy, que ya ha terminado su mate.

—Señorita, acá en un cuarto tenemos botas, si usted quiere unas. Están usadas pero parecen nuevas.

La chica lo acompaña y en una habitación encuentra muchas botas y otra ropa de montaña que los turistas dejan abandonada cuando acaban sus *trekkings*. Las botas están ordenadas de más pequeñas a más grandes. Se prueba unas grises que le van al pelo y toma un jersey. El camarero le pide unos soles por la compra y le regala una gorra.

Cuando sale a la calle, comienza a andar siguiendo a los que van más retrasados. Confía en que no sea demasiado complicado seguir el camino ni remontar esas montañas.

Tres horas después de andar en silencio, un australiano se le acerca y comienza a hablar con ella. Está entusiasmado ante el reto de este camino alternativo a Machu Picchu que es mucho más arduo que el clásico camino del Inca. Subirán hasta casi los cinco mil metros para luego bajar y después remontar hasta Aguas Calientes, desde donde podrán volver a subir hasta llegar a Machu Picchu.

Lucy traga sin comentarios. El aire frío de la huida le da en la cara.

Encontrar a un americano en Lima podría ser complicado, pero un americano al que todo el mundo conoce como WW y que es jefe de seguridad de un tipo desaparecido le parece a Ven que debe de ser sencillo, y para encontrarlo se va al restaurante de Pedro Marino, en el centro de Lima. Una casa señorial casi más lujosa que donde puede que viva el presidente del país.

Le hacen esperar, pero en ese tiempo se queda con los detalles. Hay cámaras de seguridad a la entrada, así que tiene que haber pantallas y, tras ellas, los ojos de un jefe de seguridad.

—Caballero, el señor Wyatt Whitehurst no se encuentra.

Ven sale a la calle y busca la entrada de servicio. Se cuela siguiendo a un joven cocinero en prácticas. Una vez en la cocina, encuentra rápido su objetivo porque dos fortachones lo detienen y se encargan de llevarlo ante WW, un rubio que habla el español con la lengua de trapo.

—Veo que es insistente, señor Cabreira.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Hacerse pasar por un inspector de la guía Michelin tiene consecuencias. ¿Entiende lo que le digo?

Ven se queda pensativo y decide preguntar lo que necesita.

—¿Sabe algo de Pedro Marino?

—¿No me diga que es eso lo que le trae a Lima?

El detective agacha la cabeza.

—Lo cierto es que vengo a buscar a una mujer.

El rubio sonríe y pide a los fortachones que se retiren para quedarse a solas con el detective. Pincha en su ordenador «Aires de Lima» en versión de Mestisay. «WW es un romántico», piensa Ven, que, por otra parte, está a punto de soltar una lágrima con esa melodía hecha entre suspiros. El americano ofrece a Ven una cerveza Cusqueña de trigo.

—Esto es como tomar agua, señor Cabreira, pero en este país hace falta refrescarse.

Ven tiende la mano pensando que lo que de verdad necesita es un White Horse. Da un trago a la botella y comprueba la ligereza y el sabor a lúpulo de la cerveza. Ignora el motivo, pero tiene la sensación de haber visto antes esos ojos azules de WW. Tras ellos, en un armario acristalado, se exhiben diferentes modelos de pistolas y revólveres, algunos muy caros. El americano se da cuenta de

adónde se dirige la mirada de Ven.

—¿Le gustan las armas?

—No especialmente, pero veo que tiene algunos ejemplares curiosos. ¿Iba armado Marino cuando desapareció?

—Mi jefe siempre ha sido un hombre particular. Quería salir solo ese día y no sabemos si es porque tenía preparada una huida o una juerga. Volverá, de eso estoy seguro. No sé si iba armado, pero de la vitrina falta un ejemplar muy pequeño, una chuchería. Es una Nirbheek, lleva el nombre de una mujer india violada. Es ligera, solo pesa quinientos gramos para que quepa en el bolso de una dama. Es «la primera pistola para mujeres».

Ven escucha lo que dice y le parece una estupidez. Las armas no tienen género, solo una función: matar.

—¿Y la ha cogido alguna de sus hijas?

—No lo creo, por aquí no suelen venir, aunque ahora estoy esperando a una de ellas, la que se ha quedado al mando.

—¿Y quién manda ahora?

—Su hija mayor, Lena.

Ven traga despacio y sigue preguntando.

—¿Y su mujer?

—No estoy casado.

—No, hombre, me refiero a la de Marino.

Los dos se ríen.

—Ah, Adela. Es una bella mujer, guapa, inteligente. Hace tiempo que creo que no tiene una relación real con Marino, pero siguen casados.

—¿Y Cristina?

—¿La conoce? —pregunta WW, abriendo mucho sus ojos azules.

—Sí, vino con Lena a encargarme el trabajo el día que nos vimos en Madrid.

Ambos se quedan en silencio y es WW quien lo rompe.

—Bueno, señor Cabreira, no me gustan las preguntas, y ya ha hecho demasiadas. Si hubiese algo extraño se lo diría, pero no lo hay. Además, si hubiese sido un secuestro, la petición del rescate no se hubiera hecho esperar.

Ven asiente.

—A menos que lo hayan asesinado.

WW vuelve a carcajearse.

—Eso sería una locura. El asesino estaría en la cárcel de inmediato. El pueblo protege a Marino.

—¿En serio?

—Mire, en una ocasión, en un viaje a Puno, uno de sus

ayudantes perdió el ordenador del jefe. Al día siguiente apareció en el hotel.

Ven abre los ojos y disimula su sorpresa paseando la mirada por la mesa. Hay un periódico. Está doblado por la mitad y en él pone algo del cierre de candidaturas a presidencia.

—¿Será presidente?

El americano sonríe.

—¿Marino, presidente? Eso lo dicen los campesinos y la gente del pueblo. Pero él nunca pareció tomarlo en serio. De hecho, no presentó su candidatura. Ahora cuénteme usted, ¿qué mujer le trae por acá?

—Una española. Me escribió pidiéndome ayuda porque se siente en peligro. Ella asegura que la desaparición no fue fortuita, sino forzada.

El americano deja de sonreír.

—No tengo datos que corroboren lo que dice su amiga. Aún no hemos encontrado testigos que observaran nada extraño a la salida del congreso. Tanto es así que ni siquiera la policía ha abierto investigación. Aquí tengo la nota que dejó manuscrita indicando que ese día quería estar solo.

El americano saca de un cajón una nota. La letra es grande y parece haber sido escrita con tranquilidad. En ese momento, al detective se le ocurre una nueva pregunta.

—¿Sabe si tenía amante?

—Soy una persona discreta, señor Cabreira, así que disculpe, pero mi tiempo y mi cerveza se han acabado.

—Gracias, WW. Ahora solo una gastronómica: ¿hay otro restaurante además del que acabo de visitar que no me debería perder? ¿Otro que pueda ser su competencia?

La sonrisa vuelve a la cara de WW.

—Vaya a Amazónico. Pero aquí no hay competencia, somos todos amigos, «inspector».

Ven apura de un trago la cerveza, que ya se le ha quedado caliente. Espera quitar ese sabor de boca cuanto antes, será en Amazónico, cuyo propietario podría ser un enemigo de Marino. En cualquier caso, no será una visita perdida, porque comerá de nuevo, y no sin hambre ni solo por trabajo, como dicen los críticos gastronómicos más clásicos que se debe hacer. «Una gilipollez», piensa Ven. Para comer hay que tener ganas. Y él tiene, porque teme perder el sentido del olfato de nuevo, así que cada experiencia es para él un logro. De hecho, empieza a pensar que si la gente supiera el vacío de no saber a lo que saben las cosas, dejarían de

maltratar su paladar comiendo cualquier cosa. Saborear te hace sentir vivo. Cuando comes sin paladear, solo puedes recurrir al pasado, al recuerdo que tu mente conserva del sabor. Sale a la calle sintiendo cómo late la vida. En unas horas estará de camino a Puno, donde está seguro de que Lucy lo espera.

Iba a firmar su candidatura a presidente. Ese día pidió ir solo manejando su propio auto, porque luego quería celebrarlo, como celebra todos sus éxitos: abriendo su champán favorito, Louis Roederer Cristal. No es de los más caros —puede encontrarse en Europa por doscientos euros—, pero le huele a manzana verde y es tan especial como para estar en botella transparente, así lo quiso un zar y él también. Lo toma en un mirador desde el que se ve el basurero donde se crio. Lo toma por el gollete dejando que se resbale por las comisuras de los labios y, cuando está medio borracho, escupe:

—Padre, aquí estoy, púdrete.

Marino se ríe recordando ese vicio privado y acaricia su pistola. La llama con todo el cariño «Chola», como si fuera una mujer que lo acompañara. Ella le da ánimos y hasta parece que le habla. Ahora lo que le cuenta es que cuando salga de ese hueco tendrá más fuerza y más carisma. Ganará más seguidores y tendrá más votos. Su presidencia puede esperar.

Pero ¿y si no puede salir?

Todo el cuerpo le tiembla a ritmo de ese maldito rap.

El aparcacoches le abre la puerta del restaurante y Ven se encuentra con un espacio bien distinto a los otros dos que ha visitado. Es algo oscuro y las mesas están más juntas. Le preguntan por su reserva, pero se disculpa. Se presenta como Ven Cabreira, crítico gastronómico español que tiene el deseo de probar la especialidad del cocinero.

La chica le pide que espere un momento y hace una llamada. Al instante lo sienta en una mesa y le trae la carta.

La camarera le explica que el cocinero de este restaurante está especializado en la búsqueda del sabor amazónico. Y le propone que pruebe el plato estrella: paiche en costra de macambo, cacao, salsa de chorizos y puré de aguaje. La chica tiene que descifrarle el plato explicando casi cada palabra: el paiche es un pescado del Amazonas. Es el segundo pez de río más grande del mundo después del esturión beluga. El macambo es una fruta amazónica, y el aguaje, un fruto procedente de una palmera, que se lo conoce por sus propiedades nutritivas y terapéuticas.

Ven descubre la placidez que hay en la comida. Es un espectáculo maravilloso, lo relaja dejar caer sus neuronas al plato, abandonarse a esa experiencia nueva. Quizás en su jubilación en lugar de astrólogo deba hacerse crítico. Hambre, por lo menos, supone que no pasará. Otra cosa es que sea bienvenido en ese club que quiere ser selecto, perpetuando la idea de que la gastronomía es un pecado capital al que pueden acceder muy pocos. Y es que si el espíritu crítico se alimentara en el pueblo para la comida y para todo lo demás, las oligarquías estarían perdidas.

El detective se concentra en observar la estética del plato. Le recuerda a la que se ofrece en cualquiera de esos restaurantes de vanguardia de España, Francia, Japón, los Estados Unidos o Inglaterra. Comienza a comer como crítico y en la boca nota que se trata de un pescado distinto, con una carne digna de una especie tan grande. La combinación del dulce, ácido y salado es un juego en el que no entiende qué pinta el chorizo. Pese a ello, no hay disonancia, sino una extraña sensación de homogeneidad de fondo, de estandarización del sabor. Cae en la cuenta de que en cierto modo se trata de la misma estrategia que utilizan las industrias. Esa que hace que cualquier comensal se sienta tranquilo al reconocer su propia comida en cualquier parte del globo, ya sea comida basura o

alta cocina.

Al terminar el plato, se va al servicio en busca de la oficina de seguridad. Le resulta fácil ver la puerta en la que pone «PRIVADO» y, sin pensarlo, se cuela. Es un pasillo con otras dos puertas a los lados. En una de ellas se dibujan las letras que busca: «SEGURIDAD». Abre con sigilo y entra. No hay nadie. Solo una mesita, una silla y las pantallas de las cámaras exteriores.

En la pared hay varias notas, pero los ojos se le van a la impresora. En la bandeja de salida hay un *mail* impreso con una foto. La de su propia cara.

A los dos días de andar tras el grupo más rezagado, Lucy se da cuenta de que no es la única en huida.

El australiano ha alquilado sus botas de montaña en Cuzco y cuando regrese las devolverá. Va vestido de traje y corbata y, encima, de vez en cuando, se pone una chaqueta para el frío. Habla poco y con un acento muy fuerte. Pero Lucy entiende que escapa de su padre, un pastor de la Iglesia anglicana. El motivo lo ignora, pero lo puede comprender.

Otro de los viajeros es un italiano. Un día explica que es un agente de bolsa y que ha pedido un año sabático. Aquel ritmo en Londres lo estaba envejeciendo y enloqueciendo. Un tipo estresado con dinero es un peligro, sobre todo para sí mismo. No tenía problema en ir una noche a Ibiza y ponerse hasta el culo para, al día siguiente, tomar el avión a Londres y continuar trabajando. Habla muy bajito y le duelen los pies, así que muchas veces anda descalzo o en chanclas por medio de la montaña.

Una francesa huye de sí misma y de la sombra que hay en ella de su madre. Necesita que alguien la ayude y cree que debe ser un hombre, y se antoja del guía, un indígena adusto y acostumbrado a ser el capricho exótico de las guiris que lleva de un sitio a otro.

Solo encuentra paz en una pareja de chicas que van por libre, con su tienda de campaña, y que le ofrecen calentarse una sopa de sobre con ellas o algo de abrigo.

Lucy está tranquila. Esas montañas imponentes hacen sentir a cualquier humano un ser ínfimo, microscópico. Una noche nieva y ella, guarecida en una tienda que le prestan, sueña. Está con Ven y está bien. Él pide un zumo de naranja y ella se lo ofrece. Él bebe y, a medida que traga el líquido, envejece, se encorva y muere. Despierta agitada y ya no vuelve a dormir. La lluvia cesa y el cielo comienza a clarear. Abre la tienda de campaña y ve, entre la niebla, el valle aún más nevado, los caballos y los primeros montañeros preparados para partir. No hay marcha atrás. Tiene que seguir.

Ven sale a la calle. Empieza a andar buscando alejarse del restaurante. Ver su foto le ha metido un picor en el cuerpo, el mismo que anuncia una alergia porque algo extraño está a punto de aparecer. Después de dar unos pasos, un tipo toma del brazo a Ven diciéndole aquello de «acompáñeme». Es un chico joven, delgado pero fibroso. Ven camina unos metros. Las neuronas le van a mil, pero no se le ocurre qué hacer. Jugar fuera de casa le resta confianza y eso es lo peor que le puede ocurrir a quien quiere escapar.

Cuenta hasta tres y se remueve hasta conseguir zafarse del tipo. El intento de carrera se queda, sin embargo, en tres pasos. El lumbago arrecia y se jura a sí mismo no volver a abandonarse de esa manera. El tipo se ríe y lo mete en el fondo de un coche negro con los cristales ahumados, dejando entrever su navaja. Ven se vuelve a resistir.

—Señor, no pensaba hacerlo, pero...

Ven no escucha el resto de palabras, solo una vibración enorme como si su cabeza se hubiese convertido en una campana. En la ceja siente el calor del impacto de un anillo. Se sacude como los perros, pero no puede evitar que el joven le ate las manos y le tape los ojos con un pañuelo.

A partir de este momento, Ven sabe que está en sus manos. Da igual el destino del coche y todo lo que se quiera resistir, porque hará con él lo que quiera. Ahora tiene que estar al tanto de los ruidos y de todo lo que ocurra, pero el rap a todo volumen que se escucha a través de los altavoces del automóvil se lo impide. El tiempo pasa lento cuando uno tiene los ojos tapados, Ven lo sabe y por eso intenta volar con su cabeza y evita pensar en que se la van a volar.

Tras mucho rato escuchando un rap tras otro, Ven siente algo en los labios. Con precaución, comprueba que debe de ser agua aunque con algo más, porque está algo amarga. Sin resistencia, se lo traga; si va a morir, que sea drogado.

CAPÍTULO III

Billete de vuelta

Tiene los ojos vendados, pero las manos ya no están atadas. Se quita el pañuelo y la luz casi lo ciega. Por un momento, piensa que está muerto. La tierra es blanca, dura y compacta, y el cielo, tan azul y perfecto que no puede ser verdad. Solo el dolor de la ceja consigue traerlo a la realidad. Mira a su alrededor y no ve nada. Todo en blanco. Es un desierto blanco. Palpa sus bolsillos. Le han quitado todo, excepto un billete de cincuenta euros. También le han dejado el pasaporte.

Ven valora la situación: nada de moverse. Cuando uno espera, alguien llega. Pasa así un tiempo, que no sabe si son horas, en las que repasa mentalmente todo lo que le ha ocurrido. Está claro que no querían matarlo, solo alejarlo, quitarlo de en medio. Para ello lo han llevado a un desierto, desde donde puede ser difícil volver al punto de partida.

Esta técnica le recuerda a su tiempo de preparación en el Cesid. En aquellos años, cuando aún era un chaval, su prueba de fuego para ser un agente de primera fue similar. Le taparon los ojos y, después de horas dormido, lo dejaron en un punto de España. Con quinientas pesetas de la época y el DNI. Tenía una semana para volver a la sede en Madrid. Lo recuerda con cariño, pero sin melancolía. No es tiempo de repetir proezas, aunque, pensándolo bien, no le queda otra. Aquella vez aprendió a observar y también a esperar, porque cansa menos que moverse como un loco sin saber adónde. Y lo más importante, se dio cuenta de que hablar de más debilita.

En su cabeza van pasando las imágenes de sus últimas semanas. Desde que llegó a Madrid todo ha sido un despropósito y no cree en las casualidades. Eso también lo aprendió en los servicios secretos: la casualidad se crea para hacer creer lo que no es. El taxista aquel que lo había dejado tirado y por lo que comenzó todo aquello. ¿Quién era? Él tenía lumbago, pero en el hospital le diagnosticaron un síncope, es decir, una pérdida de consciencia, un desmayo. Quizás le ocurrió por el impacto de ver muerto al Ciego. Pero ¿y si fue el taxista quien se lo provocó? Una pérdida de oxígeno se puede provocar con cualquier droga. Ven lo sabe porque también lo aprendió en los servicios secretos. Y luego, el lumbago que le causó un pinchazo, está seguro de ello.

El ruido de un camión lo devuelve a la realidad blanca de

desierto que lo rodea. Su cerebro deja de ser la rueda de molino que mueve recuerdos, imágenes y palabras, y se incorpora como un resorte. Da botes y mueve los brazos. Ven es un minúsculo punto negro en un suelo inmenso blanco. El camión se acerca y el conductor le pregunta:

—¿Qué hace, pues?

A Ven no se le ocurre una mejor respuesta:

—Perdí el autobús.

El conductor mueve la cabeza y masca con asco la palabra «turistas». Lo invita a subir y le ofrece su botella de pisco. Ven da un trago largo que le provoca un hormigueo en la garganta inicial, pero que luego se convierte en una sensación sedante que le agrada.

—Muy bueno.

El tipo le sonríe y deja ver su encía sin dientes y una bola verde en la boca que hace que le hinche el moflete. Son hojas de coca que toma de una bolsa de plástico en la guantera del camión. Le ofrece a Ven, quien, sin preguntar, hace lo mismo que quien le ofrece. Morder y hacer una bola que aloja en la parte derecha del moflete. El señor lo anima a coger más hojas. El sabor amargo de la savia de la coca se pasa con tragos de pisco. Veinte minutos después, Ven se siente con más fuerza que nunca. El oxígeno entra y sale con más fluidez por sus fosas nasales y toma la confianza suficiente para hacer la pregunta que necesita hacer:

—¿Dónde estoy?

La piel del camionero tiene dos dedos de grosor y un color canelo brillante, tanto como sus ojos, que se abren de par en par.

—En Uyuni, pues.

—¿Esto es el Perú?

El camionero le contesta, molesto:

—Bolivia, pues.

Pedro Marino no sabe cuántos días lleva en aquel hueco ni para qué, pero hoy ha dejado de sonar el rap. Ya no le importa ni la política, ni sus restaurantes, ni su empresa, ni sus hijos, ni su dinero, ni nada. Por primera vez mira a su alrededor con otros ojos y siente que aquel hueco le resulta familiar. Y el revólver, su Chola, también.

La cerveza caliente sabe a ciempiés aplastado. Está en el sur de Bolivia, en Uyuni. Una zona minera, cercana a un desierto de sal, donde alguien tuvo la delicadeza de dejarlo vivo. Tiene sed de semanas, así que le importa poco que la cerveza parezca un caldo. El camionero ha parado allí antes de regresar a la mina de la que había salido. Ven da otro trago a la cerveza y pierde la mirada a través del cristal de la puerta del bar que se anuncia como Pizzería-Pub Quechua.

En la mesa de enfrente, tres bolivianos comen carne y beben cerveza. Apenas se les escucha y apenas se les puede leer los labios. Hablan poco, y cuando lo hacen, solo un cuchicheo y una risa fugaz. Cuando quieren otra cerveza, lo único que hacen es levantar la botella en dirección a la señora, quien, sonriente, les repone.

Ven Cabreira imita el gesto. La señora le repone la botella de cerveza, pero no le sonríe. El camionero habla tan poco como Ven y hace un nuevo gesto para que le traigan comida. La señora se acerca con la cerveza y un plato de pique macho: una mezcla de cebolla, tomate y perejil coronan una camada de patata jugosa y unos trozos de carne. Pero no les sonríe.

Uno de los clientes de la mesa de al lado desaparece por el fondo del bar. Ven se queda alerta mientras su compañero come sin levantar los ojos del plato. Al rato desaparece otro y el tercero se levanta y se pone en el umbral de la puerta. Ven se levanta como un resorte en dirección a la parte trasera del restaurante. El camionero levanta al fin la vista, pero solo después se da cuenta de que en la calle hay una pelea. Intenta salir, pero el hombre en la puerta se lo impide. Es Ven, que se pega con los otros dos, que han querido robar el camión.

Al entender lo que ocurre, el camionero va a su mesa, coge la botella de cerveza y amenaza al tipo de la puerta, que se defiende interponiendo el cristal de la puerta. El camionero cambia de estrategia y con una silla rompe la ventana para salir, ignorando los gritos de la dueña.

A toda prisa, sube al camión y enciende el motor. Ven intenta deshacerse de sus agresores, pero son dos y, aunque de menor estatura que el español, con bastante más fuerza. El camionero da media vuelta y pasa a ras de ellos. Desde su ventana, tira una piedra a uno de ellos, que se queda estampado contra el suelo sobre un

charco de sangre. Ven aprovecha el desconcierto y, con el impulso de la adrenalina, se levanta y, de un gran salto, se aferra a la puerta del camión, que tira millas.

Una hora más tarde, Ven Cabreira abre lo más que puede el ojo derecho. Con el izquierdo es imposible. Toma una botella que le tiende el camionero, que no ha dejado de conducir. Da un trago largo y al cerrar la boca siente el escozor doloroso del labio roto. Por descuido se toca la nariz y el calambre de dolor lo deja petrificado. Con la reacción, automáticamente, el ojo izquierdo se abre arrastrando más dolor hasta la ceja separada por una incisión. En la radio se escucha: «Como yo sufrí nadie lo ha sufrido, como yo lloré tampoco ha llorado, dos cervecitas para empezar, y otras dos cervezas para ser feliz».

El camionero rompe el silencio para preguntarle por primera vez:

—¿De dónde viene?

Ven piensa un momento y opta por mantener la oficialidad de su pasaporte.

—Marruecos.

—Lejos, pues. Soy Pablo, pues.

—Gracias, Pablo. Yo soy Ven.

—Moro, ¿sí?

Ven asiente y calla. Y en silencio, solo con la radio de fondo, siguen kilómetros, hasta que el detective, lejos de su habitual forma de actuar, tiene que hablar primero para preguntar:

—¿Adónde vamos?

—Fuera del país, pues. La policía puede detenerme por la piedra. Al Perú. Viene, ¿sí?

No hizo falta ni contestar. Ven mira al cielo y le parece ver la estrella cuya luz es la más intensa de todas.

—¿Cómo se llamará esa estrella? —pregunta Ven en alto, sin ánimo de obtener respuesta.

Pablo suelta una de las manos del volante y la alarga hasta la guantera, de la que saca un pequeño libro que ofrece a Ven.

—Lea, pues.

Ven aún está absorto viendo el libro de astrología por fuera. Al abrirlo se despliegan mapas del firmamento. Tras una búsqueda, lee en alto:

—La estrella se llama Vega. Proviene de la palabra árabe *waqi*, que significa «caída» o «aterrizaje».

Pablo ríe mostrando los dientes manchados y cariados.

—Mora, pues, como usted.

Ven sonríe. Después cierra los ojos y sueña una luz que alumbra el camino.

El último trecho del camino Lucy lo recorre andando siguiendo las vías del tren. Empieza a llover, resbala y cae de bruces sobre el metal frío. El labio inferior no para de sangrar. Se recorre con la lengua los dientes y suspira. Los conserva todos. El jersey está empapado y, después de escupir mucho, empieza a verlo todo en amarillo. La sangre puede con ella. Se marea y pierde el conocimiento.

Los montañeros pasan de largo y solo un paisano se para a preguntar si está bien. Vuelve en sí. Se incorpora. Necesita agua para enjuagarse. Da unos pasos hasta un puesto de bebidas para los turistas, pero no tienen agua embotellada, solo refrescos y cervezas. Pide un grifo, pero la mujer que atiende el puesto se encoge de hombros. Lucy se queja de su suerte y llora. El paisano la anima a seguir.

—Hay arroyos en el camino.

En el primer charco se enjuaga y sigue andando. Repara entonces en que su nuevo compañero de viaje tiene entablillado un brazo. Se dirige, igual que ella, a Aguas Calientes.

—José Rivero de la Mata, para lo que se le ofrezca, señorita.

Tiene casi setenta años y viene del médico en la ciudad vecina, porque se está curando una mano que se cortó con una máquina de su carpintería. Lucy traga saliva. Un labio roto y un desmayo lo puede superar cualquiera, pero un par de dedos menos...

—Señor, ¿no sería mejor que regresara a casa en tren?

—Es para turistas, muy caro, señorita. Además, así veo el campo de cerquita.

Siguen andando. Lucy siente su labio más inflamado y un fuerte dolor de cabeza. José Rivero explica a la chica lo que producían las chacras que se van encontrando a cada lado del camino y de quién era cada una. Ahora la mayoría las ha comprado una empresa, que las tiene abandonadas, por lo que se teme que la intención sea hacer algo distinto a la agricultura.

De pronto se para.

—Mire —le dice señalando hacia unas rocas—. Es un bello pájaro.

Lucy hace el esfuerzo por verlo, pero no lo encuentra. El paisano se lamenta:

—Ustedes tienen unos ojos distintos a los nuestros. No ven lo

mismo.

La chaqueta de Ven Cabreira desprende polvo a cada uno de sus movimientos. Solo levantar el brazo le supone un esfuerzo inhumano. Los moratones en los muslos bajo el pantalón se dejan notar con el frío. Aún lleva la camisa manchada de sangre seca.

Acaban de llegar a Copacabana. Pero no la de los folletos turísticos en Brasil, sino la original. A orillas del Titicaca, donde se encontraba la deidad precolombina Copakawana, diosa de la fertilidad, y donde ahora se erige el templo católico a la virgen de Copacabana.

En su alargada playa, los cerdos se pasean a sus anchas comiendo lo que pillan. Los barcos de madera de los locales y algunas embarcaciones para turistas llegan hasta allí para pasar a la isla del Sol, el que fue santuario inca dedicado a Inti, el sol, y que ahora es una isla arrasada por el abandono de la agricultura y la ganadería, y la búsqueda del beneficio de los turistas, a los que cobran cinco bolivianos por entrar a sus tierras a pasear y a los que les sirven platos modernos que les gustan, como patatas fritas con kétchup.

Llegar hasta la ciudad fronteriza con el Perú no ha sido fácil, pero sí barato. Aún le quedan en el bolsillo algunos euros, que Pablo le ha dicho que necesitará más adelante. Es el viaje más silencioso que ha hecho nunca y el más agónico. Sus preguntas sin respuesta lo ahogan, pero, sobre todo, la incertidumbre de dónde estará Lucy.

En Copacabana, al igual que en otros lugares por los que ha pasado, las pizzerías son la última moda. Así que entran en una donde toman cerveza y comen pique macho. Solo los turistas se permiten pagar el precio de uno de esos platos que los italianos supieron internacionalizar a través de los Estados Unidos. Ven mira a Pablo, que come levantando de vez en cuando la vista del plato para cuidar que su camión sigue aparcado frente a la cristalera del restaurante.

—¿Tienes familia, Pablo?

—Y claro. Dos guaguas y mujer allá. —Sonriendo, con su diente de oro al aire, se mete la mano en el bolsillo para sacar la foto de familia delante de una casa de ladrillo desnudo, que el camionero señala con orgullo—. Ya está *pagá*. La hice yo y mi cuñado.

—¿Y qué vas a hacer en Perú, Pablo?

—Ganar más, pues. Tengo un camión.

A Ven se le encoge el pecho y continúa mirando cómo come quien ya siente su amigo. Pablo levanta la cabeza y al ver la mirada de Ven cree que está en la obligación de contarle cómo se puede ganar dinero. De todas formas, no cree que vaya a poder hacerle competencia. Él no tiene camión.

—Ahorita es época de trajín de quinua. Allá voy. Ahorita hay mucha quinua *pa'* la exportación. Y como echan químicos y hay que llevarlos a la chacra, pues ahí está el camión. Hay plata ahorita por allá. Y hay casas que hacer. Y ahí está el camión, pues.

Pablo cruje la lengua contra el paladar y busca el hilillo de carne que se le ha quedado entre las muelas. Fija los ojos en Ven, quien teme soltar una lágrima si le sostiene la mirada. Así que se levanta en busca de un periódico. Es *El Comercio*, del Perú. En la frontera no es extraño encontrar el diario del país vecino. Ven lo celebra y busca con avidez algo sobre Pedro Marino, pero nada. Las noticias son así, se desvanecen en pocos días. Así que fue a la parte más interesante, el horóscopo. Mientras pasa las hojas, se detiene en los clasificados y le salta a la vista el anuncio: «El padre espera en Puno».

Este es uno de los anuncios clásicos que se usaba en todas las agencias de inteligencia del mundo. Con Internet pensaba que ya estaba desfasado, pero está claro que no. Esto le recuerda a aquella maravillosa jugada de uno de sus exjefes, el mismísimo Paesa, en el Cesid, poniendo su propia esquela en el periódico. A saber dónde estará el tipo ahora. Las herramientas clásicas son eficaces. ¿Para quién sería el anuncio? Desde luego, Puno es su ciudad y no solo Lucy está allí, sino también podría ser que el padre de la gastronomía peruana, Pedro Marino. ¿Cómo es que Lucy lo supo? Ven siente el sudor frío por la frente. No es el tipo de chica preparada para estar persiguiendo secuestradores por el Perú. Son gente que va armada y esto no es ninguna película.

Ven va de un lado a otro muy nervioso. Vuelve a mirar el clasificado y el periódico. Han pasado ya varios días desde que se publicó. Ahora podría estar en cualquier lugar. O podrían estar los dos muertos. Lee el horóscopo.

«Durante este ciclo astral sigue tus corazonadas. Precaución: muchos ojos sobre ti.»

Ven baja la cabeza y siente el palpitar del corazón. Vuelve a buscar la estrella, pero las nubes la ocultan. Pablo lo mira con compasión al ver cómo la lectura da disgustos. Eso no le pasa a él, porque nunca aprendió a leer. Solo a ganarse la vida.

—Vámonos, pues.

Lucy llega a primera hora a Machu Picchu. Visita lo que queda de aquella ciudad misteriosa tantas veces vistas en los panfletos turísticos. Pero su sitio no está allí. Enfrente hay otra montaña a la que con mucho cansancio consigue encaramarse. En el pico hay más ruinas, pero más descuidadas, con un sabor más auténtico e igual de mágico. Encuentra un lugar desde el que sentarse y observar la ciudad sagrada de los incas. Los turistas van llegando, pero desde arriba son pequeños puntos que matizan las cuadriculadas calles de la que fue la más avanzada de las ciudades.

Cruza las piernas y cierra los ojos. Todo parece en paz, pero más allá del silencio de las piedras palpa la violencia, el sufrimiento y el fin de una población que se exterminó a sí misma.

Vuelve a cerrar los ojos y viene a ella la imagen de Ven Cabreira. Su mirada, su voz. Se estremece. ¿Cómo será su piel? El tacto es el sentido menos cuidado, pero es el primero que nos ayuda a reconocernos a nosotros mismos y a los demás. La idea que tenía de ese hombre ha comenzado a cambiar desde el momento en el que ha depositado sus esperanzas de huida en él. El miedo es pulsión. El amor, también. Y los dos nacen en el centro del ombligo, el lugar de donde siente el empuje para seguir, encontrarse con Ven y salir de todo aquello cuanto antes.

Es momento de llegar a Puno.

Hace días que no escribe. Solo acaricia la Chola y piensa: «¿Y si el revólver no ha sido enviado por Dios, sino por el Demonio? ¿Y si está a las Puertas del Infierno?».

La mugre ya cubre su cuerpo.

Juega girando el tambor de la Chola. Apoya el cañón en la sien. Presiona el gatillo.

Un ruido seco.

No hay bala.

«Dios está conmigo.»

El altiplano es de una belleza austera. Montañas a los lados y llanos. En el fondo del valle sobresalen los penachos de unas plantas marrones, amarillas y rojas.

—¿Qué es eso, Pablo?

El camionero lo mira sorprendido, sin entender cómo no reconoce esas plantas.

—Quinua, pues.

Las chacras se suceden y los ojos de Ven se quedan hipnotizados por los colores de las panochas y la suavidad de los racimos donde se alojan los granos de oro. Las poblaciones son dispersas, pero parece que están floreciendo. El camionero hace su primera parada en uno de los almacenes de agroquímicos. Allí hay un par de camioneros más esperando. Ven se baja y echa un vistazo. El metal limpio y brillante de la puerta de entrada le devuelve la imagen de un tipo abandonado. El bigote casi se le pierde en la sombra de una barba cada vez más blanca, está despeinado y las ropas parecen harapos. Da un paseo en busca de un baño y de una ducha, pero al franquear la puerta metálica solo encuentra un gran almacén lleno de cajas.

Ven se pasea entre grandes envases con logos verdes con hojitas que parecen frescos, y tan naturales como las plantas. El detective pone cara de interés y se dirige a la oficina. En la radio suenan las noticias:

«Luego de que esta semana la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) planteara que no se puede descartar el uso de transgénicos para erradicar el hambre en América Latina y el Caribe, el Gobierno peruano y algunos expertos aseguraron que la propuesta no sería aplicable en el Perú, siempre y cuando no se modifique la moratoria de diez años que vence en el 2022.»

Un joven bien vestido está detrás de la mesa de la oficina. Escucha atento la notica hasta que levanta la vista y pregunta:

—¿Le puedo ayudar?

Ven se sobresalta. Pero mira a su lado, un hombre vestido con camisa de botones que parece más terrateniente que campesino es el que ha llamado la atención del joven, que sale de la oficina y se acerca a él.

—Dígame.

—No sé cuál llevar —le dice él, como si estuviera comprando un jersey.

El chico, que parece recién incorporado a la empresa, entra con entusiasmo en su papel de vendedor.

—Yo que usted me llevaba los dos. El clorpirifós es un muy buen insecticida, mientras que el propamocarb es el fungicida perfecto para evitar el mildiu. Pero si tiene que optar por uno, yo me llevaría el insecticida porque parece que hay plaga que viene caminando desde la costa.

Ven no entiende nada, pero está claro que habla de venenos como si fueran perfumes. Busca la puerta del baño mientras ve cómo se acerca una mujer ataviada con su pollera tradicional, una amplia falda de tela. Con decisión, interviene en la conversación que mantienen el dependiente y el comprador.

—Esa plaga la metieron los mismos de los químicos. Dieron semillas al Gobierno para regalar allá en la costa y mire ahora. Estamos vendidos. Antes solo hacía falta sembrar la semilla, ahorita hay que gastar en agua y en químicos, y no ganamos más.

La mujer parece que abre un tema de debate interesante, porque otro campesino se acerca y comenta:

—Y dicen que una partida de quinua de Lambayeque allá en la costa ya fue rechazada en los Estados Unidos por tener químicos.

En el almacén se monta un revuelo y de la nada surge una asamblea campesina improvisada.

—El precio de la quinua está bajando por todo esto.

Un hombre de mediana edad vestido con vaqueros, al que la gente llama «ingeniero», se sube a una caja.

—Escuchen, amigos. El precio no va a bajar. El Gobierno ya está en conversaciones y esto se va a arreglar. La Agencia de Alimentos y Medicamentos de los Estados Unidos, llamada FDA, está a puntito de ampliar la lista de plaguicidas permitidos para la exportación de quinua en granos desde el Perú. No se preocupen, y recuerden lo que han ganado hasta ahorita.

Muchos se dan la vuelta tras escuchar esto. Uno de los agricultores eleva su voz.

—Sí, pero esto no era. Marino nos había prometido otra cosa.

Ven se pone alerta al escuchar el nombre, al igual que el ingeniero, que baja de la caja y se aparta con el campesino.

—Marino ya no está. Ahora incluso ganaremos más. No hay de qué preocuparse.

El campesino baja la cabeza y el ingeniero vuelve a encaramarse a la caja para continuar con la perorata.

—Les enviaremos a los ingenieros genéticos a sus chacras. Ellos estudiarán las variedades de quinua para conservarla. No hay nada que temer.

Esta última frase es la que se dice cuando en realidad se quiere decir todo lo contrario. Puede que los campesinos no sepan leer, pero saben que tienen derecho a saber más. Así que preguntan, opinan y discuten. El joven defiende.

Ven por fin encuentra la puerta del lavabo. Es amplio y tiene ducha y taquillas. Con habilidad, fuerza la portezuela de una taquilla y extrae de ella la ropa. Encuentra un pantalón amplio y una camisa blanca; no son su talla. Se mira al espejo y se da cuenta de que ha adelgazado. La barba no le sienta mal, pero él es un tío de bigote. Rebusca hasta encontrar una maquinilla. Embadurna su cara con jabón y se afeita con delicadeza. Huele a limpio, como en casa.

Recuerda que quizás, a la vuelta, ya no la tenga. Necesita revisar su correo para estar al tanto de las gestiones del Gitano. Así que regresa a la oficina del joven, que continúa debatiendo con los campesinos. Cruza los dedos y confía poder entrar a su correo electrónico. Se sienta a toda pastilla delante del ordenador. No está protegido y está conectado a Internet. Accede a su *mail* introduciendo usuario y contraseña. Entre el *spam* encuentra la contestación que esperaba, aunque no las palabras que deseaba.

«Ven, el desahucio sigue su curso. Está jodido. Para recuperar tu casa tienes que poner tanta pasta como para comprarte una nueva.»

Mierda. Cierra el puño y está a punto de golpear la mesa cagándose en el Jeta, pero se muerde los labios.

«Por cierto, la foto de la gatita que me enviaste responde al pseudónimo de Barbie Killer en las redes. Mucha metralla, amigo. En un adjunto te pongo algo de lo que recopiló el *hacker*. Por cierto, la cuenta no te la perdono. También te envío la factura.»

Ven mira fuera, cruza de nuevo los dedos y se arriesga. La impresora empieza a rugir manchando el papel. Por inercia, se agacha. Vuelve a incorporarse y mira. Afuera sigue el debate. Se han establecido turnos de palabra. La impresora escupe los últimos chorros de tinta. Son tres folios, que dobla y se guarda en el bolsillo.

El joven ha dado fin a la asamblea improvisada. Un par de agricultores salen a la calle, el resto sigue buscando entre las cajas sus químicos y susurrando lo que aún les queda por decir en voz alta, si alguien quisiera escucharlos.

En el momento que Ven sale del almacén, Pablo lo mira de

arriba abajo y sin decir nada arranca el camión. Tiene un traslado de mercancía. El detective lo ayuda a cargar. Se siente mejor que nunca, ya no hay rastro de la lumbalgia y tampoco le duelen los golpes. Le da fuerza ver a un hombre honesto como él, trabajando sin queja.

Se mete en la cabina, junto con el dueño de la mercancía, y se deja llevar por la cadencia del movimiento del camión, que sortea los baches del camino mientras su cerebro salta sobre ellos. En un cruce ve el cartel que anuncia la cooperativa de la que hablaba el ingeniero.

—Pablo, déjeme aquí. Voy a pedir trabajo aquí mismo.

Los frenos del camión chirrían. Ven abre la puerta y mira a su amigo, que le sonríe con el diente de oro.

—Tenga suerte, Moro, pues.

Ven se queda estupefacto al escuchar en boca de Pablo su nuevo apodo y le sorprende que use una palabra habitual en España. «Qué lejos y qué cerca estamos», piensa.

El camión retoma el camino de baches a través del que se gana la vida.

Lucy pregunta por Manuel en una de las cooperativas de Puno. Nadie sabe dónde está, «las cosas andan revueltas», le dicen.

—Pero en el Partido, un campo más allá de Chacra Grande, hay reunión. Allá van los del sindicato y sabrán de él.

En la reunión hay revuelo. Los precios de la quinua no son los prometidos y el de los químicos ha subido. Quieren plantar cara.

Un campesino comienza a hablar. Lucy lo identifica. Es Manuel. Se acerca y él la reconoce. Explica cómo las empresas en Europa y en los Estados Unidos se han hecho con el *copyright* de las semillas y el peligro que puede suponer para ellos que esto ocurra con su quinua. Tendrán que pagar por plantar, lo que siempre ha sido un patrimonio del altiplano. Además, tarde o temprano harán también semillas transgénicas, que en lugar de liberarlos de los agroquímicos los harán más dependientes y más débiles si afectan al ecosistema, especialmente a las abejas, polinizadoras naturales.

La audiencia se queda en silencio y Manuel invita a Lucy a subir al estrado.

—Esta señorita es periodista en Europa y en los Estados Unidos y les puede contar lo que está pasando con el choclo.

Lucy sube a su lado y cuenta lo que sabe.

Ven se acerca a la cooperativa. La estructura exterior es similar a la del almacén, pero aún más grande y con unos grandes silos en la parte trasera. La puerta de acceso es tan alta que le parece entrar en la barriga de una ballena de hojalata. El ruido de máquinas y el polvo ocupan el espacio dedicado a la obtención del grano de quinua. Anda despacio, pero con actitud de saber lo que quiere. Eso es lo importante, como le dijo aquella pija del barrio de Salamanca.

Alguien se acerca y le tiende la mano.

—Es usted ingeniero, ¿verdad?

Ven asiente.

—Encantado. Me dijeron que vendría en estos días. Espere un momento por aquí, que aviso al licenciado para que le explique todo y le acompañe.

Ven sigue el juego y hace tiempo observando con interés las máquinas. Da una vuelta y se sitúa tras unas cajas en las que ve el mismo dibujo de hoja verde que en el almacén de agroquímicos. Escucha acercarse a dos personas. El encargado se acerca a ellos. Hablan casi en un susurro, pero Ven no ha olvidado una de sus grandes habilidades, leer los labios.

—Tenemos un problema.

—¿La chica?

—Está en el hueco.

—Concha tu madre.

La angustia se vuelve fuego en su interior hasta arrebatarle la cara y tiene que morderse el labio para no emitir el nombre de Lucy en forma de alarido. Ven mantiene los ojos abiertos y sigue leyendo los labios. No puede bajar ahora la guardia.

Se agarra fuerte el puño derecho con la mano izquierda y se fija con atención en el grupo que sigue sin verlo.

Parece entender que el encargado le pregunta dónde está. Ahora pone toda su atención en leer los labios: Chacra Grande.

—Señor ingeniero, soy el licenciado Gustavo. Le esperábamos mañana.

Ven gira la cabeza y repite lo que acaba de descifrar.

—Chacra Grande.

—¿Chacra Grande? ¿Comenzamos por ahí, ingeniero?

El detective asiente y el licenciado Gustavo lo dirige al todoterreno.

—Es la más alejada. Es un terreno experimental, pero hace tiempo que no se usa. Es una pena que empecemos por el peor sitio para el *jeep*. Acabo de cambiarle los amortiguadores.

Ven no contesta y se limita a sentarse en el asiento del copiloto. El chico arranca y en pocos kilómetros deja la carretera asfaltada para entrar por una pista de tierra que desemboca en un pedregal. El licenciado comienza una larga disertación sobre los amortiguadores del *jeep*, pero ante la indiferencia de Ven, se queda callado. Pasan unos minutos y el joven se decide a sacar el tema que de verdad le interesa:

—Y dígame, ingeniero, ¿van a hacer una barrida de todas las variedades genéticas de quinua?

Ven asiente.

—Caramba, ingeniero, ¿y harán transgénicos de quinua? ¡Claro! Para eso vamos al campo experimental. Allí es buen sitio para probar.

Ven lo mira inexpresivo y el chico cuanto más se quiere explicar más información le revela al detective.

—Bueno, disculpe, quizás haya sido una indiscreción, pero su empresa es una de las más potentes en ingeniería genética, así que me imagino yo que tanto dato será para eso.

A Ven no le sale una palabra. Solo piensa en Lucy y en esa frase: «La chica está en el hueco». ¿Ha llegado tarde, como tantas veces en su vida? ¿Ha fallado de nuevo? No quiere pensar, pero le resulta inevitable que la imagen de Lucy y su alegría vuelvan una y otra vez a su pantalla mental.

—Yo creo que el próximo transgénico que sacarán será la quinua resistente al mildiu.

Ven asiente e intenta disimular sus ojos acuosos mirando a través de la ventanilla. Si pudiera, le daría un puñetazo al chico para que se callara. Pero el joven, ajeno a su soporífero monólogo, continúa.

—¡Claro! Así también se podría sembrar en cualquier parte. Hasta en África, y acabar con el hambre del mundo. ¡Hasta en la FAO ya lo dicen! Claro, que para eso les pagan, que para eso están los patronos y las fundaciones.

El detective lo mira con cara desesperada.

—¿No se puede ir más deprisa?

—Hay que cuidar los amortiguadores del vehículo, señor ingeniero.

Así que, después de botar de bache en bache por espacio de tres horas, el joven frena con brusquedad y emplea toda la fuerza del

mundo en echar el freno de mano al todoterreno. Ven salta al campo buscando una sola cosa: rastros de tierra removida.

Otea parte del terreno que lo rodea y pide una pala al chico. Coge una del todoterreno y al rato lo imita cogiendo otra.

A lo lejos, decenas de cabecitas se van acercando. Ven apenas levanta los ojos de la tierra. El joven sigue cavando y hablando. Aguza la vista y alerta a su compañero:

—Ingeniero, usted tiene que saber que algunos campesinos no lo ven con buenos ojos, y se lo digo porque por allí estoy viendo algunos que vienen que a lo mejor no lo quieren demasiado.

Ven sigue cavando con desesperación, sin palabras, sin gestos. Los campesinos van llegando de todos los puntos. Uno joven e instruido ha hecho una pancarta con el cartón de una caja de fitosanitario contra esa multinacional que les ha cambiado su forma de vida de la quinua. Empiezan a rodearlo y a coger piedras en las manos. Los campesinos vienen con sus familias y una madre lleva la foto de su hijo muerto; ingirió un maldito agroquímico por equivocación. Ven cava con más intensidad y el joven tira la pala y se pone detrás de la barrera esperando lo peor. Los campesinos se mantienen en silencio observando a Ven Cabreira.

El detective ya no puede verlos. Las lágrimas que contienen sus ojos se lo impiden. Acaba de descubrir un cuerpo enterrado.

La última esperanza se desvanece.

Pedro Marino abre los ojos al escuchar el mecanismo por el que le dan la comida. Abre la pequeña compuerta.

Empuña la pequeña pistola y grita, pero nadie contesta. Igual que siempre.

Pero hoy hay varias novedades. El plato no contiene arroz con pollo. Es *pesq'e* de quinua, una mezcla nutritiva de quinua cocida con leche, mantequilla y queso fresco.

Además, hoy tiene un vaso que no es agua. Es chicha morada. Se la lleva a los labios, cierra los ojos y se concentra en el sabor. No es la que venden embotellada. Es casera y está hecha de maíz morado, manzana, azúcar y clavo de olor.

Está en Puno. No hay duda. La comida habla.

Un murmullo rompe el silencio seco de Chacra Grande. El aleteo de cientos de insectos se comienzan a esparcir por la tierra. Se frotan las patitas, desde las que succionan el alimento. Ciegos, reptan y devoran. Nerviosos, se enfrentan a la luz que deja entrever cada movimiento de la tierra.

La pala desnuda al guiñapo enterrado. Ven Cabreira se acerca, inspira fuerte y pese a la putrefacción no consigue oler nada. Repite para sí mismo: «No, no, no». Ha vuelto a perder el sentido del olfato, pero no la razón. Pese a la descomposición, ese cadáver no parece el de una chica.

Los campesinos dejan caer las piedras. Miran incrédulos y, en silencio, siguen escuchando solo a los insectos que hablan de muerte, de asesinato y de corrupción. Hace unos meses que desapareció Pedro *el sindicalista*. Muchos dijeron que se había ido a la ciudad y otros que la multinacional le había dado lo suficiente como para marcharse a la costa. Nadie dijo nada, excepto su novia, que lo reclamó hasta que un día ya no se la volvió a ver.

Ya nadie lo echaba de menos, pero Ven acaba de encontrarlo ante los ya cientos de ojos de campesinos que fueron llegando. Entre ellos, una joven arropada con uno de esos ponchos de colores y una gorra. El detective se aparta y grita:

—¡Sigan buscando! ¡Por aquí tiene que estar también una chica!

Los campesinos se llevan las manos a la cabeza. Algunos lloran. Saben que debe de ser la novia del sindicalista. Pero Ven aún no las tiene todas consigo. Podría ser Lucy. Cansado, se aparta y llora en silencio.

El licenciado Gustavo, como una culebra, repta hacia atrás buscando la salida a la vez que se aferra a su teléfono móvil, que hace un buen rato que tiene pegado a la oreja. A cierta distancia se escucha cómo se acerca un todoterreno.

La chica del poncho de colores se acerca a Ven y en un susurro le dice:

—¡Soy yo!

Ven abre los ojos y descubre la mirada de Lucy. La coge del brazo y a toda prisa se dirige al todoterreno. Gustavo se interpone, pero de fondo un hombre grita unas palabras en quechua. En un momento, el joven licenciado es inmovilizado por los campesinos. Ven se monta en el *jeep* y Lucy, a su lado, levanta la mano para

despedirse. Con la otra se toca el corazón mientras Ven absorbe los mocos desatascados por las lágrimas y, con un desgarro de garganta, los escupe al suelo por la ventanilla. Acelera y las ruedas levantan una polvareda tras la que se pierde el *jeep* a toda velocidad por el camino de tierra por el que han venido sin importarle lo más mínimo los nuevos amortiguadores.

En Puno, Ven deja el *jeep* en la estación de autobuses, pero en lugar de tomar uno invita a Lucy a integrarse con un grupo de turistas. Esperan el barco para ir a Urus, una de las islas del Titicaca hecha con juncos.

El cielo está más azul que nunca y el Titicaca es un lago épico que, en esos años en los que la educación era memorizar, en la escuela hacían repetir a los niños sobre un mapa físico.

El barco avanza lento por el agua del lago. El sonido de los remos que entran y salen del agua para que la embarcación avance son hipnóticos. Pierden en silencio la mirada en la estela que dibuja la embarcación y esperan a estar solos para hablar.

Se bajan en una de esas islas hechas por los propios habitantes a base de juncos o totoras. Sobre ella hay un bar en el que se sirve al suave y lento ritmo de las olas onduladas del lago.

El camarero les trae una Cusqueña y Lucy acaricia con sus dedos la reproducción de los ladrillos incas que hace tan poco tocó como talismán. Ven pone la mano sobre la mesa y ella le acerca la suya. Se aprietan fuerte y cierran los ojos. En el chiringuito suena un sintetizador, una voz dulce y un estribillo: «Si te mueres mañana no te quedes con ganas de *na'*, con ganas de *na'*, con ganas de *na'*». Es Kanaku y el Tigre.

Ven abre los ojos y se encuentra con los de Lucy, que le susurra:

—Gracias. Te llegó mi telegrama, ¿verdad?

Ven asiente. La alegre muchacha de escote pecoso que conoció ha perdido su bella cascada de rizos. Tiene el pelo corto y oculto bajo la gorra. Bajo el poncho de colores, lleva un jersey de alpaca tejido demasiado amplio para su delgadez. Pero su sonrisa es franca y limpia, como siempre. Tiene ganas de abrazarla, pero se siente cohibido. Su mano bajo la de ella alimenta el calor de su pecho, pero en un acceso de timidez la retira.

Lucy le sonríe. El investigador se muerde el bigote, está feliz, pero no dice nada. No encuentra palabras. «Puta timidez», piensa.

Lucy relata su viaje desde Lima hasta Puno, pasando por Cuzco y Machu Picchu, sin ahorrarle ningún detalle sobre lo que vio, las amenazas que ha recibido y la eliminación de su perfil en Internet, así como de sus sospechas. Al terminar saca un cigarrillo. Lo enciende con ceremonia y belleza inclinando la cara y protegiendo la llama con la mano. El investigador siente el pálpito inconfundible

del amor. Le gustaría quitarle el cigarrillo y acariciarle la cara con la mano. Darle una calada y volver a entregárselo. Está orgulloso de la valentía que ha mostrado. El sol brilla y el lago Titicaca les regala calidez y placidez, pero Lucy continúa vistiendo su poncho.

—¿Tienes frío?

Lucy asiente.

—Sé lo que dices, yo también tuve que sufrir varias noches a la intemperie del altiplano.

—¿No acabas de llegar, entonces?

Ven se muerde el bigote antes de contarle su llegada a Lima, las entrevistas y luego las palizas, el secuestro, el salar de Uyuni y el camionero boliviano que le salvó el pellejo. Después, su visita al almacén de agroquímicos, la cooperativa y la conversación que lo lleva a Chacra Grande, donde se han encontrado.

—Pensé que eras tú la que estaba enterrada allí.

Lucy pierde la mirada acariciando la botella de cerveza mientras desnuda su alma con palabras.

—Pudieron matarme muchas veces, pero creo que solo me han querido asustar. Es mucho más fácil matar a pobre gente que molesta porque se hace preguntas y que solo se los echa de menos en la pequeña comunidad en la que viven. Mientras, en Europa nos comemos una moda sin preguntarnos nada, sin pensar en lo que hay detrás. Espero poder contar todo esto.

—Lo harás siempre que escapes a tiempo. Ahora sabes demasiado y yo sé lo que tú sabes y lo estoy investigando.

—¿Lo estás investigando?

—Las hijas de Pedro Marino me lo encargaron a través de la agencia del Jeta, que ahora está especializada en temas de gastronomía, pero luego volví a contactar con Lena y me dijo que no quería que siguiera con el tema.

Lucy abre los ojos sorprendida.

—Joder, pues no me dijo nada. Conocí a Lena en Lima. Parecía afectada. También conocí a su hermana, una bella...

—Barbie.

—¡Sí! ¡Eso es!

Ven da un trago largo a su cerveza y se mete la mano en el bolsillo y saca los papeles que imprimió en el despacho del almacén de agroquímicos.

—Se hace llamar «Barbie Killer». Un amigo de un amigo me envió algunos de sus mensajes. Parece que están acompañados por fotos que no tienen desperdicio. En todas mata a Ken y no de forma demasiado limpia. Las publica en su historia de Snapchat.

—Conozco esa red en la que los mensajes duran veinticuatro horas y luego se esfuman.

—Como ves, en Internet nada se esfuma —dice sacando los papeles que había impreso—. Aún no he tenido tiempo de leerlos todos, pero la chica promete. Escribe cada frase sobre una foto, pero se pueden leer seguidas, así que están pensadas: «Siempre deseé la muerte del padre. Busqué su nombre en las noticias de asesinatos y accidentes. Sé que su muerte está cerca. Solo espero mirar esa cara inerte».

Lucy se muerde los labios.

—Uno no siempre cree lo que escribe. Además, parece muy artístico, ¿no crees? Barbie Killer me suena. Me parece que una fotógrafa tiene un proyecto así en la que tu adorada Barbie se convierte en una *serial killer*.

Ven se ruboriza. Pensaba que Lucy ya había olvidado la debilidad que tenía por esa muñeca.

—Podría ser, pero la inspiración supongo que no viene de su amor al padre. Tampoco le tiene mucho aprecio su hijo Alberto, que vive en Nueva York.

—Típico hombre severo y frío con sus hijos en casa, que en público prodiga el amor paternal con la sociedad. Pura incoherencia.

—Así es la política —apostilla Ven.

—Paternalismo puro —completa Lucy.

El camarero del bar se acerca.

—La cocinera recién hizo un cebiche, por si les es de su gusto.

Piden otro par de cervezas y el cebiche para compartir. El camarero no entiende por qué quieren comer del mismo plato, pero como son turistas todo vale. Les cobrará como si fueran dos platos.

Ven inspira fuerte y siente de nuevo el aroma. El verde del lago, la cerveza y, por primera vez, el olor de Lucy. Almendras y bergamota. ¡Su olfato ha vuelto de nuevo! La angustia se lo quita y la alegría se lo devuelve. Cierra los ojos memorizando este instante para los momentos bajos en los que tenga que recrear a qué huele la felicidad.

La comida y la bebida llegan con la calma de las ondas del lago. Con parsimonia, abre la cerveza, y el camarero, por fin, trae el plato de pescado finamente cortado y aromatizado con lima. Los dos se lanzan a él y, con el primer bocado, Lucy sentencia:

—Es el mejor que he probado nunca. La tersura del pescado recién pescado con la caricia del ácido de la lima.

Ven cierra los ojos.

—Huele a Titicaca. No hay cocinero, por muchas estrellas que tenga, que pueda igualar esto.

Lucy abre mucho los ojos y salta a su lado, emocionada para abrazarlo.

—¡Has recuperado el olfato!

Ven asiente y le susurra, como si fuera el secreto mejor guardado de la NASA:

—Va y viene. Ahora me acaba de volver.

Lucy lo festeja aplaudiendo al aire y brindando con su botella de Cusqueña.

Terminan de comer y se cierne el silencio, hasta que Ven lo rompe.

—Tienes que irte.

Lucy le clava los ojos.

—¿Adónde?

—A Madrid.

—Ni hablar. Tenemos que encontrar a Marino.

—Lucy, ahora tienes que salvar el pellejo. Desconocemos quién lo puede estar reteniendo, pero sabemos que aquí no tienen demasiados escrúpulos. Yo me quedaré y seguiré con la investigación hasta el final.

—Ni hablar, yo me quedo contigo.

—No es sitio para ti.

—Deja el paternalismo conmigo.

Ven se queda paralizado. Le ha salido su lado más odioso, el del padre, ese que también él odia. Parece como si todos lo lleváramos incrustado en el ADN. Para matar al padre hay que matar el que está dentro de ti.

—Ven —continúa Lucy con ternura, acercando de nuevo su mano a la de él—, mejor juntos que separados.

Hay palabras que en lugar de pronunciarse se disparan y en ocasiones son más certeras que las balas. Las de Lucy le habían alcanzado el centro del pecho. Seguía enamorado hasta las trancas de ella y le daba igual que le fueran las tías y no los hombres, porque ella por primera vez tenía su mano sobre la de él, hablando de estar «juntos» aunque fuera en una investigación. Esta ola no podía dejarla escapar. Era el momento de cabalgarla. La vida es surf.

Mira al camarero y, en caliente, recuerda la anécdota que le contó WW sobre aquel ordenador perdido y encontrado.

—Lucy, si Marino está aquí, esta gente lo tiene que saber. El Titicaca es llano, limpio y silencioso, pero sus pobladores están en

todas partes con sus barcas buscándose la vida.

Lucy lo mira rastreando sus ojos, pero él ya está en la barra del restaurante al aire libre sacando los euros que le quedan para pagar. Habla un largo rato con el camarero, mientras ella los observa. No cree que hablen del tiempo, allí siempre brilla el sol.

El camarero desaparece y Ven se acerca a Lucy sonriente. La toma de una mano y la lleva detrás del chiringuito. Allí está el camarero, esperándolos en una embarcación, pero no de juncos y colores con las que se pasean los turistas, sino a motor.

Aún tiene el sabor de la chicha y del *pesq'e* en los labios. Ahora le gustaría escuchar el rap. Sería un alivio para poder dejar de escuchar los gritos de su alma. Está encerrado en su propia tumba y quizás esta ha sido su última cena, pero no la que hubiese deseado, acompañado por su familia con el cebiche de su esposa —el de su madre era mejor, pero falleció hace varios años— y dando las últimas voluntades para que todo pueda seguir funcionando sin él.

Acaricia la pistola.

Dios le dará otra oportunidad.

CAPÍTULO IV

Matar al padre

—¿Adónde vamos?

Ven se mantiene en silencio y contesta el camarero al mando de la pequeña motora que vuela sobre las aguas del Titicaca.

—Señorita, en media hora llegamos allá.

—¿Adónde es allá?

—A la chacra del padre.

—¿Del padre? ¿Te refieres a Pedro Marino? —El barquero asiente y Lucy mira a Ven—. ¿Cuál es el plan?

—Vigilaremos a ver qué pasa. Quién entra y quién sale. La gente aquí ha visto movimiento, ¿verdad, Rosón?

El camarero y barquero asiente.

—Además —continúa Ven—, Rosón me ha contado que esa chacra es especial, no solo por sus propietarios, sino porque alberga en su interior un refugio.

—¿Y eso? —pregunta Lucy, alucinada.

—Mi papá trabajó en la chacra hace unos años y, aunque los obreros eran de Lima, él pudo ver algo. Dicen que vino un arquitecto de España para hacer un búnker, uno de esos para escapar del fin del mundo.

—Sí, el del 2012, anunciado por los mayas. Muchos «survivalistas» retomaron la moda del Telón de Acero y se reactivó la construcción de refugios —completa Lucy.

—Cojudeces de gente con plata —dice Rosón, y ríen los tres.

Ven y Lucy se miran y se entienden sin hablar. Puede que estén cerca y, aunque los minutos se deslizan lo mismo que la motora por las aguas ahora verdosas del Titicaca, tienen prisa por llegar. Van en silencio, entre el olor de la gasolina y el de las algas del lago.

Ven vuelve a mirar a Lucy. Aquella chica dulce que inspiraba sus sueños ha muerto. Y con ella, una parte de él. Pero presiente que ha nacido otra que admira y ama aún más.

—Ahí está —dice el guía, mientras señala una inmensa área de cultivo.

Lucy se lleva la mano a la boca. Es demasiado amplio para explorar a pie.

—Ven, ¿tienes un móvil con Internet?

—No, el último que me compré creo que lo debe de tener un taxista en Madrid.

—Señorita, ¿le vale este? —le dice el barquero, sonriendo y

enseñando un diente de oro, mientras le muestra un móvil de última generación—. Acá también estamos conectados.

Lucy lo mira con mucho respeto y toma entre sus manos el móvil como si fuera un milagro. De inmediato, se pone a trabajar con el geolocalizador en Google Maps. Pasa el mapa a la visión fotográfica y… *voilà*: la chacra en visión aérea.

—A ver, si tuviéramos que construir un búnker en esta área, ¿dónde lo haríamos? —Lucy mueve con agilidad los dedos, los ojos y las neuronas—. Tiene que ser algo casi insignificante a la altura de la tierra pero que permita la entrada.

Ven analiza el mapa de Google recordando su tiempo en los servicios secretos. Él mismo estuvo en uno de esos refugios construidos en España por un catalán llamado Antonio Alcahud. Creó una empresa allá en los años ochenta para este tipo de construcciones, ABQ. Le cuadra a la perfección que haya sido él mismo el que haya construido el de Marino. Si es así, puede acercarse más, porque lo conoce y empieza a pensar cómo él buscaría esa zona idónea en el terreno. También sabe que entrar es muy complejo. Estos refugios tienen como mínimo dos compuertas de hormigón armado y, depende de la profundidad, el acceso puede ser bastante complicado. Pero no comenta nada. Sabe que solo podrá entrar si los que están dentro lo acompañan, y eso será porque se lo lleven con él, de manera que hay que provocarlos. Tampoco será fácil salir. Señala el mapa.

—Aquí podría ser. Llévanos hasta allí, Rosón.

El agua del gran lago Titicaca balancea muy suavemente la motora. Ven observa ahora la costa y la lee como si fuera un libro abierto. Señala un punto.

—Podríamos desembarcar por allí y explorar esta parte. Pero antes deberíamos ocultarnos y observar los movimientos. Si alguien nos descubre, diremos que estamos haciendo turismo rural comunitario en Urus y que Rosón nos ha traído a visitar la zona.

—¿Y si nos ven parados?

—Simularemos que queríamos descansar.

—Eso siempre que pregunten antes de disparar —añade Lucy.

El barquero interviene:

—Amigo, el precio no incluye ni desembarco ni espera. —Ven hace el gesto de tirar el móvil por la borda. El barquero grita—: ¡Pare!

—Seguro que se te ocurre algún lugar desde el que podamos ver sin ser vistos. La compensación te llegará, descuida.

El joven asiente.

—Está bien, pero devuélvamelo.

Ven hace el gesto de entregárselo, pero Lucy se adelanta.

—Lo conservaré yo, hasta que acabemos.

El chico no disimula su enfado.

—Está bien, pero guárdelo en este plástico, por si se le cae al agua.

Apaga el motor para evitar llamar la atención por el ruido y coge unos remos para acercarse a unos peñascos desde los que se podría observar la costa. Los tres en silencio. De pronto escuchan una motora que se acerca a toda velocidad. Les gustaría esconderse, fundirse con el lago y ser agua, pero las dotes místicas de los legendarios monjes Shaolin Kung Fu nunca fueron su fuerte. Ven hace un gesto y Lucy se desliza por la borda. El agua está helada, pero ella entiende al instante que solo la propia barca puede ocultarlos. Lucy espera al resto, pero no saltan. La motora que continúa en dirección hacia ellos, ahora a una velocidad mucho más suave, les ha hecho una señal.

El silencio del lago se rompe con un silbido de bala. Tras el silbido, el desgarro de la carne que se abre y el crujir del hueso que se rompe. Después, el sonido de un cuerpo al agua.

Pedro Marino clava las rodillas en el suelo. Reza con la pistola en el pecho y vuelve a sonar el rap. La música le recuerda algo familiar, cercano. Sigue rezando y llora. Primero se seca las lágrimas para que nadie lo vea. Luego llora como nunca antes se había permitido.

Las vibraciones de la lancha que retoma la marcha para acercarse hacen tiritar a Lucy. No sabe quién ha caído al agua de los dos hombres. Se sumerge y, con los ojos bien abiertos, intenta descifrarlo, pero un hilo rojo de sangre se lo impide. El aire de sus pulmones se acaba. Sale a la superficie y el ruido del motor es más fuerte y cercano. En un susurro, escucha:

—Lucy, quédate escondida.

Es Ven, así que el cuerpo en el agua debe de ser Rosón. Da gracias al cielo mirando hacia arriba y cogiendo todo el aire que puede. Se sumerge de nuevo con los ojos bien abiertos. Lanza un brazo con el que engancha el pecho del joven barquero, al que saca a la superficie del lago. Lucy se coge de un cabo y escucha a Ven gritando:

—Haya paz, haya paz, amigos.

La motora ha parado. En ella, Ven cree reconocer a un jovencito que juraría que fue el que le dio el golpe en la cabeza antes de meterlo en el coche que lo llevó al desierto en el que se despertó.

La motora vuelve a arrancar y Lucy escucha:

—Síganos a la costa dando remo.

La chica se engancha bien cogiendo el cuerpo herido del barquero, que es ágil y enjuto. Mira al cielo azul y limpio que antes le parecía libertad y ahora encierro, y se repite interiormente el mantra: «Saldremos de esta, saldremos de esta».

—Siga recto, carajo.

Ven hace caso omiso para poder dejar la barca entre unas rocas a cierta profundidad con objeto de que Lucy se pueda esconder mejor. Afortunadamente está en el lado derecho de la barca y la motora lo ve desde el izquierdo.

—¡Bájese ya! —le grita el joven, saltando de la motora al agua.

Lucy cuenta tres para no mover ni un músculo. El cuerpo del chico no se ha movido en ningún momento, pero confía en reanimarlo en cuanto pueda. Mira al agua. Mierda. El rastro de la sangre.

Escucha cómo Ven se tira al agua también y se aleja de la barca. La motora se acerca, lentamente, pero poco.

—Cuidado esas rocas —dice otro hombre.

—Acércate un poco más, parece que veo algo —dice la voz de una mujer—. Sí, allí en el agua.

Lucy siente un sobresalto y, rápido, se cubre con el cadáver de Rosón.

Ven sale del agua y no puede evitar mirar atrás. Detrás de él, un tipo lo apunta con una pistola, pero más allá ve la barcaza que ha dejado como refugio de Lucy y la motora acercándose. Sus mandíbulas chirrían y gira la cabeza al mismo tiempo que el hombre que lo apunta dirige su arma hacia donde se refugia Lucy y dispara. A Ven se le escapa un alarido. El matón ríe.

—Compadre, ni la llore porque no la volverá a ver.

Ven arrastra los pies por la arena fina de la playa. El sol da fuerte y mira al cielo en búsqueda de una buena estrella que no aparece. Solo desea morir. No podrá perdonarse nunca haber mirado atrás. El pistolero, como si leyera su mente, le golpea la cabeza con fuerza al tiempo que le grita: «¡Huevón!».

Ven despierta con los ojos tapados, las manos atadas y la boca cerrada. Está sobre una superficie plana, podría ser su ataúd, pero está vivo y es posible que sea una cama. Inspira y huele. Hay algo podrido a su alrededor, humedad, mierda. Su olfato esta vez tampoco ha muerto. Es el interior del búnker.

Escucha ecos de voces bajo un machacón disco de rap que suena. Está inmovilizado y podría parecer viejo, pero ha pasado de querer morirse a sentir tanto odio como para matar al hijo de puta que ha acabado con Lucy.

El cuerpo es mente, y la suya está ahora en vengarse y salir de allí y con Marino. Luego se podrá morir en paz.

Imagina cómo puede ser el búnker. Varias habitaciones con literas. Seguramente, una separada con baño para el propietario. Un comedor común, una cocina, una despensa y una zona de servicios. A él lo deben de haber dejado en la primera habitación que se encuentra en este tipo de refugios y que está destinada a la «descontaminación». Es un búnker con altavoces desde los que se oye, en este caso, la música. Debe de tener una zona de operaciones, además de los consabidos grupos electrógenos y depósitos de combustible y agua, salida de emergencia y de ventilación. Quizás esa pueda ser una escapatoria.

Su cabeza va a Lucy. Le horroriza imaginar que su cuerpo pueda estar flotando boca abajo. Una lágrima se asoma a sus ojos vendados, pero la reprime. Los hombres no lloran. Acto seguido la deja libre porque eso es una gilipollez. Los hombres lloran y aman y tienen miedo a morir, pero sobre todo, miedo a estar solos. Tiene que actuar, aunque en estos casos no hay plan que valga, solo aprovechar un despiste. Todos los manuales dicen que no hay que moverse, y que se espere el momento adecuado. Empieza a reconocer el espacio moviendo sus manos atadas por las muñecas por la superficie que lo rodea. Por suerte han olvidado inmovilizarlo del todo en la cama. Con los hombros y toda la fuerza de su cuerpo, consigue inclinar la cama y dejar el somier hecho de alambres. Continúa la música, y el eco de voces se escucha por el sistema de ventilación. Acerca sus muñecas a uno de los alambres que no está bien engarzado y frota con fruición para deshacerse de la cinta y liberar sus manos. Si lo han escuchado, tiene poco tiempo para actuar.

Por primera vez en todo el tiempo que lleva en ese agujero escucha voces. Es un eco bajo el rap. El corazón le palpita. Revisa la pistola y la esconde tal y como ha planeado durante todo este tiempo. «Cholita, el momento llegó.»

La puerta comienza a abrirse. Ven se quita la venda de los ojos a toda prisa y golpea con fuerza la bombilla que pende del techo. Todo está a oscuras y se prepara con el casco en la mano. Si es uno, el que viene, podrá con él. Huele al joven que antes lo empujó y, según entra por la puerta, se abalanza sobre él con toda la fuerza de un demonio. El chico se resiste y Ven le clava lo que queda de la bombilla rota en un costado. Da un alarido y Ven se caga en todo golpeándolo sin parar. La música de fondo cesa y Ven para. El tío está medio muerto en el suelo. Le quita la pistola y cruza la puerta con precaución.

Ven se mueve como un gato por una estancia que parece un comedor común. Hay moqueta en el suelo y las luces de emergencia le dan la visibilidad suficiente. Calcula que al menos otras dos personas más están armadas. Ahora solo necesita localizarlas. El espacio parece mayor de lo que realmente es. Se queda parado. Hay dos puertas. Una a la izquierda y la otra a la derecha. Abrir cualquiera de ellas puede ser una temeridad. O no. Espera y afina el oído para detectar voces. De pronto recuerda. Un espacio así tiene que contar con la oficina para el jefe del refugio, el encargado de su funcionamiento, que no necesariamente tiene que ser el propietario. Esa es la clave.

Marino está preparado. Están golpeando la compuerta y sabe que se va a abrir. ¿Cómo lo pudieron meter allí? Supone que dormido con esa droga que seguro le inyectaron por la espalda. Por fin podrá ver cara a cara al concha su madre que le ha metido el rap de mierda en el cerebro hasta enloquecer. Esa única bala que guarda su Chola será su salida. Dios se la ha dado para escapar. Usándola contra los otros o contra sí mismo. Coloca bien la bala y se encomienda al paraíso en el que el Padre Todopoderoso da cobijo a sus hijos.

—¡Padre!

Es lo primero que escucha Pedro Marino cuando una de las paredes de su zulo se abre, la compuerta cae y deja al descubierto una puerta. Era una pared falsa. Su hija lo mira desde el otro lado y Marino intenta encaramarse hacia ella, pero el Chino se interpone y su Chola cae al suelo.

—Hija, ¡has venido a rescatarme!

Cristina ríe a carcajadas.

—He venido a ayudarte, padre. Has tenido una pistola en tus manos durante tu cautiverio y no has tenido la idea de usarla.

Marino intenta golpear a la chica, pero sigue inmovilizado por el Chino. Grita:

—¡No eres mi hija!

Cristina vuelve a reír.

—Desde luego que no. Me alegra no llevar tus genes. Gracias a eso soy más alta, más blanca y más rubia, como tu jefe de seguridad, WW.

—Ese concha de su madre. Tantos años... ¿Fue él quien me metió en este hueco?

Cristina ríe, mientras el Chino calla y sostiene a Marino hecho una piltrafa barbuda, vestida con harapos nauseabundos.

—En realidad hemos sido todos. Era una pena que no hubieras estrenado nunca tu refugio, así que te trajimos acá. Has ocupado la *suite* presidencial. Bueno, el Chino la acomodó un poco con la pared falsa y la trampilla para la comida que cogimos de tu despensa. Arroz. Hoy te trajimos un plato de la zona, para que te despidieras del mundo con mejor sabor de boca.

Marino se deja caer al suelo y pone los ojos en blanco.

—Ha sido Dios, él me dio la Cholita para sobrevivir y volver como líder que soy.

Marino se suelta del Chino y busca por el suelo el arma. La empuña, pero el Chino lo detiene.

—Padre, ya no te hará falta. Hemos decidido por ti, tal y como tú has hecho por todos nosotros. Desde mañana tu finca, bajo la que estás, será un campo para cultivar variedades transgénicas de quinua.

—Lena… —se escucha decir a Marino, más como súplica que como exigencia. Su voz se desinfla para terminar suspirando el

nombre de Dios.

—Lena ya ha firmado. Al final la metimos en el plan, gracias al Chino, que, por cierto, es el padre de tu primer nieto. Lena lo tenía bien calladito. Adiós, padre. Es momento de hacer aquello que no te has atrevido a hacer durante estos días.

Cristina extiende la mano y le acerca la pistola del suelo. El Chino coloca el cañón de la Chola en la sien de Marino.

Ruido seco.

El padre de la gastronomía del Perú cae al suelo como un muñeco.

En el cuarto de operaciones, desde donde todo se escucha a través de un sistema de micrófonos, Ven oye la detonación del arma. Es tarde para salvar a Marino, pero él aún puede vengarse una vez esté afuera y vea el cuerpo de Lucy. Su opción es encontrar una de las salidas de emergencia. Será lo más fácil. En un plano, en la oficina, localiza una salida, cercana a la costa. Abre a toda prisa los cajones y encuentra una llave de seguridad con la que se abren y cierran las puertas.

Se desliza por uno de los pasillos y escucha voces que se acercan. Encuentra la salida de emergencia y usa la llave. Una vez fuera, rompe el sistema de seguridad y la puerta se bloquea. Se escucha la bocina de una alarma en la solitaria costa mientras Ven corre hacia la playa por la que desembarcó, alejándose del refugio atómico que el propio Marino mandó construir y que fue su zulo. Tras él corre alguien. Lo persiguen. También escucha el ruido de un helicóptero y de motoras. Siente que no tiene escapatoria cuando, tras caer al suelo, se levanta y escucha el zumbido de una bala.

Los ricos cavan sus propias tumbas.

CAPÍTULO V

Como tantos otros

Una persona acaba de ser apuñalada en Tirso de Molina. Está en el suelo, de costado. Bajo el cuerpo, un afluente de sangre sigue la inclinación del suelo.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunta Ven a un chico con un *piercing* en la nariz y rastas que observa embobado cómo corre la sangre.

—Ni lo sé ni me importa —contesta el joven—. No me va la violencia.

Ven se apoya en la barandilla y repta escaleras abajo. Hacia el metro.

La taquilla está vacía. Ya no hay taquilleras. Señoras que ojeaban revistas del corazón y expendían el billete. Que explicaban con desgana qué estación estaba más cerca de la calle Velázquez, 95. Ahora hay un vigilante. Escucha música en inglés, pero no la entiende. Solo le embelesan las caricias nerviosas de las baquetas sobre los platillos.

—¿Sabe qué estación está más cerca de Velázquez, 95? —pregunta Ven.

El vigilante gira los ojos hacia el techo, pero por mucho que piensa no contesta. Ven está a punto de dar media vuelta, pero por fin el otro abre la boca.

—Ni idea, señor.

La idea que tiene es que no dejará a nadie colarse, mientras sigue moviendo la cabeza al ritmo destructivo de «The Decline», de NOFX.

Ven mira la representación de las líneas del metro sobre el plano de la ciudad. Decide la estación. Vuelve a pensar en colarse mirando por el rabillo del ojo al vigilante. Escucha cercano el sonido del tren y decide comprar el billete. Se siente un cobarde.

Ha vuelto a subir el precio del billete. La máquina traga las monedas y las vomita de una vez. Se ha vuelto a estropear. Recoge todas las monedas y lo intenta en la de al lado. El chirrido del metro que se va y el tintineo de unas monedas que entran y otras que vuelven a salir. Rasca el dorso de las no aceptadas sobre la máquina y lo vuelve a intentar. Caen de nuevo porque el tiempo permitido para sacar el billete ha expirado. Las recoge y lo vuelve a intentar. Cruza los dedos porque vuelve a oír cercano el metro. El repiqueteo anuncia que el billete se está imprimiendo y el chirrido

que el metro se vuelve a marchar.

Pasa los torniquetes de entrada y anda despacio hasta el andén. Tres minutos para el próximo. Pero el letrero luminoso se borra y cambia el mensaje. «Interrumpido el servicio en línea 1.» Algo más tarde, la voz que sopla el micrófono antes de hablar corrobora la interrupción:

«Por causas ajenas a Metro, servicio interrumpido entre las estaciones de Tribunal y Cuatro Caminos. Tiempo estimado: treinta minutos. Disculpen las molestias.»

Ven piensa qué hacer: ir en la dirección contraria para luego volver a tomar el camino perdido o salir del metro, pero una lleva demasiado tiempo y la otra la descarta por no perder lo invertido. Va a esperar. Aunque llegue tarde.

Los que esperan se impacientan. Buscan en sus móviles el motivo de la interrupción. Buscan en Twitter y preguntan por WhatsApp. Uno comenta en alto al de al lado:

—Alguien se acaba de tirar a las vías.

Otro suicidio más. De esos que no salen en la prensa, de esos de los que no queda ni el rastro. De los que se borran en treinta minutos.

—Hay que joderse. Y yo, tarde al curro. Ya podría habérsele ocurrido hacerlo otro día.

Pero Ven ya no piensa en llegar a tiempo, sino en el trauma de quien llevara el convoy del metro en ese momento. En el crujido, en el chirriar, en el golpe seco, en los miembros amputados por los raíles de acero, en la sangre, en la muerte. Siempre la muerte. La de otros.

Él casi muere en el Titicaca. Pero alguien lo sacó del lago y lo llevó al hospital, y después de recuperarse, alguien lo metió en el avión de vuelta a Madrid. Ahora solo tiene una deuda con la Agencia Tributaria Española por el coste de la repatriación. Pero no tiene ni casa ni dinero. Se refugia en Sol, en el tejado de los últimos pisos de un edificio olvidado a la espera de que se reactive la economía y la podredumbre de la especulación, la que sobrevive dentro de todos. También de los pobres.

Lo único que le queda es la esperanza de volver a ver a Lucy. Tienen un pacto, y siente la necesidad de encontrarla. Ha preguntado, pero nadie responde, y quien podría saber algo, ha muerto. Lo leyó en la prensa justo antes de salir del Perú: «El padre de la gastronomía, hallado muerto en el refugio atómico de su chacra en Puno». Los periodistas hablaban de una enfermedad terminal de él y de la consternación de sus hijos al ver que había

acabado con su vida. Así es la prensa, una novela con final predecible y redactada a toda prisa.

Un soplido acoplado casi rompe los megáfonos. Metro anuncia el restablecimiento de la línea. Han pasado cuarenta y cinco minutos y Ven se teme que deberá cambiar de estrategia. Quizás sea demasiado tarde. Quizás no. A Madrid siempre se vuelve, aunque sea con la frente marchita.

Hace transbordo en Gran Vía. Línea verde. Núñez de Balboa. Toma la salida a Velázquez y, con solo girar, encuentra el número. Toca esperar. Quizás aún esté allí. Hay una terraza, elegante, con camareros de pajarita. Otro lugar más de esos para ser visto y que cuando se pase la moda desaparecerá. Un poco más arriba hay un banco. Se sienta. Espera. Media hora después solo ha visto a unas decenas de señoras con bastón. Una de ellas se sienta en otra terraza de un bar que se quedó anclado en los años ochenta del siglo pasado. El camarero la saluda afable y al rato le trae un sándwich americano, porque lleva un huevo, no frito, sino hecho a la plancha. Encima de la yema, el trozo del sándwich redondeado a modo de sombrero. La señora comienza el plato con gusto y a Ven le parece estar oliendo esa yema, aunque hace tiempo que no le ha vuelto el olfato. La mujer va cortando pedacitos que moja en la salsa espontánea creada por la yema que se desparrama en todo el plato. Saborea. Ven se la come con los ojos, no a ella, sino a la yema. Tiene hambre y añora la comida, no las latas de fabada, sino aquella que le recuerdan otros momentos. Pero no tiene con qué pagarla, ni con quién compartirla.

Hace días que vive de lo poco que va sacando de controlar como infiltrado que la gente no se lleve bajo el abrigo comida del supermercado de Tirso de Molina. Roban jamón, queso, yogures. Algunos para ellos mismos, otros para vender en la misma plaza a señoras mayores con su carrito y con poco en la cartera. Unas veces los para, otras los deja.

Cuando abre los ojos, cree volver a verla, pero no es Lucy, sino la mujer de los bolsos. Hoy lleva uno grande al hombro, gafas de sol y zapatos sin tacón. Los labios rojos e inquietos. En el momento en que levanta la mano para parar un taxi, Ven le clava un metal en la espalda. Para qué andarse con chiquitas, ya no hay nada que perder.

—No se mueva ni abra la boca. Tomemos ese taxi juntos.

Los dos entran al fondo del taxi. Un aria de ópera suena a todo volumen. Es *Rigoletto*. Una maldición cae sobre él. Encorvado y bufón.

La mujer, asustada, no dice nada. Ven tampoco, pero sigue presionándola con el arma oculta.

—¿Adónde vamos, entonces? —pregunta el taxista con chupa de cuero.

Ven le hace un gesto con la cara para que ella hable.

—A... La Moncloa... —Baja los ojos porque los nervios la han traicionado.

—Al metro de Moncloa donde el intercambiador, supongo… ¿O se refiere usted al lugar donde vive el atajo de ladrones de este Gobierno?

Ven abrevia:

—Al intercambiador.

El trayecto pasa entre semáforos y coches más lentos que de costumbre aderezado con la conversación universal sobre lo odiosa que es la temporada navideña, a la que los pasajeros no contestan.

Cuando llegan al destino, Ven sigue con el arma punzante en el costado de la mujer, que ha perdido hasta el color de los labios.

—El recibo, por favor.

El taxista da a imprimir al taxímetro. Ven lo observa con familiaridad y se guarda el papelito en el bolsillo. En la calle, en lugar de entrar al intercambiador, dirige a la mujer hacia el parque del Oeste. En uno de sus bancos protegidos por la vegetación, se separa de ella y está a punto de darle una bofetada de rabia y de ira. Ella adivina su intención, pero Ven se contiene ante su cara horrorizada.

—Dime en qué sucio negocio estás.

La mujer abre los ojos y agita la cabeza a un lado y al otro diciendo que no sabe nada. Ven se acerca más a ella y vuelve a levantarle la mano. El gesto le funciona porque seguro que responde a alguno de sus temores más infantiles. Ese padre que levanta la mano para pegarle una hostia sin saber por qué. Ella se encoge en el banco como si fuera un feto. Unos chavales pasan con el reguetón a todo trapo en su teléfono móvil: «Hola, bebe. Ya que contigo no sirve la labia y te crees muy sabia, pero vas a caer. Te lo digo, mujer». Miran con curiosidad, pero siguen de largo.

Entre lágrimas y mocos, ella deja escapar las palabras que Ven necesitaba pero que no imaginaba ni por asomo.

—Pregúntale a Celsius.

Celsius, su colega de los servicios secretos a quien encontró supuestamente haciendo un trabajo de seguimiento del movimiento de los bolsos de ella. Ahora es Ven quien se desploma. Ella ya llora con hipo y se suelta a hablar.

—Nunca quise estar en esto, pero van a por nosotros y seguro que la que acaba en la cárcel soy yo. Hoy iba a verlo y entregarle el dinero que me quedaba para decirle que se acabó, que no sigo. Que hay un grupo ecologista, seguro que creado por la competencia. Están dando fuerte y nos están investigando.

Ven no entiende nada, y ella, al darse cuenta de su ignorancia y el desconcierto que le ha creado el nombre de Celsius, se carcajea con el rojo de los labios esparcido por toda la boca y el rímel corrido por las mejillas.

—Te la han dado, viejo.

Ven, al escuchar esto, la toma por los hombros y la agita asustándola de nuevo.

—Calla. ¿Dónde está Celsius?

Ella sigue riendo, pero con muecas de llanto. Ven cae en la cuenta.

—Entiendo, está en la Moncloa y es a él a quien ibas a ver. Bien, tranquila, ya voy yo. Y yo que tú, me plantaba y denunciaba. Recuerda que la cabeza de turco siempre cae, y la única manera de conseguir algún beneficio es la colaboración con el juez que os pisa los talones.

Ella calla y, tras una breve reflexión, se decide a hablar.

—Ve a verlo. Yo te espero en el andén del metro a Sol. —Un breve respiro y vuelve a llorar—. No puedo ir sola a ver al juez.

Ven ahora siente la tentación de consolarla apoyando su mano en el hombro, pero no es el momento. Así que sigue adelante con su papel de tipo duro, aunque tiene que humillarse para pedirle un billete de veinte euros para tomar un taxi de nuevo. Nadie confiaría en alguien que llegara andando a la Moncloa, por muy cerca que estuviera. Antes, sin embargo, era lo habitual, porque aquellos edificios donde ahora estaba la sede del Gobierno de España albergaban el Instituto de Investigación Agraria. De hecho, ella le indica que debe llegar hasta el edificio llamado «Semillas», allí están los asesores del presidente y Celsius es uno de ellos. «Hay que joderse», piensa Ven.

En el corto trayecto, recuerda las buenas relaciones que siempre tuvo su colega, y el coche cojonudo que tuvo, y los trajes de sastre que llevaba…

El taxista lo deja en la entrada del complejo de la Moncloa, donde el paso de control, no sin antes dejarle caer de nuevo la broma más aplaudida.

—¡Cuidado con la cartera!

Ven sonríe la gracia, pero él no tiene ya ni cartera. La vuelta del

taxi se la mete en los bolsillos y entra con decisión. Un guardia civil le pide que deje todos los objetos de metal en una cajita y él se vacía los bolsillos. De ellos salen la calderilla de la vuelta del taxi y un cuchillo romo de mesa de esos con los que te pegas para cortar algo y nunca lo consigues. Esa era el «arma» con la que había amedrentado a la mujer de los bolsos.

—Pero ¿se puede saber adónde va con eso?

—Vengo a ver a Celso González de la Mata. Y eso es un regalo para él. Somos viejos compañeros del antiguo Cesid.

—Bueno, por el momento me lo quedo yo, pero pase a hablar con la señorita de recepción.

La recepción de la Moncloa es de todo menos glamurosa. La señorita es una señora tan cansada como el radiocasete de los ochenta sin tapas del que siguen saliendo los compases de viejas canciones a través de una emisora de radio de toda la vida. Él le sonríe.

—A mí también me gusta la copla: la bien *pagá*... —tararea Ven, desatando en la mujer la que quizás fuera la primera sonrisa en todo el día.

—... Fuiste mujer —continúa ella, que mira con gracia el viejo ordenador para tomar nota de los datos de Ven, quien le muestra su flamante DNI hecho de urgencia para la repatriación y que por primera vez lleva su nombre completo.

La mujer lo lee en alto: «Venancio Cabreira González».

—No siga, que me ruboriza que calcule la edad.

La mujer, con gesto coqueto, hace una llamada.

—Señor Celso, el señor Venancio está aquí.

De pronto todo queda a oscuras. «Acaba de caerse la corriente eléctrica», anuncia la señora, explicando a Ven que esto de la crisis ha llegado hasta la Moncloa, pero en unos minutos vuelve con el ruido de las máquinas de calefacción eléctrica que comienzan a funcionar de nuevo. La mujer le da una tarjeta de visita y el torniquete se abre. Ven está dentro del complejo. Recuerda los edificios, porque él también estuvo antes allí. Lo que ahora es el gimnasio, el comedor de los trabajadores y el edificio de Semillas. En la entrada, otros dos guardias civiles con el tricornio ponen aire marcial a la entrada y Ven les hace el saludo militar cuadrándose y llevándose la mano a la frente. Hacía mucho que no repetía este gesto, pero nunca se olvida.

Celsius está en su despacho. Mira a través de la ventana el paisaje de árboles que agitan sus ramas al viento. En las paredes, galones enmarcados. En las estanterías, hileras de informes

encuadernados con canutillos.

—Supongo que vienes a agradecerme que te haya salvado la vida —dice girándose con una sonrisa tan falsa como él. Ven aprieta el puño—. Si no intervengo a tiempo, el Jeta acaba contigo y con la novieta esa que te has echado.

Ven se acerca amenazante con las mandíbulas muy fuertes.

—¿Lucy? ¿Sabes dónde está?

—Tranquilo, Caballo Blanco. ¿Sabes que te pusimos ese mote por todo el White Horse que trincas? —ríe Celsius.

—Tu puta madre. ¿Pusimos? ¿El Jeta trabaja para ti?

—Vino a mí cuando las deudas se lo comían, tanto como para hipotecar tu casa. Le aconsejé que desapareciera un tiempo y lo nombré jefe de operaciones para el «caso del Padre». Él insistió en quitarte de en medio para que no te enteraras del juego que te había hecho con el Ciego falsificando tu firma, pero tú no fuiste capaz de coger aquel avión. Y después, con la operación en marcha en el Perú y tú desactivado, tampoco interesaba que te fueras, pero te nos escapaste. No sabía que tenías ese pasaporte falso, si no, ni de coña sales de Barajas. Al final todo ha salido a pedir de boca, y eso pese al estorbo de tu novieta.

—¿Dónde está Lucy? ¿Qué has hecho con ella?

Celsius se carcajea.

—A tu edad y enamorado, Caballo Blanco.

Ven se acerca con mirada amenazante.

—Tranquilo, amigo. Está en el hospital Militar, la tuvimos que traer hasta aquí, pero se recupera bien.

Ven siente alivio y rabia a la vez. ¿Cómo no se le había ocurrido? Celsius parece haberle leído el pensamiento.

—Pensé que lo primero que harías sería visitar los hospitales, pero, viejo amigo, lo único que has hecho ha sido vigilar a los muertos de hambre que roban en supermercados.

—¿Me has seguido?

—Yo no, uno de tus amigos.

—El cubano.

—Exacto. Qué poco olfato, Ven. ¡Y yo que te tenía por un buen agente!

Ven quiere responder a las provocaciones con un puñetazo, pero se controla. Ya tendrá otra oportunidad.

—¿Quién te encargó esa operación?

—No creerás que te lo voy a decir, ¿verdad? —sonríe Celsius, que enciende un cigarro en su despacho, incumpliendo las normas.

—¿El presidente?

—Si coges cualquiera de esos informes con los que trabaja el presidente cada vez que se entrevista con un representante de otro país, verás que después de la parte tipo enciclopedia de los datos generales siempre aparecen las peticiones del oyente, las de empresas, los verdaderos padres de la nación, los que crean empleo y reparten el dinero. En fin, algunas de ellas necesitan allanar el terreno para actuar.

—Y Marino era un estorbo al que no se podía eliminar con dinero —le responde Ven.

—Pues no. Un tipo que nunca tuvo escrúpulos quiso hacerse el santo, así que los suizos me encargaron el trabajo. Le intentamos hacer cambiar de opinión a través de su socio, pero el tipo estaba crecido. Al final atacamos por donde siempre todo el mundo hace aguas, la familia.

Ven se mantiene en silencio, con los ojos fijos en él, negando con el giro lento de su cabeza. Celsius sonríe.

—No es nada diferente a lo que tú y yo hemos hecho siempre. Solo que ahora, en lugar de al régimen, le hacemos la vida más fácil a las empresas, que, por cierto, pagan mejor.

—¿Te han pagado por matarlo?

—¿Estás loco? No. Solo hemos conseguido allanar el terreno y quitar un problema de en medio. Como sabes, él mismo se suicidó en su finca con una de sus pistolas de colección.

Ven recuerda la vitrina de armas en el cuarto de operaciones del americano WW en Lima.

—¿De su colección o de la de su agente de seguridad?

—Estaba a su nombre, como otras tantas. Sus hijas, Cristina y Lena, lo encontraron muerto tras darse un tiro con una pistola de fabricación india para mujeres, la Nirbheek, en el refugio antinuclear que había construido bajo la plantación de quinua en Puno.

A Ven le arde la sangre por tanto cinismo.

—Bueno, yo aquí ya he acabado, me vuelvo a Galicia a mis cosas, y ya veremos qué ocurre, que aún andamos sin Gobierno en este país. Poco importa, pero nos han regalado un tiempo precioso para limpiar algunos despachos. Ya volveré. Da igual quién gobierne, yo siempre trabajo para los mismos, los que tienen el poder. Los padres de la nación, ya sabes.

Celsius se acerca de forma amistosa, pero Ven da un paso atrás.

—Espero que salgas adelante, Ven. Sabes que te aprecio y también sabes que cualquier cosa que digas no tiene valor ninguno. La palabra de un desahuciado no es palabra ni es nada.

Recuérdaselo a tu novieta.

Ven se da media vuelta.

—Espera —grita Celsius, extendiéndole un billete de veinte euros—. Tómate un whisky a mi salud, Caballo Blanco.

Ven rompe el billete y se retira sin decir nada, cabizbajo. Desde el edificio de Semillas hasta la salida hay un paseo rodeado de algunos pinos. Tiene que encontrarse con la mujer de los bolsos cuanto antes.

Atraviesa el torniquete de salida sin dejar la tarjeta y le guiña un ojo a la señora que sigue con sus coplas cumpliendo su deber, esperar.

Justo en la puerta, el autobús de los trabajadores de la Moncloa está a punto de partir. Ven se hace pasar por uno más, porque ya no le queda dinero para el taxi de vuelta. El conductor cambia las marchas del trasto con desgana y a Ven, con cada acelerón, siente que el corazón se le agita. ¿Cómo se le ha podido ocurrir quedar en las vías del metro?

El autobús hace su primera parada en el intercambiador, donde también está el acceso al metro. El detective baja a toda prisa las escaleras mecánicas hasta alcanzar el acceso a las vías de la línea amarilla en dirección a Sol. Un agente de seguridad lo detiene a la vez que escucha el soplido habitual del funcionario antes de hablar por el micrófono:

«Por causas ajenas a Metro, andén de línea 3 cerrado. Tiempo estimado: cincuenta minutos. Disculpen las molestias.»

—¡Mierda! —deja escapar Ven entre los bufidos de los usuarios a su alrededor, que ahora tendrán que dilatar su vuelta a casa.

El detective se acerca al agente de seguridad y le tiende la tarjeta de la Moncloa.

—Servicios especiales. Debo entrar.

En las vías yace lo que queda del cuerpo de una mujer sin bolso. Ven mira a un lado y a otro. Entre guitarrazos, «Chop Suey!», de System of a Down. Suicidio, cicatrices y padres. Los servicios sanitarios hacen su trabajo, pero nadie parece prestar atención a un gran bolso caro abandonado sobre uno de los bancos. Lo coge y se marcha.

Solo hay que cerrar los ojos un rato para, cuando los vuelves a abrir, darte cuenta de que la luz del día brilla más. Ven abraza a Lucy. Acaban de alquilar un despacho en Sol que les vale como refugio y como sede de su agencia; bueno, de la de Lucy. Él no necesita ya firmar más papeles ni ser propietario de nada.

Lucy ha tomado el dinero necesario para el alquiler de un año y la comida. Lo básico. También ha comprado dos iPhone y un altavoz. Es increíble la cantidad de billetes de quinientos euros que caben en un bolso caro. El dinero que les ha sobrado lo han cedido de forma anónima al movimiento de desahuciados.

A él le gusta escuchar su música y a ella, leer y escribir a la espera de que les llegue algún encargo. El reloj de Sol acaba de dar las doce campanadas de la mañana. España desayuna mientras Europa almuerza.

Lucy hace café. Muele los granos de la variedad arábica. Son ecológicos y proceden de Colombia. Luego escucha el sonido del agua que cae a la cafetera y presiente el aroma. La ageusia, ese trastorno raro, esa minusvalía del sentido del gusto, ha vuelto a él y tira de memoria.

—Ven, ¿quieres un café?

—¡Sí, por favor! —grita, aunque no sabe si ella lo escucha. Tras el Titicaca, ella perdió la audición de su oído derecho.

La chica se acerca con dos tazas. Su pelo ha vuelto a crecer y algunos rizos se empiezan a dibujar en su media melena. Lleva una camiseta blanca que marca sus pechos y un pantalón de punto que dibuja su silueta sencilla.

—¡Mira esto! —Y le lee—: «109 premios Nobel publican una carta abierta en la que acusan a la ONG Greenpeace de manipular los riesgos, beneficios e impactos de los cultivos transgénicos. En la carta se pide a los gobiernos que rechacen la campaña de Greenpeace en contra de los cultivos mejorados con biotecnología en general porque la oposición basada en las emociones y el dogma y contradicha por los datos debe ser detenida. ¿Cuánta gente pobre tiene que morir en el mundo antes de considerar esto un crimen contra la humanidad?».

—Chantaje y del más sucio —sentencia Ven.

—Espera, mira esta otra información, es una entrevista a uno de los nominados a premio Nobel, el chileno Claudio Naranjo. —Lucy

continúa leyendo—: «La civilización surgió hace siete mil años como respuesta a una situación dura (hambre, migraciones), donde era necesaria la actitud darwiniana de supervivencia del más fuerte. Eso se trasladó a la ruptura de la democracia familiar, un modelo donde el padre es la autoridad, y que ha sido la fuente de todas las desigualdades del mundo. Primero, la esclavitud doméstica de la mujer, y luego, la esclavitud general, que, aunque no se llama así, es un despotismo laboral, económico, que afecta a todos. Que el barco patriarcal se hunda, eso es lo que necesitamos para crear un mundo nuevo. Que ya no funcione la política, la economía, que el pueblo descubra la gran mentira de tantas cosas que han estado idealizadas. Ese es el comienzo de la liberación». ¿Qué te parece?

—El cinismo crea la comedia social.

—¡Ven, qué bueno!

Las palabras se mezclan con el sonido del sintetizador, que anuncia el comienzo de «Pájaros», de Bomba Estéreo. El sonido los lleva lejos, hasta la selva, y la letra los eleva: «Son mis sentimientos que llevo dentro. De los pájaros del monte yo quisiera ser canario. Se han convertido en pájaros que vuelan alto, tan alto donde nadie los puede tocar, libres de todo, del dolor y el llanto, más cerca de la risa y de la brisa del mar».

Lucy sonríe porque sabe que la felicidad está en lo íntimo y en la libertad con la que se crea ese universo propio.

—¿Y si adoptamos un gato?

Ven se emociona y ella lo abraza. «Ahora solo falta que el Atleti gane la Liga», piensa Ven, que sigue surfeando desde la ola de la vida, sin miedo a que se consuma al llegar a la playa. Está en ella, es presente y es lo que importa.

Sobre la mesita, un sobre. En un rato, Ven lo llevará a Correos. Es un cuaderno que encontró junto a los billetes en el bolso, con datos, firmas, movimientos, nombres y todo lo necesario para desmontar una vez más la novela del poder. Lo enviará a un diario digital. Siente la excitación. Esta mano se la ha ganado a su viejo camarada Celsius. También al taxista de la ópera, que ya debe de estar escuchando arias en la cárcel. Ha bastado una denuncia anónima con su número de licencia, que venía impresa en el recibo, para que lo detengan junto con uno de sus cómplices, un enfermero en paro que se situaba en el maletero, desde donde pinchaba en la parte más baja de la espalda del cliente una dosis de anestesia para dejarlo grogui.

Ven se mira al espejo. El paso del tiempo se ve en la cara de los demás, pero no en la propia. Así que Ven se idealiza con la misma

de cuando tenía veinte años. A esa edad conoció al Jeta y sabe que lo volverá a ver. Solo hay que esperar. Todos regresamos a los lugares donde amamos la vida. Aunque fuera una mierda de vida, pero la melancolía todo lo engrandece. Volverá a Madrid.

Cierra los ojos y, al abrirlos, su mirada es desafío.

Matar es más fácil que olvidar.